

ETCETERA

correspondencia de la guerra social

48

Días rebeldes en el norte de África

Libia

Egipto

En la calle y en las plazas:

Portugal y España

Correspondencia

Hemos recibido...



BURHAN KARKUTLI (Damasco 1932-Bonn 2003). Pintor y escritor sirio. Poeta de la resistencia y pintor de la revolución: “La fuerza del arte es el sueño de la libertad”; “La revolución es el amor a la tierra, la libertad y la justicia”.

En su obra se aúnan tradición y modernidad para crear un estilo propio. En 1958, su exposición en Damasco sobre las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki fue prohibida y los cuadros confiscados. Tuvo que exiliarse a Alemania, temporalmente residió en Venezuela y México. Ha ilustrado gráficamente la resistencia y sufrimiento del pueblo palestino.

Este texto puede ser reproducido en la
manera que se considere oportuna

Correspondencia: ETCETERA

Apartado 1363

08080 Barcelona

etcetera@sindominio.net

www.sindominio.net/etcetera

Publica: ETCETERA

Dep. Legal B-28358/85

Los efectos de las medidas que en nombre de la “crisis” los respectivos viejos Estados capitalistas movidos por la Economía del máximo beneficio en su trayectoria neoliberal de estos últimos años, han ido poniendo en marcha desde el crack financiero de 2008, han movilizadado a sus respectivas poblaciones –recordemos las grandes manifestaciones en Inglaterra, Francia, Italia, Grecia, Islandia, Portugal, y que ahora recorren todo el Estado español. Contra estas medidas que representan un retroceso en sus condiciones de vida y en sus aspiraciones a una vida más libre y más creativa, la gente se alza para decir basta.

Es la misma Economía que con sus políticas dictadas por el BM y el FMI a los países llamados tercermundistas, aumentando el precio de los alimentos de primera necesidad, desencadenó una protesta social en estos países en 2008 y que se alarga hoy con una revuelta social y política en el norte de África y Oriente medio.

Gente que ha dicho basta de aguantar un sistema económico, social y político que los hunde en la miseria y deshumaniza. Contra lo que cabría esperar, visto el progreso de la coacción técnica y la alienación económica en nuestra civilización capitalista, estas gentes no han quedado reducidas a simples engranajes de una máquina o simples espectadores del circo mediático, sino que se han erigido en protagonistas de sus propias vidas y han descolocado, por una parte, a los que les creían siempre sumisos y al servicio de sus intereses económicos –los distintos burgueses y burócratas–, y, por otra, a los que les habían reducido a borregos y ahora desprecian sus revueltas por poco revolucionarias.

Intentamos en este número de Etcétera comprender algunos de estos movimientos en el norte de África –en sus inicios, pues la rapidez de los acontecimientos obliga a nuevos análisis– y en Europa, volviendo al mismo tiempo sobre la crisis, en nombre de la cual el poder y la Economía se afianzan.

Etcétera, junio 2011

Días rebeldes en el norte de África

Hace unos años, en el nº 24 de la revista Etcétera nos preguntábamos ¿qué pasa en Argelia? y señalábamos que “no era fácil comprender qué pasa en un país tan cercano geográficamente e históricamente, pero con componentes religiosos y culturales tan lejanos”. No es fácil comprender, tampoco ayuda a ello, la cantidad de información vertida por los medios de comunicación cuando esta información es ya únicamente propaganda: cuanto más se nos dice, menos se nos informa. A parte de que “nunca se ha mentido tanto como ahora, ni se ha mentido de una manera tan descarada, sistemática y constante”, como escribía A. Koyré en *La función política de la mentira moderna* (1943).

Y sin embargo es mucho más que la mentira. Hace muchas décadas que los periodistas o publicistas saben que también la propaganda-informativa tiene que contener ciertas dosis de verdad y que no puede mantenerse solamente sobre la mentira. La propaganda contiene tanta verdad como la mentira contiene la información. Por eso la propaganda-informativa va más allá del uso sistemático de la mentira, también la verdad o partes de la verdad forman parte de ella y esto ayuda a hacerla creíble. Como bien señaló en 1957 J. Ellul¹ en *Información y propaganda*, la propaganda-informativa “genera también una formación intelectual: una capacidad de síntesis y principalmente una educación de la memoria”; es decir, una ortopraxis que logra implantar una manera de ser, de estar e interpretar este mundo y los acontecimientos que en él se desarrollan. No se trata tan solo de

¹ Jacques Ellul (1912-1994), publicó *Información y Propaganda* en 1957 en la revista Diógenes (libros de Etcétera, nº 61). También publicó, entre otros, los siguientes libros: *Propagandas*, en 1962; *L'illusion politique*, 1965; *Histoire de la propagande*, 1967; *La parole humiliée* en 1981.

difundir unas ideas y hacémoslas aceptar, que también, sino de dar una vuelta de tuerca más e imponer una praxis determinada, una manera de comportarse y explicarse este mundo capitalista. Toda esta función de la propaganda-informativa no es una novedad de ahora, aunque, por supuesto, su poder se ha multiplicado con el desarrollo de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TICs). Ya en 1917, el presidente de EEUU Wilson mando crear *El Comité de Información Pública* para lograr imponer sobre la población determinadas opiniones y comportamientos. Estaba formado por expertos: psicólogos, sociólogos, periodistas o publicistas, etc.; uno de ellos E. Bernays,² *Propaganda*, 1928, escribió que mediante la información y la propaganda se quería “poco a poco dirigir a la opinión pública, al igual que un ejército dirige a sus soldados” y añadió “la manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones organizados de las masas es un elemento importante en una sociedad democrática”.

De nuevo, actualmente, a raíz de las revueltas y rebeliones que se han sucedido y se suceden en esta área geográfica que comprende el norte de África y el llamado Oriente Medio, volvemos a preguntarnos ¿qué pasa realmente? ¿cómo distorsiona, disfraz u oculta tanta propaganda informativa? ¿qué sabemos, en realidad, de lo que pasa en este mundo, ya enteramente dominado por el sistema capitalista y que se vuelve cada vez más inaccesible? Por lo tanto, de nuevo, volvemos a constatar las dificultades de poder apreciar efectivamente lo que está ocurriendo y, sin embargo, hoy podemos repetir lo que ya escribimos entonces: “no queriendo hacer una interpretación eurocéntrica, tampoco podemos salir fuera de nuestro marco interpretativo emancipatorio” al tratar de explicarnos lo que sucede.

Intentar salir de los estereotipos

² Edward Bernays (1891-1995), sobrino de S. Freud, era un publicista ultra-liberal, que publicó en 1923 *Cristalizando la opinión pública* (traducido al castellano en 1998) y en 1928 su libro más conocido: *Propaganda*, que no se tradujo al castellano hasta 2009. Supimos de todo esto por Noam Chomsky y Edward S. Herman en *Los Guardianes de la Libertad*, Grijalbo 1995.

Salir de los estereotipos, de las ideas preestablecidas, de los lugares comunes a los que esta información mediática nos lleva, será algo previo para poder avanzar en el conocimiento de lo que acontece. Uno de estos lugares comunes, acuñado hace ya tiempo, es el de presentarnos estos conflictos y revueltas como una confrontación entre civilizaciones. Sin embargo, una primera observación de los hechos –la ausencia de rituales, como por ejemplo, las quemas de banderas norteamericanas; la presencia de mujeres en todas las manifestaciones y su importancia en los nuevos pasos que se están ya dando y la ausencia de un discurso islamista que había servido de excusa a estos regímenes para continuar en el poder y a las democracias europeas para continuar sus negocios fraudulentos– nos indica que no estamos ante un movimiento islamista anti-occidental y ante una confrontación de religiones. Lo que observamos es una lucha contra la opresión, contra la explotación y el expolio por parte de una minoría muy rica y poderosa sobre una mayoría demasiado pobre y oprimida.

Otro lugar común, a diferencia del anterior, éste sí acuñado para dar cuenta de los hechos presentes, es el de entender los actuales movimientos rebeldes como propiciados por, o gracias a, internet. Sin negar la importancia que este medio de comunicación tiene para la juventud y sabiendo la importancia que ésta tiene en el conjunto de estas sociedades, la facilidad de convocatoria de este nuevo medio de expresión no lo hace diferente de los anteriores medios utilizados para atribuirles la causa de estos alzamientos rebeldes. Si así fuera, dejaríamos de lado a la inmensa población rural y a la inmensa también población urbana pobre, alejada de este medio. Además, este lugar común, esta interpretación de los hechos nos lleva a entender estos nuevos medios como revolucionarios, cargando las tintas sobre su rol emancipador, sobre la libertad de expresión que con ellos se alcanza, sin dejar ver su ambivalencia y, a la larga, su capacidad extrema de control.

Otro estereotipo o lugar común es el que da a entender el conjunto de estos movimientos –¡por otra parte tan diversos!– como la aspiración de estos pueblos a nuestra democracia. La constatación de la múltiple acepción del término democracia de las distintas realidades que describe (desde las democracias liberales absolutistas del inicio del dominio burgués, a las democracias del Estado del bienestar generadas en los años 50 ya hoy desmanteladas), nos indican que tal aspiración es una simplificación interesada que pretende acuñar bajo el nombre de democracia estas rebeliones por el pan y por más libertad.

Qué sabemos de lo que sucede

Más allá de lo que vehiculan la información-propaganda y los estereotipos y lugares comunes señalados, ¿qué significado tienen estas rebeliones que han sacudido profundamente Estados tan distintos como las repúblicas absolutistas de Túnez, Egipto, Yemen, Libia, Siria o la misma Argelia, o monarquías como Jordania y sultanatos como Omán o Bahrein, etc.? ¿Qué hay de rebelión entre las gentes de estos pueblos contra la escasez y contra la tiranía que los domina, y qué hay de intereses y de movimientos geoestratégicos de las grandes potencias occidentales en su incesante guerra por adueñarse de las energías que su desarrollo capitalista requiere?

En primer lugar percibimos y sentimos la recíproca solidaridad de aquellos que siendo como nosotros, oprimidos, se rebelan contra esos tiranos y sus gobiernos títeres que los han asfixiado y reprimido durante décadas, robando y obediendo el mandato de las grandes corporaciones capitalistas, de sus burocracias: el FMI, el BM o la OCDE, etc., y sus Estados occidentales que primero los colonizaron y ahora los siguen dominando. Nosotros desde la Península Ibérica sabemos de esto: también durante décadas sufrimos crueles dictadores y la monarquía española fue impuesta y es ahora sucesora del franquismo. Por lo tanto, desde aquí, sufriendo también las consecuencias del dominio y especulación capitalista: crisis, paro, carestía, recortes sociales, control, imposición de disciplina, etc., hemos de preguntarnos si sabremos encontrar respuestas adecuadas, dentro del mismo sistema que nos domina allí y aquí. Expresar estas respuestas es nuestra mejor forma de solidaridad con estas rebeliones del otro lado del Mediterráneo y la mejor forma de comprenderlas. Entender, más allá de una pretendida objetividad, es tomar partido y, en este caso, es no tanto aunarnos al clamor de “¡Mubarak, Ben Ali, ... fuera!” sino hacer fuera a nuestros gobernantes y enfrentarnos a sus políticas de flexibilidad laboral, de despidos gratis, de salarios vinculados a la productividad, del aumento de la carestía de los productos y de la cada vez mayor precarización y mercantilización de nuestras vidas.

Los inmensos intereses de las poderosas multinacionales (petroleras, mineras, acuíferas, industriales, alimentarias, farmacéuticas, armamentísticas, etc.), ayudadas por los dictados impuestos por el FMI o el BM y por los Estados occidentales y los

intereses de sus políticos han llevado no sólo a esta zona, sino a toda África y parte de Asia a una situación de aguda crisis y empobrecimiento generalizado. Hay que tener en cuenta, por ejemplo: durante el año 2010, mientras que en la India los productos de primera necesidad aumentaban un 18% y un 12% en China, en el norte de África y Oriente Medio el aumento alcanzó un promedio de un 30% en productos tan básicos como el pan, el aceite, el azúcar o la sémola; en algunos países el maíz subió un 58% y el trigo un 68%, lo que supuso que el precio de la harina se doblara en enero del 2011, así como también el del aceite. A todo esto hay que sumar un paro de más del 30%, que es superior entre los jóvenes. Hay que pensar que un 75% de la población es menor de 30 años. Otra cosa a tener en cuenta es el crecimiento demográfico exponencial: Egipto en 1936, año de la independencia, tenía 15 millones de habitantes, en 1966 eran 30 millones, en el 2000 eran 66 millones y en el 2010 alcanzaron los 83 millones, censados oficialmente; en 1966 la población urbana era solo de un 2%. En 2010 el 50% de la población se apiña en las ciudades, y este ejemplo sirve para el resto de países.

A todo lo anterior hay que añadir unos gobernantes corruptos, avariciosos, inamovibles y ya obsoletos, con 30 o 40 años usando el poder del Estado para beneficio propio y de su camarilla. Todo ello hace que haya una clase minoritaria muy rica y poderosa y una amplia mayoría muy pobre y miserable. Al no haber una suficiente clase media que apacigüe la brecha entre los muy ricos y los muy pobres, esta se va haciendo cada vez mayor y se manifiesta de una manera descarada, haciendo que la situación se vuelva insostenible e irreconciliable. Los niveles de sumisión y servidumbre exigidos son demasiado elevados a cambio de nada y la única manera de mantenerlos es mediante una represión directa, sin paliativos ni instrumentos intermedios: el Estado de emergencia permanente durante décadas.

La rebelión que se extiende

El 17 de diciembre de 2010, la rebelión se inicia en Túnez con la autoinmolación de Mohamed Bouazizi ante el ayuntamiento de la ciudad de Sidi Bou Zaid, y se extiende por la región. Rápidamente la insurrección se expande y llega a ciudades del sur, Siliana, Tola, Redeyef, Um Larailes, Kebili, etc.; grupos de jóvenes atacan los cuarteles de la Guardia Nacional, el Gobierno decreta el estado de sitio. El 12 de enero del 2011 la rebelión llega a Túnez capital y en un primer momento deja

un balance de 13 muertos y un centenar de heridos. La rutina diaria de la población de Túnez queda paralizada, se vive y se lucha en la calle. El 14 de enero el presidente Ben Alí, uno de los jefes de la Internacional Socialista,³ realiza su último saqueo en oro y huye con los suyos. Las revueltas han costado 147 muertos y miles de heridos.

El día 4 de enero las protestas se inician en varias ciudades de Argelia. La policía reprime dejando muertos y heridos. Pero los burócratas del gobierno argelino derogaron todos los aumentos habidos sobre el precio de los alimentos básicos, los carburantes y la energía eléctrica. La situación, aparentemente, parece que se tranquiliza. Las huelgas se suceden en todos los sectores logrando las más de las veces sus reivindicaciones por parte de un Estado que piensa que quizás conceder le ahorre perecer. Por el momento, el petróleo garantiza el mínimo de paz social que su explotación capitalista requiere.

En Túnez, a pesar de la huida de Ben Alí, la lucha no se detiene y el 26 de enero se dan movilizaciones multitudinarias por todo el país contra el nuevo gobierno; una huelga general se extiende en las zonas mineras e industriales de Safax, El Kef, Sidi Bou Zid, Kairouan, Siliana, Gabés, Nabeul, etc.

El 25 de enero de 2011, miles de personas salen y ocupan las calles de las principales ciudades de Egipto, como Suez, Alejandría, Mahalla, Ismaililla o el Cairo, para manifestar su ira. La jornada termina con varios muertos. Al día siguiente la gente continúa en las calles, más muertos en el Cairo y en Suez. La rebelión adquiere tal fuerza que la policía tiene que abandonar la ciudad, el ejército la ocupará durante la noche. La gente deja de ir al trabajo, cierran empresas, bancos e incluso la Bolsa. El día 28 se convoca “El viernes de la ira y la libertad”, más de

³ Ben Alí fue expulsado de la Internacional Socialista el 18 de enero del 2011, cuatro días después de que el pueblo lo expulsase de Túnez. No hay que olvidar que dentro de las andanzas y arreglos de cuentas del clan o racket socialista el otrora poderoso socialista italiano Benito Craxi, que fue uno de los padrinos de Ben Ali, fue eliminado cuando se hallaba refugiado en Túnez bajo la protección del que un día fue su protegido. En aquel momento Ben Alí fue el *socias listo*.

También Mubarak pertenecía a la Internacional Socialista.

un millón de personas se manifiestan por el Cairo. Las manifestaciones continuarán en diferentes ciudades. En el Cairo se ocupa la plaza Tahrir. Llamamiento a la Huelga General. En los días siguientes policías y paramilitares intentan desalojar la plaza Tahrir, en un primer momento aprovechando la confusión y simulando interponerse entre los dos bandos enfrentados el ejército intenta tomar la plaza, pero tampoco lo consigue, los manifestantes que la ocupan mantienen sus posiciones; el ejército declara que no disparará contra el pueblo. La mayoría del país está en lucha. Mubarak realiza varias maniobras para evitar lo inevitable; el 11 de febrero abandona definitivamente el poder. Los muertos de la revuelta se elevan a 365 y más de 5.000 heridos.

Con la marcha y el procesamiento de Mubarak la revolución política ha conseguido su objetivo, quedando aún el mismo ejército como garante; poco sabemos de la revolución social en marcha.

Desde el 15 de febrero la insurrección se extendió por Libia.⁴ La rebelión empezó en Bengasi donde la brutalidad de la represión policial, –35 muertos–, enardeció a los libios, extendiéndose las protestas por varias ciudades; la represión se intensificó, de hecho hay imágenes de aviones de combate, cazas ultramodernos y helicópteros ametrallando a la multitud de manifestantes. En los primeros días fueron asesinadas en Libia 233 personas.

Simultánea y sucesivamente la rebelión se extiende durante enero, febrero y marzo por varios países de esta amplia zona geográfica. En Yemen la revuelta adquiere tal fuerza e importancia que a pesar de la brutal represión aún ahora no se ha apagado el fuego de la insurrección. En Siria,⁵ la asesina represión no ha sido suficiente para parar las movilizaciones, si bien dimitió el gobierno en pleno y el presidente hereditario, hijo del anterior presidente que murió en el cargo, derogó el estado de emergencia. Pero la protesta de la gente continúa y cada día que pasa es

⁴ Dada la complejidad de los acontecimientos que ocurren en Libia, la situación la hemos intentado abordar en el próximo artículo.

⁵ . Siria, con sus centenares de personas asesinadas por la policía y el ejército, es un claro ejemplo de cómo los distintos intereses geoestratégicos señalan los distintos raseros con que el poder occidental mide las revueltas y como esto determina la propaganda-informativa dada por los *medios*.

mayor el número de asesinados por la policía y el ejército. En el sultanato de Bahrein, las tropas de Arabia Saudí han entrado para reprimir la rebelión; una vez limpiada la sangre de calles y plazas, y hecho desaparecer los cadáveres, las autoridades han ordenado la destrucción del monumento de la plaza de La Perla que ellos mismos habían mandado construir para un evento de 1980; en pocos días los rebeldes dotaron a este monumento de una simbología que los muchos años de oficialidad no lograron dar, a pesar que su vista hacía bien reconocible la plaza. Precisamente por esto lo destruyeron al temer las autoridades que un monumento cuya simbología ya no les pertenecía se convirtiera en un símbolo y un recordatorio de la revuelta.

Esto último solo es una escueta y resumida cronología del inicio de las revueltas. Sin embargo, lo que más nos interesa es lo más difícil de saber, pues aquí los medios de comunicación callan. ¿Por dónde pasa la revuelta de la gente en este cambio de estrategia de las grandes potencias, USA principalmente, ante los nuevos competidores China, India, en esta guerra por las energías (gas, petróleo, agua)? En los cambios que se están dando, ¿qué hay de intereses geoestratégicos y qué hay de rebelión? ¿Cómo se organizaban las personas en su discurrir durante la revuelta? En el sobrevivir rutinario se nos impone una disciplina, un orden que nos organiza, pero cuando se vive, es decir, cuando al margen del Estado y contra él se ha de organizar la vida cotidiana, ¿cómo se lleva a cabo este acto creativo?

Sabemos que tanto en Túnez como en Egipto, durante las revueltas se organizaron los Comités Populares para preparar las manifestaciones, la resistencia, atender a los heridos y en la plaza Tahrir preparar la defensa, organizar el espacio no solo para poder defenderse, sino para poder vivir, dormir, circular, lugares de encuentro, donde poder hablar y debatir, donde poder realizar las tareas habituales de preparar comida, hacer la limpieza, etc. Estos actos de tomar las decisiones para organizar los actos más cotidianos de la vida, muestran ya un nuevo nivel de comunicación entre las personas unidas por nuevos objetivos, esperanzas e ilusiones. Esto es lo más importante de las rebeliones, el hecho de romper con la pura supervivencia y vislumbrar un poder vivir, el romper la incomunicación y poder crear comunicación. Esto es la vida en la plaza pública, y durante dieciocho días la plaza Tahrir, a pesar del asedio y la represión, se mostró al mundo como un verdadero foro, como una plaza pública abierta, capaz de albergar el diálogo, pero también el grito de rabia. Estos 18 días de la plaza de la Liberación han puesto

sobre la mesa la importancia que en los procesos revolucionarios tiene la palabra, la libre discusión entre iguales, el intercambio simbólico y la fiesta, más allá de la lucha por la estricta necesidad. Estos 18 días de la plaza Tahrir son un claro testimonio de como la alienación que conlleva el despliegue de la técnica y el capital no es ineludible, de que la gente está viva y es capaz de enfrentarse al poder que la domina y decir basta.

Ligera mirada de luchas anteriores.

El inicio de todas estas sublevaciones no es un efecto dominó a partir de las posibilidades de conexión que las nuevas técnicas de comunicación ofrecen, o a partir del dictamen que hacen los *mass-media*. En estas amplias zonas geográficas, la lucha contra la explotación y la miseria ha sido constante, aunque los media no nos lo hayan informado. Primero, la lucha contra el colonialismo. El pueblo de Egipto se rebeló contra los británicos en 1882, en 1919 y de nuevo en 1952, cuando una revuelta popular junto a los oficiales derrocaron al rey Faruk. En 1920 se rebelaron los iraquíes. Los sirios lo hicieron contra los franceses en 1925-26 y durante un año los expulsaron de Damasco. También en Marruecos, en 1921, contra los españoles y los franceses. La resistencia de los libios contra los italianos duró más de 20 años. El reparto colonial europeo cuarteó África y Asia, sobre el mapa, mediante regla y cartabón.⁶ Los Estados que surgieron de la descolonización, siguieron dependiendo económica y políticamente de la metrópoli lejana y de sus empresas multinacionales; para dar solo un ejemplo: un 80% de la economía de Túnez depende de la inversión extranjera. Los resultados de estas experiencias nacionalistas los tenemos a la vista, Estados títeres absolutistas y totalitarios de un modo tan primario que los convierte en obsoletos.

Pero, a pesar del estado de excepción permanente, la población se ha rebelado buscando caminos para la libertad y mejores condiciones de vida. En Túnez, durante la década de 1980-90, se produjeron las revueltas del pan y grandes huelgas

⁶ Winston Churchill gustaba de recordar como en 1922 siendo Ministro de las Colonias: “creé Transjordania una tarde de domingo, en el Cairo, de un solo trazo de mi pluma”.

Transjordania pasó a llamarse a partir de 1950 Jordania.

en las zonas mineras llegando la situación a ser tan crítica que el presidente Bourguiba tuvo que ser sacrificado como chivo expiatorio de la misma manera que ahora lo han sido, hasta el momento, Ben Alí y Mubarak. De enero a julio del 2006 se sucedieron las huelgas y manifestaciones en la región minera de Gafsa; durante 2010 en la ciudad de Skhira y la región de Ben Guerdane, en la provincia de Sidi Bou Zid los agricultores del Regueb ocuparon en junio del 2010 las tierras ante la amenaza de expulsión por parte de los bancos.

En Egipto,⁷ el control sobre el Estado y la población es absoluto por parte del aparato militar o de camarillas surgidas de él. Hasta ahora un partido único (aunque había tres más de comparsa), el Partido Nacional Democrático (PND),⁸ a través del cual se controlaba la burocracia de un Estado muy poderoso. Un sindicato único, la General Federation of Trade Union (GFTU), cuya burocracia (miembros a su vez del PND) tenía como principal objetivo mantener la paz social y la precariedad laboral: bajos salarios y exiguas condiciones de trabajo. Según sus propios datos, con una afiliación de 5 millones de obreros sobre un total de 22 millones y controlando desde su posición burocrática dominante la mayoría de los comités de empresa. Las condiciones laborales y los salarios son muy precarios, los sueldos medios de los trabajadores no alcanzan los 100 euros al mes, una mensualidad de 150 euros (1.000 libras egipcias) es un salario excepcional. El mundo del trabajo queda aproximadamente repartido entre un 40% en la agricultura, un 22% de trabajadores en la industria y un 38% en los servicios; con una tasa de paro general que ronda el 10% (en España el paro es del 21%) y con un paro juvenil del 34% (en España es del 43%). A partir de estos escasos datos, se puede comprender que los trabajadores egipcios para conseguir sus reivindicaciones tuvieran que construir sus propias formas organizativas autónomas y a través de ellas hacer oír su voz. En Egipto tiene mucha importancia

⁷ Para saber más sobre las luchas obreras y la situación de los trabajadores en Egipto ver: *Vague de grèves dans le delta du Nil*, en *Échanges n° 121, été 2007, Bulletin du réseau "Échanges et mouvement"*.

⁸ Actualmente ilegalizado y confiscados sus bienes, en una maniobra para tranquilizar las movilizaciones que exigen un cambio real. Al mismo miedo responden los interrogatorios de Mubarak y sus familiares.

la industria textil, surgida en la década de 1940 a través de una gran corporación: la Misr Spring and Weaving Company, a partir de la utilización del algodón egipcio que pronto pasó a ser monocultivo en muchas regiones agrícolas arrinconando o sustituyendo a otros cultivos. En 1947, se produjo la primera gran huelga en el sector reivindicando mejoras salariales y el derecho de sindicación. En 1974, se ponen en huelga 40.000 trabajadores textiles y durante tres días ocupan las fábricas. En 1984, se ponen en huelga los 27.000 obreros del complejo fabril de Kafr el Dawwar, cerca de Alejandría; el sector textil ocupaba entonces entre 80 y 90 mil trabajadores. En 1989-90 hubo grandes huelgas en el sector siderúrgico; en 1994 hubo huelgas en las fábricas textiles; en diciembre del 2006 los trabajadores del mayor centro textil del Oriente Medio, la zona de maquilas de Mahalla con casi 30.000 obreros se declararon en huelga por razones económicas, la victoria fue total para ellos lo que llevó a que durante 2007 las huelgas se multiplicaran por todo el país; en 2008 grandes revueltas en las ciudades de Mahalla y El-Brollos contra la carestía de los alimentos y el precio del pan.

Actualmente la situación en Túnez y Egipto está en un tenso compás de espera. Las movilizaciones continúan en el Yemen y Siria. También en Libia la insurrección continua, pero primero maleada al lograr Gadafi convertirla en guerra civil y definitivamente pervertida por la intervención armada de las potencias occidentales y la OTAN.

Libia

Difícil entender lo que pasa en Libia, con el estado de guerra declarado por los aliados y la OTAN. Como ya pasó en los Balcanes o en Irak, la información es solamente la propaganda del último parte de guerra, donde la satanización de un bando, el que ha de perder, significa la beatificación del otro, el vencedor.

Para tratar de hacer algo más transparente una situación tan opaca, repasaremos algunos datos, pues ellos por sí mismos serán los que más claridad pueden aportar:

Rasgos históricos

Los árabe-bereberes constituyen 90% de la población autóctona de la actual Libia, con una extensión de 1.750.000 km², cuenta con minorías tunecinas, egipcias, griegas e italianas. Hasta 1800 los territorios norteafricanos que hoy son Marruecos, Túnez, Argelia y la propia Libia formaban la región tribal sin Estado de Berbería.

En 1837 Mohamed al-Sanusi fundó una hermandad musulmana clandestina, conocida como Sanusiya, que promovió la resistencia contra los turcos, actuando también en Egipto.

Ante la decadencia del Imperio Otomano al que pertenecía la mayor parte de Berbería, Italia le declaró la guerra en 1911, ocupando el litoral libio (última posesión turca en el norte de África). Con el comienzo de la Primera Guerra Mundial, los italianos ocupan los puertos de Trípoli y Homs (Al-Khums). El resto del territorio se mantenía independiente. Terminada la guerra, Italia debió enfrentar la resistencia encabezada por Sidi Omar al-Mukhtar. Éste fue capturado y ahorcado, siendo Libia incorporada al Imperio de Italia. Desde Egipto y Túnez los Sanusiya se mantenían activos y cooperaron con los aliados en la Segunda Guerra Mundial, esperando de ellos una mejor suerte que la que tenían con los italianos.

Idris al-Sanusi, jefe de la hermandad, fue reconocido por los ingleses como Emir de Cirenaica. Terminada la guerra, el país fue dividido en una zona de administración inglesa (Tripolitania y Cirenaica), y otra (Fezzan) que administraba Francia desde Chad. En 1949, por decisión de la ONU, ambas se unieron en el reino independiente de Libia, cuyo trono fue ocupado por Idris al-Sanusi. Éste basó su poder en la autoridad religiosa y los apoyos de las familias poderosas turcolibias de Estados Unidos y Gran Bretaña (ambos con bases en el país) y de las transnacionales petroleras, instaladas en el país desde la abundante aparición del oro negro en 1960. Una mirada sobre los mapas de las fronteras africanas nos da idea del menosprecio hacia la población autóctona a la hora de repartirse aquellos territorios por parte de los países europeos.

Muammar al-Gadafi, hijo de beduinos nómades, ingresó en el ejército siendo un joven nacionalista. Mientras estudiaba en Londres, en 1966, fundó la Unión de Oficiales Libres. De regreso, continuó la labor política y conspirativa en el seno del

ejército. En septiembre de 1969 inició en Sebha una rápida insurrección que derrocó a la monarquía de Idris.

Rasgos geo-estratégicos

Tomado y asumido el poder, Gadafi nacionalizó en la década de 1970 toda la empresa privada, incluyendo la tierra, la industria petrolera y los bancos, y permitiendo sólo los pequeños negocios familiares.

Se obligó a Estados Unidos y Gran Bretaña a que dismantelaran sus bases militares y se puso un límite a las actividades de las casi 60 compañías extranjeras allí asentadas.

Al carecer de infraestructura comercial y tecnología propia asumió el control de la producción de petróleo sin romper totalmente con las compañías extranjeras. Cada familia rural tuvo derecho a unas cuantas hectáreas de tierra. Con la apertura de infinidad de pozos, cerca de dos millones de hectáreas desérticas comenzaron a recibir riego artificial.

Libia es la puerta mediterránea al Chad y Sudán, países con grandes reservas de petróleo con los que China tiene acuerdos. Al mismo tiempo, Libia tiene también frontera con Níger, país que además de petróleo tiene grandes reservas de uranio (un 8% de las reservas mundiales), que si hasta hoy eran explotadas solo por Francia ahora también lo son por China.

Con casi siete millones de habitantes su economía es una de las más fuertes de África gracias a sus grandes reservas de petróleo y un gas natural de la mejor calidad, bajo en azufre. Se le adjudica la esperanza de vida más alta de África continental. Se asienta sobre 33 tribus. Las tres grandes regiones del país son la Tripolitania, capital Trípoli, que concentra el 60% de la población, antagonista de sus tribus rivales de Benghazi, capital de la región Cirenaica, que aglomera el 30%; y la desértica y sureña Fezzan, capital Sebha, con el otro 10% de población, dispersa, fronteriza con Argelia, Chad, Níger, Sudan y Egipto.

En Libia se producían hasta ahora 1,7 millones de barriles/día de petróleo para la exportación, se calcula que existen unas reservas más grandes que las de EEUU.

Las compañías que operaban en Libia antes del conflicto eran italianas, francesas, inglesas, estadounidenses y españolas, pero también, y esto es importante, la China National Petroleum tenía en esos momentos entre técnicos y especialistas más de un millar de ciudadanos, mientras que la BP, por ejemplo, solo tenía 40 técnicos.

Más de un millón de trabajadores de su población es inmigrante, la mayor parte formada por egipcios y tunecinos que trabajan o trabajaban en Libia. En general, son los más pobres del país.

Cuenta con el PIB (nominal) per cápita más alto del continente africano con un incremento anual de 6,7%, y el segundo puesto atendiendo al PIB PPA (en paridad de poder adquisitivo), lo que no implica que haya una justa distribución del ingreso puesto que un 30% de la población es pobre. Su balanza comercial es sobradamente favorable y le posibilita acumular reservas por unos 200.000 millones de dólares, con una pequeña deuda externa. Libia ocupa el primer puesto en índice de desarrollo humano de África: analfabetismo de los hombres 5% y el de las mujeres 21%, frente al 16 y 39 de Egipto ó al 15 y 33 en Argelia; esperanza de vida 74 años frente a los 61,5 de Egipto; el gasto en educación es del 2,7% del PIB mientras que el de defensa alcanza el 3,8 % del PIB.

Sin embargo, el país es dependiente de la importación de alimentos en más del 75%, cifra que era mayor antes de los grandes programas de regadío con los gigantes acuíferos fósiles del Sahara. Una situación similar se presenta en los demás sectores de la producción nacional, salvo el de la energía.

Libia posee un mar de agua dulce bajo las arenas del desierto del Sahara del tamaño aproximado al de América Central. Es uno de los países con menos pluviosidad del mundo, y su mayor fuente son estas aguas subterráneas de origen fósil en el desierto. En 1984 el Gobierno de Libia emprendió el “Proyecto del Gran Río Artificial” (GMRA), de construir un acueducto de 4 mil kilómetros, con tuberías de 4 metros de diámetro de hormigón prefabricado, para abastecer de agua a 4,5 millones de libios; para evitar el calentamiento o evaporación, las tuberías están enterradas. Tiene capacidad para transportar 6 millones de metros cúbicos de agua por día. (1 m³ = 1.000 litros. Barcelona, junto con los 33 pueblos del área metropolitana, en 2010 consumió 214.000 m³/día, un 3,5% del agua que diariamente transcurre por el acueducto libio). Más del 60% de la población de las

zonas costeras recibe el agua por esta vía. Libia podría también exportar y vender esta agua, de hecho algunas compañías europeas ya se han fijado en este producto.

Hace escasamente dos años, China Railway ganó un contrato por valor de 805 millones \$ USA en Libia. Por él, la empresa Construcción de Ferrocarriles de China Corp ha conseguido la licitación para la construcción de un ferrocarril, según informes de los medios estatales. La línea en construcción tendría 172 kilómetros y sería construida en unos 54 meses. El acuerdo viene completado por otro contrato de 2.6 mil millones \$ el año pasado para construir otras dos líneas ferroviarias, una a lo largo de 352 kilómetros de la costa mediterránea de Libia, desde Khums a Sirt, y otra línea de 800 kilómetros en el sur desde Sebha a Misratah. La construcción de la línea costera estaba programada para completarse en cuatro años, y la línea del sur en tres. Para todo ello, de manera escalonada, se añadieron al millar de chinos que ya trabajaban en Libia, otros 30.000 encuadrados en un total de 75 compañías chinas, algunas de las cuales ya tenían operaciones en ese país. El comercio chino-libio ha crecido un 30 por ciento solamente en 2010, en detrimento del europeo. Para el pago inicial de todos estos proyectos, trabajos y materiales Libia no ha tenido que recurrir a la Banca internacional, cosa que ha molestado a ésta.

Mientras que cerca de cinco millones de técnicos y especialistas chinos están ya presentes en África, las multinacionales USA están prácticamente ausentes en Libia.

Son obvias las preferencias del gobierno libio por China frente a USA y a algunos países occidentales. A pesar de ello, cerca de un 85% de las exportaciones libias de energía van a Europa: Italia tiene el primer lugar con un 37%, seguida por Alemania, Francia y China. Italia también ocupa el primer lugar en importaciones de Libia, seguida por China, Turquía y Alemania. Pero cada vez más ha ido creciendo el papel económico de China en detrimento de los europeos.

El día 1 de marzo de este año un portavoz de EE.UU. ha manifestado los planes de importar para 2015 una cuarta parte del petróleo que necesita desde África: Libia, Nigeria y Sudán serán *sus* países.

Recientemente el Sud de Sudán (42 millones de habitantes y una tasa de crecimiento del 2,13% –la de Egipto es del 1,68–) ha sido secesionado. El petróleo y el gas de Sudan, se hallan en el Sur. Al igual que en Libia, son las dos principales

riquezas naturales que suponen su futuro, aunque también pueden ser su desgracia. Los chinos han sabido asegurarse un lugar importante en Sudán, puesto que sus inversiones han llegado a la suma de 15.000 millones de dólares. Los yacimientos petroleros de Sudán habían sido abandonados por una petrolera estadounidense que desconocía las grandes reservas que, posteriormente, la Compañía Nacional del Petróleo de China (CNPC) ha descubierto en ese país. Casi el 50% de las exportaciones de Sudán van dirigidas a China. En cambio USA perdió otra vez su oportunidad en Sudán, y posiblemente no quiere perderla ahora en Libia.

Estados Unidos, que no ha sabido o podido competir en ese terreno libio, puede utilizar ahora su influencia sobre las fuerzas armadas de los países africanos más estratégicos que entrena mediante el Comando África (Africom), su principal instrumento para la penetración en el continente.

Este año finaliza el tratado de cooperación militar de la OTAN con la Unión Africana, que incluye a 53 países. Es bueno saber que con fondos alemanes se está construyendo la Central de la Cooperación de la Unión Africana con la OTAN en Addis Abeba (ya ha sido bautizada con el nombre «Construyendo paz y seguridad»). En definitiva se trata de contrarrestar la penetración china en el continente.

La Jamahirya

A su llegada al poder, Gadafi encabezó el Consejo de la Revolución, convirtiéndose en presidente de la República Árabe Libia y proclamándose musulmán, nasserista y socialista. Entre 1971 y 1977 se sucederán las proclamas populistas a favor de la creación de la Jamahirya libia, es decir, la entrega –quizás mejor el depósito– del poder a las masas en la República de Libia, para lo cual fueron creados los Comités populares de la Revolución que velarían por el buen desarrollo de las directrices emanadas del que pasó a ser el guía de aquella revolución.

Tenemos pues dibujado un boceto que podría haber sido la base para una transformación social. Pero en realidad, el papel de los Comités populares fue siendo cercenado al ser privados éstos de poderes de decisión y quedarles sólo el

de velar y cuidar para que se cumplieran las leyes y dictados del excoronel, es decir, un determinado poder ejecutivo. Ello quedó más evidente cuando Gadafi fue elegido por el Congreso general del pueblo como secretario general del mismo Congreso. Y es este Congreso el que escoge a su vez de entre las personas de los Comités aquellos que detentarán los cargos importantes en el gobierno de la nación (ministerios y secretarías), de manera que lo que sería una democracia directa queda abocado a una farsa, ya que en la práctica se ha desvirtuado y choca con un aparato burocrático creado y escogido desde la cima del poder libio.

Progresivamente y ya desde el principio el presidente se rodeó de una serie de círculos concéntricos formados por sus más leales familiares y militares de su tribu a cuyo alrededor ha ido surgiendo una notable sociedad privilegiada que ha degenerado en una auténtica corrupción administrativa y social. A esto cabe añadir que la rivalidad de tribus que han sido alejadas del poder de los círculos gadafistas se ha ido incrementando.

Los numerosos hijos de Gadafi están al frente de los ejes que vertebran el poder en Libia: Mohammed preside todo el sistema de comunicaciones (teléfonos, internet, tv.), en tanto que Assaâdi, tiene a cargo la seguridad interna de las masas libias (Jamahirya) a través del control de la policía y de los más altos mandos militares del ejército. La seguridad más cercana a los Gadafi, el manejo de la policía secreta y la alta seguridad del Estado corre a cargo de Khamis. Otro de los hijos era Seïf Al Islam, que murió a finales de abril de este año en uno de los bombardeos de la OTAN junto con tres hijos suyos, era el brazo derecho de su padre; Seïf jugaba el papel de ser el reformista de la familia, controlaba la prensa y la fortuna de la familia; todas las gestiones internacionales para la creación de empresas en Libia eran llevadas a cabo por el mismo Seïf con la dirección de ir pasando de un capitalismo de Estado hacia uno de mixto, es decir de Estado y privado. Aïsha, la hija de Gadafi, lleva la gestión de las ayudas humanitarias, ya sea directamente o a través de fundaciones.

En los discursos de Gadafi prevalecen siempre expresiones como “el pueblo libio es quien tiene el poder”, o “Libia es gobernada por las masas de su país”, o “Libia no tiene más poder que el de sus masas”, etc. De hecho son las expresiones que de manera reiterada están escritas en el libro fundacional de la llamada revolución libia o Libro Verde de Gadafi de finales de los setenta, en el que están formulados los principios revolucionarios del país. La figura del máximo

gobernante ha sido encumbrada como la de un verdadero caudillo que actúa como padre político, espiritual y revolucionario, todo ello con mano férrea.

El abismo entre los más importantes principios de la revolución y aquello que en verdad sucede se ha ido haciendo más grande. La masacre de presos en la cárcel de Abu Salim en junio de 1996, situada a las afueras de Trípoli fue otro peldaño en el ascenso hacia las insurrecciones actuales. El hecho se mantuvo secreto hasta 2001 en que se fue notificando a las familias de los masacrados.

Seif al-Islam Gadafi, afirmó que las matanzas se produjeron en medio de confrontación entre el Gobierno y rebeldes del Grupo Libio de Combatientes Islámicos, organización militante. El grupo anunció por primera vez su existencia en 1995, prometiendo derrocar a Gadafi y lanzando una violenta campaña.

Si la lejana Benghazi –al Este– ya mantenía viejas reivindicaciones, a partir de entonces éstas se multiplicaron.

Inicio de la insurrección

El 17 de febrero de 2011 se iniciaron las protestas que exigían la salida del régimen. El abogado Fathi Terbil, representante de las familias de los asesinados en la prisión, había sido detenido. El hecho causó una enorme protesta en el Día de la Ira, planificado con anterioridad. Los manifestantes se organizaron para dirigirse hacia el cuartel de la policía en Benghazi demandando su liberación. Ante la negativa, grupos de personas asaltaron los cuarteles de la policía apoderándose de numerosas armas. La policía derrotada, huyó o se unió al pueblo; la ciudad quedó en poder de la gente insurrecta al unírsele parte del ejército que se negó a obedecer la orden de asaltar la ciudad y reprimir a la población.

La franja costera de Libia queda dividida en dos partes enfrentadas: por una parte los rebeldes que se han apoderado de varias ciudades y territorio y que tratan de organizarse para poder enfrentarse a lo que queda de ejército, y por otra los mercenarios del clan Gadafi que tienen su base en Trípoli. Gadafi pretende que la insurrección armada no se transforme en una revolución y prefiere que degenera en una guerra civil que se prolongue en el tiempo, entre dos partes, entre dos territorios. La intervención de los ejércitos occidentales y de la OTAN, como vanguardia armada de las multinacionales y sus Estados, pretende controlar a los

rebeldes y someterlos a sus intereses y solo entonces se desharán del régimen, y si no pueden someter, disciplinar y controlar a estos rebeldes armados, entonces siempre les quedara el viejo amigo Gadafi y su familia.

Los días 20 y 21 de febrero, grandes manifestaciones se apoderan de las calles de las ciudades libias. En Trípoli millares de personas ocupan las calles, siendo a su vez reprimidas con armas de fuego.

La ciudad de Misrátha queda en poder de la gente, la cual se apodera del armamento que la policía y el ejército han dejado abandonado en su precipitada huida. En otras localidades el ejército y la policía o huyen o desertan, pasándose a la población rebelde.

También hace un año centenares de familias en Sebha a 600 km. al Sur, cansadas de promesas incumplidas, se lanzaron a la ocupación de unas viviendas populares que llevaban inacabables años en construcción. Poco después fueron expulsadas con violencia.

Del embargo a la guerra

Para el bloque capitalista occidental, el desarrollo económico de Libia, y el hecho de haber cobrado importancia su rol de referente sobre todo para los países no alineados, hizo que aquel país fuera objetivo a abatir. Sin previa declaración de guerra, la administración Reagan tras acusarlo de actos de terrorismo, sobrevoló repetidas veces el espacio aéreo libio a partir de 1981 hasta que en 1986 bombardeó Trípoli y Benghazi matando a centenares de personas. Pero el objetivo era el mismo Gadafi como lo prueba el que muriera una hija del mandatario que vivía en un pabellón de su palacio.

Si hacemos memoria recordaremos las absurdas mentiras que por entonces EE.UU. e Inglaterra especialmente desataron ridículamente acusando a Libia de preparar y almacenar armas químicas... «Quien replica al león, tiene mal aliento», advierte el proverbio libio. La condición para ser invadido es ser demonizado por las agencias internacionales. En 1988 en un acto de sabotaje fue derribado un avión cuando volaba sobre Escocia, muriendo 270 personas de las que la mitad eran norteamericanas. Pronto Libia fue señalada como la autora, los tribunales la condenaron a en 1991.

A partir de este momento el antiamericanismo tuvo su momento álgido. USA propició el aislamiento de Libia que se concretó en las sanciones impuestas por la ONU en 1992 a raíz de la presunta implicación de aquel país en el atentado aéreo.

Gadafi pagó bajo protesta las indemnizaciones del caso a los familiares de las víctimas del atentado del avión con 2.700 millones de dólares, lo que representa 10 millones de dólares para cada víctima. Pese al levantamiento de las sanciones, Estados Unidos prorrogó su embargo hasta 2006.

Ante las amenazas y el bloqueo real Gadafi se ha mostrado cooperante con EEUU y en general con occidente en los años transcurridos desde 2003, cuando renunció a su programa nuclear. También se sumó a occidente en su guerra contra el terror. Los dos países restauraron las relaciones diplomáticas en 2006, y con apoyo estadounidense Libia accedió al Consejo de Seguridad en calidad de miembro temporal. Pero para el capital occidental Gadafi ha resultado ser un obstáculo a las voraces conveniencias de aquél.

Tras doce años de embargo, y sabedora del enorme potencial económico de Libia, Europa se olvidó del bloqueo que sus países habían practicado con Libia, ofreciéndose para rearmar el país.

Italia, en el bienio 2008-2009 le vendió por un valor de 205 millones de euros, la mayor parte por la venta de aviones de combate. También Malta le vendió a Gadafi por valor de 80 millones de euros armas pequeñas y municiones de firmas italianas asentadas allí. A su vez y en estos dos años Francia vendió por un total de 143 millones de euros, Alemania 57, Reino Unido 53 y Portugal 21 millones de euros. España en el primer semestre de 2010 fue autorizada por el Congreso a exportar una partida por valor de 7,8 millones de euros y a los pocos meses otra de 10 millones en equipos de visión, piezas de aeronaves y material diverso, (por ejemplo bombas de racimo). Estados Unidos destinó 300.000 dólares en 2010 al entrenamiento de efectivos libios en el marco del programa Capacitación y Educación Militar Internacional, y estaban previstos 350.000 dólares para este año, etc., etc. El caso es que a una semana de la resolución de la ONU, los puertos de Libia eran destinatarios de material de guerra procedente de los países que ahora destruyen a este material, al país y masacran a la población para proteger... a sus ciudadanos. No olvidemos que entre este material había gran cantidad de sofisticados ingenios antidisturbios. Abominable ejercicio de la razón, equidad y

responsabilidad de los Estados. Si alguien tuviera dudas, ahí tenemos un ejemplo de la modernidad de la política y de las razones de los Estados, cualesquiera que sea la oposición gadafista. Hechos que por sí solos descalificarían cualquier intervención llamada humanitaria (cualquier injerencia aprobada o no por el Consejo General de la ONU) para imponer sus democracias.

Blair, Berlusconi, Sarkozy, Aznar, Zapatero y Juan Carlos, han sido hasta hace bien poco huéspedes y/o anfitriones de Gadafi. De sus países parten las operaciones para acabar con Gadafi y su calculada colaboración con el capital de occidente.

Los más potentes países capitalistas en desarrollo cuyo exponente es el BRIC (acrónimo de Brasil, Rusia, India y China) han manifestado no estar de acuerdo con el bombardeo de Libia, según la resolución nº 1973. La crítica de India –que discretamente se está acercando a Irán después de la intervención militar a Bahrein por parte de Arabia Saudita como cabeza del CCG (Consejo de Cooperación de Países del Golfo)– ha sido severa. India ha sentenciado ante el Parlamento que ninguna potencia exterior debe interferir en Libia: “ni siquiera un par de países puede tomar la decisión para cambiar un régimen en particular”. Brasil se pronuncia por un cese al fuego en Libia para proteger a los civiles y abrir el camino para el diálogo entre el régimen de Gadafi y sus opositores. China expone su oposición al uso gratuito de fuerza armada que lleva a más daños civiles y desastres humanitarios; argumenta además que la operación ‘Odisea en el Amanecer’ ha sido diseñada selectivamente como ayuda humanitaria específica para los contestatarios de Benghasi, pero no para los de Bahrein, Yemen o Siria. Y Rusia dice que ve la posibilidad de que la balcanización de Libia desencadene la desintegración de África.

¿Quiénes son los rebeldes?

No sabemos mucho de ellos con certeza; pero sí que entre las formaciones insurrectas hay desde gente de calle hasta bastantes universitarios, familiares de los exterminados de Abu Salim, jóvenes en paro, mecánicos, pequeños comerciantes, grupos activos de tribus enemistadas con el clan gobernante. El núcleo duro de los combatientes es el de los shabab, los jóvenes cuyas protestas desencadenaron la revuelta a mediados de febrero; también grupos de empleados y trabajadores de empresas extranjeras que han preferido permanecer en el país a secundar la

revuelta. No hay que despreciar a los hombres de ideología religiosa, ya que muchos son los más disciplinados y tenaces, pareciendo empeñados en luchar hasta el fin y en los lugares de más riesgo. Remarcan una y otra vez que ellos no forman parte de Al Qaeda. A este propósito abundan las pintadas de “no a Al Qaida”. Hay que resaltar la presencia del elemento militar, desde soldados rasos del ejército regular hasta algunos altos cargos de la milicia, como el general Abdel Fateh Yunis, que fue ministro del Interior de Gadafi y responsable de las fuerzas especiales. Otro militar de alto rango es el coronel Khalifa Hefdir, héroe de la guerra con Chad en los años ochenta que posteriormente se volvió contra Gadafi y, hasta hace poco, vivía exiliado en EE.UU. Ahora está entrenando tropas para el combate.

Una proclama que ha circulado entre los insurrectos, que quizás podría darnos algo de luz para entrever el denominador de la revuelta, decía: “Queremos democracia. Queremos buenas escuelas, queremos medios de comunicación libres, el fin de la corrupción, un sector privado que pueda ayudar a construir esta nación y un parlamento, para poder quitarnos de encima a quien queramos y cuando queramos”.

Los mandatarios occidentales no terminan de perfilar bien aquello que perderían y aquello que ganarían con la caída de Gadafi y el ascenso de la insurrección. Sin duda están en plena negociación con la insurgencia para garantizar el éxito político-económico del negocio de la operación.

Etcétera, mayo 2011



2006. Egipto. La huelga de los obreros del textil, premisa de un movimiento de lucha global

Después del golpe de Estado de 1952, que derribó a la monarquía, el ejército lleva al país, según una pálida imitación de la URSS, por el camino de un capitalismo de Estado. La mayoría de empresas de alguna importancia son nacionalizadas. A los trabajadores les son concedidas algunas garantías sobre el nivel de vida y la seguridad en el empleo, pero bajo un estricto control político y social, en particular con la prohibición de la huelga y la instauración de un sindicato único trasmisor de las decisiones del poder, por lo que respecta a las reglas de la explotación del trabajo.

La burocratización del sistema y la corrupción que le acompaña lleva el país hacia un caos económico que terminará con un recurso al FMI y al BM, que impondrá un completo viraje con privatizaciones y con la apertura al mercado mundial. Como resultado se da la desaparición progresiva de las garantías

mínimas anteriores respecto a la explotación del trabajo, pero con el mantenimiento de una semidictadura que garantiza sobre todo la prohibición de las huelgas y el poder legal coercitivo de un sindicato único.

La agravación de las condiciones de trabajo y de vida se incrementó todavía más por el impacto de la evolución económica internacional, de tal manera que en 2007, sobre 80 millones de habitantes, 30 millones vivían con menos de 1,50 euros al día. El proceso de liberalización de la economía chocó a la vez con las resistencias burocráticas y con las luchas obreras. Hasta 2006, puede observarse un ligero aumento de huelgas cuyo objetivo es prevenir la degradación de las condiciones de vida. Estas huelgas eran esporádicas y quedaban, no obstante, aisladas.

Esta retardada liberalización había dejado subsistir un conjunto de grandes empresas, sobre todo textiles, de manera que en 2006, sobre 22 millones de trabajadores, más de 5 millones eran aún explotados en empresas estatales (textil, química y transporte). En la medida que la gestión de estas empresas estaba en manos del Estado, cualquier huelga, en principio ilegal tomaba un carácter político. El 5 de diciembre de 2006, los 27.000 trabajadores del complejo textil Egyptian Company of Spinning and Weaving (desde la hilatura hasta la confección) del Estado de Mahallah (delta del Nilo) pudieron ver cómo en su hoja salarial la promesa de una prima de más de un mes de salario, hecha por un ministro, no tenía efecto. En tales condiciones, un grupo de estos trabajadores rechazó la paga y se concentró ante la puerta de la fábrica, donde se les juntaron más de 3.000 trabajadores del mismo turno de trabajo. Las trabajadoras, que eran mayoría y ocupaban los puestos menos cualificados, recorrieron los sectores que no se habían sumado al paro, sectores de trabajadores cualificados y mayoritariamente masculino, al grito de «¿Dónde están los hombres? He aquí las mujeres». Pronto toda la fábrica paró, y otros trabajadores de empresas vecinas se juntaron al movimiento. La fábrica es ocupada día y noche, y al cuarto día la huelga es suspendida con la paga de una prima superior a la anteriormente prometida y con la apertura de negociaciones sobre los salarios, la gestión de la empresa y la representación del sindicato oficial.

Pero estas pequeñas concesiones y el fin de la huelga llegaron demasiado tarde, lo cual tuvo consecuencias en el conjunto del proletariado egipcio.

Durante el año 2007, una ola de huelgas se extendió por toda la región industrial del delta del Nilo, alrededor de las ciudades de Alejandría y del Cairo. No se trataba de un movimiento organizado sino de una sucesión de conflictos que, apagados aquí, con algunas concesiones, reprecenden allá. En 2007, en un país que durante más de diez años no había prácticamente conocido huelgas, se contarán más de 220, todas ilegales. El movimiento continuó hasta principios de 2008, cuando se contabilizó más de una huelga diaria.

Es difícil saber si estos enfrentamientos son espontáneos, bajo el impulso de militantes de base o a instancias de una recuperación de las oposiciones políticas o religiosas reagrupadas para intentar un asalto más global contra el régimen. El 6 de abril de 2008, se convoca una «jornada de la rabia», día de huelga nacional con la intención de extender la lucha y reunir las luchas hasta entonces dispersas. También es difícil saber si esta huelga no ha sido provocada para justificar la represión. Parece, con todo, que ha tenido un cierto carácter espontáneo a través de convocatorias por Internet y a través de móviles. Días atrás, un comentarista podía escribir en relación a la situación en la región de Mahallah: «Toda la ciudad de Mahallah se ha convertido en una zona de guerra y la represión ha transformado la huelga en una revuelta que une a trabajadores, parados y jóvenes».

Esta jornada de huelga marca el inicio de una ofensiva generalizada para intentar romper la extensión y la radicalización del movimiento huelguístico. Por un lado, concesiones como, por ejemplo, el aumento del salario de los funcionarios y algunas medidas para permitir un mínimo de alimentación básica. Por otro lado, operaciones de policía preventiva con la detención de los supuestos cabecillas. Pero sobre todo la huelga es rota por el amplio despliegue policial. En Mahallah, la víspera de este domingo «día de la rabia», centenares de policías son desplazados a la ciudad y en torno a la fábrica. El domingo, de madrugada, los policías ocupan la fábrica y detienen a 150 trabajadores, lo cual no impide los enfrentamientos cuando casi 10.000 trabajadores intentan manifestarse delante de la fábrica. Los enfrentamientos durarán dos días. Sólo en Mahallah se contarán dos muertos, 100 heridos y 150 detenidos; cientos de heridos y 300 detenidos en todo Egipto. A mitad de diciembre de 2008, la mayor parte de los trabajadores detenidos son liberados aunque siguen con diligencias policiales por «asamblea ilegal» y 22 fueron juzgados por incendio voluntario, destrozos, robos y posesión de armas, y condenados hasta 5 años de cárcel.

Esta jornada del 6 de abril parece haber marcado el final provisional de la ofensiva obrera global que había empezado en diciembre de 2006 con la gran huelga de Mahallah.

Henri Simon

(*Días rebeldes*, Límites/Octaedro, 2009)



La revolución por las mujeres

La actitud del pueblo egipcio ha sido ejemplar, magnífica. Todo el mundo ha salido a la calle y los manifestantes han sabido mantenerse en calma y confiados a pesar de las provocaciones del régimen y el temor de un baño de sangre.

Poco a poco, el movimiento se ha diversificado, con manifestaciones procedentes de todas las capas sociales y, especialmente, con gran cantidad de mujeres. Muchas solas, sin sus maridos. Mujeres de cualquier condición, con velo, pobres, laicas, intelectuales, se suman a la protesta de una manera inimaginable antes de la revuelta, gritando sin descanso, sin jamás fatigarse. Los mass media occidentales no muestran suficientemente el papel desempeñado por estas mujeres. Sin embargo, es esto la otra revolución. Un fenómeno increíble. Le han puesto a la protesta una atmósfera que le faltaba, abierta, alegre, y que contribuye a hacer de la revolución un laboratorio de transformaciones sociales con mezcla de poblaciones antes separadas por una tradición de segregación. Así, este tejido social rígido que envenenaba el país, se desintegra.

Las actitudes cambian y los tabús se rompen: los de los laicos para con los religiosos, los de los hombres para con las mujeres. Los hombres son muy poco agresivos y no hacen alarde de la actitud enfermiza de acoso que de manera habitual reina en las calles. Hombres y mujeres se han manifestado una al lado de otro, lo que muestra que la protesta no es de naturaleza religiosa. Los que se manifiestan son conscientes de que no participan en un movimiento islámico y lo han demostrado: las consignas se refieren esencialmente a la libertad y a la democracia.

Este cambio de mentalidad se va ampliando. Los egipcios se escuchan, no se enervan, descubren una posibilidad de diálogo antes desconocida. Se asombran de lo que están realizando y de la atmósfera festiva en la que se desarrolla el movimiento. Hermosa sorpresa.

(Entreviu de Nadia Kamel, cineasta. La Tuile, nº 0, 2011)

Lo que he visto en Libia

«La guerra es paz. La libertad es esclavitud. La ignorancia es fuerza»

George Orwell, *La teoría y la práctica del colectivismo oligárquico*, en 1984.

Han transcurrido ya más de dos meses desde que estallara la llamada «revuelta de las poblaciones líbicas». Poco antes, el 14 de enero, como consecuencia de amplias sublevaciones populares en el vecino Túnez, era depuesto el presidente Zine El-Abidine Ben Ali, en el poder desde 1987.

Después le tocó el turno al Egipto de Hosni Mubarak, también destronado el 11 de febrero después de haber sido durante treinta años el dueño absoluto de su país, hasta el punto de ganarse el apelativo, no precisamente agradable, de «faraón». Acontecimiento que la prensa occidental ha definido de inmediato, con la consiguiente dosis de sensacionalismo espectacular, como «la revolución de los jazmines» y «la revolución del loto».

La revuelta pasa sucesivamente de Jordania al Yemen, de Argelia a Siria. E inesperadamente se extiende como mancha de aceite también en Omán y Barhein, donde los respectivos regímenes, ayudado en este último caso por la intervención, más allá de sus fronteras, de una sección del ejército de Arabia Saudita, reaccionaron con extremada violencia contra la población disidente sin que en este caso, al menos por ahora, se tradujese en una firme condena de los gobiernos occidentales frente a esta represión. Únicamente el rey de Marruecos parece querer prevenir lo peor y el 10 de marzo propuso la reforma de la constitución.

Dos meses en los que, una vez puestas en suspenso las vicisitudes de Túnez y Egipto, todos los grandes medios internacionales han concentrado sus focos sobre la «evidente y sistemática violación de los derechos humanos» (Resolución de 1970 adoptada por el Consejo de Seguridad de la ONU el 26 de febrero de 2011) y sobre los «crímenes contra la humanidad» (Resolución 1973 adoptada por el Consejo de Seguridad el 7 de marzo de 2011) perpetrados por Gadafi contra «su propio pueblo».

Esta última resolución está exenta de cualquier fundamento jurídico y viola de forma patente la Carta de la ONU. En suma, se trata de un auténtico ajuste de jurisprudencia en el que una violación llama a otra: la «delegación» a los Estados miembros de las funciones del Consejo de Seguridad está a su vez ligada a la «zona de exclusión aérea», que es también ilegítima, más allá de cómo está siendo aplicada, porque la ONU puede intervenir, según el artículo 2 y del mismo Capítulo VII de la Carta de San Francisco, sólo en conflictos entre Estados y no en conflictos internos de los Estados miembros, que pertenecen a su «dominio reservado». Pero esto es ya viejo: la primera zona de exclusión aérea (también ilegal) se remonta a 1991, después de la primera guerra de Irak, desde la cual se puede empezar a contar la crisis vertical del viejo Derecho Internacional, sustancialmente garantizado por el bipolarismo Este-Oeste desaparecido a caballo entre la década de los ochenta y la de los noventa del siglo pasado.

Pero volvamos a los momentos cruciales de la llamada «primavera árabe». Si en el caso tunecino y egipcio las cancillerías occidentales demostraron mucha prudencia acerca de los posibles desarrollos políticos, económicos y militares de estos países, al agudizarse el antagonismo histórico entre la Cirenaica por un lado, donde se concentra la mayor riqueza petrolífera de Libia y la Tripolitania y el Fezzan por el otro, potencias como Francia, Estado Unidos y el Reino Unido se encuentran de pronto de acuerdo en sostener «sin peros» a los revoltosos compuestos en buena parte por islamistas radicales (particularmente numerosos serían los «hermanos musulmanes» provenientes de Egipto, los jihadistas argelinos y los afganos capitaneados por dos altos dignatarios del anterior gobierno líbico como el ex ministro de Justicia Mustafá Mohamed Abud Al Jeleil y el ex ministro del Interior, el general Abdul Fatah Younis, además de nostálgicos del rey Idris I, depuesto militarmente por Gadafi y los oficiales de Nasser el 1 de septiembre de 1969.

O, para ser todavía más precisos, como continúa repitiendo sistemáticamente el coronel desde el principio en sus acaloradas alocuciones a la nación, una revuelta monopolizada en gran parte por integrantes de «Al-Qaeda». Antes de que la insurrección incendiase la Cirenaica, grupos escogidos de tropas occidentales, capitaneados por ingleses del SAS, operaban secretamente sobre el lugar, con el objetivo de adiestrar y organizar

militarmente a los efectivos rebeldes. Simultáneamente, de manera no oficial, algunos países occidentales, Francia y Gran Bretaña en primer lugar, abastecían a los insurgentes de armas y medios de locomoción que deberían haber permitido avanzar victoriosamente hasta Trípoli.

De este modo, inmediatamente después de los primeros momentos en el que se filtraban noticias más bien confusas y contradictorias acerca del desarrollo de los acontecimientos en el terreno, Francia a las 17,45 del sábado 19 de marzo, dos días después de la promulgación de la Resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, 1973, supera los titubeos y anticipa la puesta en marcha de la «Coalicción de los voluntariosos», de acuerdo con USA y Gran Bretaña, a los cuales se sumaron enseguida España, Qatar, Emiratos, Jordania, Bélgica, Noruega, Dinamarca y Canadá.

Para «proteger a la población civil» de Bengasi y Trípoli de los «estragos del loco sanguinario Gadafi», el presidente francés Nicolás Sarkozy impone una zona de exclusión aérea, pero –por favor, esto no–, sin ninguna intención de destronar al «dictador», colocándose de ese modo como el caudillo en la operación «Odisea al Alba», que hasta el momento ha llevado a cabo más de ochocientas misiones de ataque.

Es cuanto afirma también el almirante americano William Gortney, según el cual el coronel no se encuentra en la lista de los objetivos de la coalición, aunque no se excluye la posibilidad de que pueda ser alcanzado «sin nosotros saberlo». También el jefe de Estado Mayor británico, sir David Richards, niega que la muerte de Gadafi sea un objetivo de la coalición porque la resolución de la ONU «no lo consiente».

Evidentemente, la elección de los aliados no podía ser otra que los «rebeldes», tan fotogénicos en las tomas, mientras disparan al aire con sus ametralladoras pesadas montadas sobre su base para provecho de las cámaras de televisión. No obstante, su entidad se ha mostrado ridícula de inmediato y de poco peso en el país. Incluso adiestrada y armada hasta los dientes, la de los insurgente corre el riesgo de ser un ejército abigarrado que continuará quebrándose contra los escollos representados por el ejército fiel a Gadafi, sin que por otro lado gocen del apoyo de una buena parte de la población. Y llevar

a cabo una «revuelta popular», sin estar flanqueado por el apoyo del pueblo, resulta una empresa bastante áspera, al tiempo que original.

Además, la institución a su demanda de un fantasmagórico gobierno en la sombra denominado pomposamente Consejo Nacional de Transición (CNT) e inmediatamente reconocido como legítimo por el ministro de asuntos exteriores italiano Franco Frattini, ha permitido que algunos Estados occidentales enviasen oficialmente elementos de relieve de sus propios ejércitos con la tarea de «adiestrar a los insurgentes». Por otro lado, se ha hecho también oficial el abastecimiento de armas y medios a cambio de petróleo, que antes se hacía en secreto.

Su fuerza, como han escrito periodistas ingleses, «reside por completo en el sostenimiento político y militar de que gozan en el plano internacional». En cuanto a formar un gobierno que funcione, y sobre todo a alcanzar alguna apariencia de victoria —incluso bajo la cobertura de la zona de exclusión aérea— son totalmente incapaces.

En suma, una operación con sabor épico y romántico únicamente en el nombre, pero en sustancia un ataque militar en toda regla a la soberanía de la Gran Jamarhiya Árabe Libia Popular Socialista.

Los motivos de la guerra relatados por los grandes medios de comunicación

Pero, ¿qué es lo que realmente ha podido justificar, más allá de los enredos mediáticos que han sido volcados en grandes dosis sobre la opinión pública, la pretensión de tal injerencia armada contra el gobierno de Trípoli travestida de «intervención humanitaria»?

Como siempre sucede en casos similares, todo comenzó con el arranque de una potente campaña mediática en la cual sin ninguna evidencia probatoria, sino únicamente en virtud de una repetición incesante del mismo mensaje, se estableció desde el principio que «Gadafi había hecho bombardear a los insurgentes en Trípoli» masacrando «a más de 10.000 personas». Una «noticia» de la que inicialmente se hicieron portavoces los dos más importantes medios

del mundo árabe: Al Jazeera y Al Arabiya, considerados como una especie de CNN del Próximo y Medio Oriente. Hablamos pues de informaciones procedentes directamente de aquel mundo árabe controlado respectivamente por las aristocracias de Qatar y de Dubai.

Después del inicial ímpetu informativo, el número de «10.000 personas bombardeadas por Gadafi» es inmediatamente remachado por todos los medios internacionales hasta convertirse en un «hecho» indiscutible, casi un postulado, aunque no hubiera ninguna imagen o prueba tangible que pudiera certificar una tal carnicería. En apoyo de tan onírica información se presentaron las imágenes de supuestas «fosas comunes» en las cuales habrían sido sepultados durante la noche, siempre según los corifeos de la desinformación de masas, aquellos que habían perecido bajo los bombardeos ordenados por el «dictador loco y sanguinario». No obstante, como se descubrió casi enseguida, se trataba de imágenes engañosas y descontextualizadas, ya que aquello que se mostraba al público occidental eran las imágenes de un cementerio de Trípoli donde se realizaban las normales operaciones de inhumación de los fallecidos.

Pero, como todo *experto manipulador* sabe muy bien, lo que cuenta para plasmar la opinión pública es la primera impresión que se recibe, y que imprime el mensaje en el cerebro de manera indeleble. Ha sido elaborado en las narraciones de los acontecimientos históricos más importantes, el último de los cuales ha sido, sin ningún género de dudas, la obra maestra espectacular que ha pasado a la historia como los «atentados terroristas de Al-Qaeda del 11 de septiembre de 2001».

No podía ser de otra manera también en este caso, donde la primera versión mediática, propalada con diligencia al estilo de Goebbels, ha repetido insistentemente la fábula de los «10.000 muertos» y del «genocidio» llevado a cabo por el «dictador loco y sanguinario» sin ninguna evidencia, apoyándose únicamente en la pura e ininterrumpida circulación del mismo mensaje.

Desde el primer momento, el mantra recitado infinidad de veces en las redacciones del Gran Hermano ha sido sólo éste, convirtiéndose súbitamente en la Versión Oficial. Así pues, ya no había espacio alguno para la duda, al menos en los grandes circuitos de la información, ya que el *hecho* proclamado se

imponía por sí mismo, casi *motu proprio*. El resto era sólo ir contracorriente o, *horribile dictu*, nada menos que «complotismo».

Otro elemento que ha jugado un papel decisivo, incluso en términos de aval de los conflictos de años anteriores, ha sido la casi total adhesión de la «izquierda» en casi todas sus vertientes –desde la moderada hasta los sectores más extremos– a la Versión Mediática Oficial, que en el caso italiano incluía también el rumor infundado de hipotéticos «campos de concentración» o «campos de trabajo» destinados a los inmigrantes negros procedentes de las zonas subsaharianas. Una especie de reflejo pavloviano que ha llevado, sin ningún tipo de filtro o discernimiento crítico y, lo que es aún más grave, sin ni siquiera plantearse la cuestión de quiénes fueran los insurrectos de Bengasi, a suministrar una especie de aval tácito a las operaciones de los manipuladores. Lo cual ha facilitado de hecho la labor de aquellos poderes internacionales que desde hace tiempo trabajaban para provocar una intervención militar contra Libia.

Salida hacia Libia

Por todas estas razones, o quizás sería mejor decir por la falta de ellas, cuando el tenor José Fallisi me ofreció la posibilidad de viajar a Trípoli para verificar, junto a un grupo de auténticos «voluntariosos» denominado *The Non-Governmental Fact Finding Commission on the Current Events in Libya*, cómo estaban las cosas en realidad, no lo he pensado dos veces y de inmediato decidí tomar parte en la expedición.

Tras haber llegado al anochecer del 15 de abril a Djerba con un vuelo de Roma y un retraso de tres horas sobre el horario previsto, el viaje en territorio líbico nos ha presentado de inmediato la dura realidad de un escenario militar salpicado de centenares de puestos de control que cubrían por completo el territorio, desde la frontera con Túnez hasta Trípoli. Pero una vez llegados a las puertas de la capital el ambiente que se perfilaba angustioso en aquellas primeras largas horas de viaje se transforma de repente en un escenario de total normalidad. Más bien nos encontramos con una metrópoli perfectamente en orden, hermosa, muy cuidada y sin ningún signo típico de un estado de guerra

incipiente. Este primer impacto ya contradecía de raíz los relatos de los periodistas amordazados que habían descrito con sosiego los escenarios caóticos, oscuros y sangrientos de los «estragos» provocados por el rais.

La primera sensación que tuve en la mañana del 16 de abril, mientras atravesábamos las calles de Trípoli directos hacia el sudeste del país, fue la de un gran apoyo popular hacia Gadafi, un apoyo pleno, apasionado e incondicional, y no desde luego de «resentimiento y hostilidad de la población» hacia él, como vociferaban desde hacía semanas los medios. Por otra, como muy bien pone de relieve el analista político Mustafá Fetouri, «una de las consecuencias imprevistas de la intervención militar en Libia ha sido la de haber reforzado la credibilidad del régimen confiriéndole aún más fuerza y legitimidad en las zonas que están bajo su control. Además, después de la agresión, ha vuelto a pulsar repetidamente la vieja tecla del antiimperialismo».

Llegados a la ciudad de Bani Waled, a unos 125 kilómetros al sur de Trípoli, en el interior de una vasta comarca montañosa, nuestra delegación fue recibida calurosamente por los responsables de la Facultad de ingeniería electrónica. Este territorio alberga a la mayor Tribu de Libia, los Warfalla o Warfella, que con sus 52 clanes y alrededor de millón y medio de efectivos representa la Tribu más grande de la Tripolitania, donde se encuentra el 66% de la población líbica (en la Cirenaica vive el 26-27% y el resto en el Fezzan), extendiéndose también por el distrito de Misratah (Misurata) y, en parte, por el de Sawfajin.

Nos dirigimos después a la plaza central de la ciudad, donde se estaba desarrollando una manifestación contra la agresión de la Coalición occidental hacia Libia. Aquí la sensación que habíamos advertido unas horas antes al atravesar la capital se convierte en realidad palpable, y las demostraciones de apoyo incondicional a favor del líder líbico no dejan lugar a ningún posible malentendido. El eslogan que nos acompañó a lo largo de todo nuestro recorrido fue *Allah Muamar ua Libia ua bas!* (¡Allá, Gadafi, Libia y basta!), que se ha convertido en una especie de estribillo repetido un poco por todas partes. Mientras, entre los enemigos de Libia, Sarkozy es sin duda el que más está en el punto de mira y contra el cual se dirigen la mayor parte de las mofas («¡Down, down, Sarkozy!»). Le siguen a continuación los demás líderes occidentales que se han distinguido en la agresión «humanitaria», como el surrealista Premio

Nobel Barack Obama, al que ocasionalmente le han puesto el epíteto de U-Bomba, y así sucesivamente todos los demás.

Después fuimos conducidos a un amplio complejo de viviendas circundado por un muro, donde fuimos recibidos por los jefes de las Tribus de los Warfalla, todos ellos vestidos con sus trajes tradicionales. Ayudados por intérpretes, pero también por un jefe de clan anciano que habla un buen italiano, se nos confirma la estrecha alianza de la tribu con Gadafi y su total determinación a luchar, en el desgraciado caso de que fueran invadidos militarmente, «hasta el fin». «Si decidieran invadir Libia, sabremos cómo responder, nos dice uno de los jefes de la tribu blandiendo en alto con sus nudosas manos un flamante kalashnikov. No hay ninguna arrogancia en sus palabras, únicamente la firme determinación de no permitir que su país se vea inmerso en el caos, tal como sucedió en Kosovo, Afganistán e Irak, que desde la ocupación militar anglo-americana se han convertido quizá en los lugares más peligrosos de la tierra y en los cuales se puede morir yendo simplemente al mercado, en un restaurante, en un banco o simplemente andando por la calle. Estos son los «resultados» después de casi un decenio desde las primeras intervenciones humanitarias y de las consiguientes operaciones de *mantenimiento de la paz*, que ahora cualquier celoso «exportador de democracia» querría repetir en Libia...

Por cualquier parte que uno se mueva, sea por Trípoli o por sus inmediatas periferias, la pregunta que continuamente nos formulan las personas con las que entramos en contacto es la siguiente: «¿Por qué Francia, Inglaterra y los Estados Unidos nos bombardean? ¿Qué les hemos hecho? ¿Por qué Italia, después de haber estipulado con nuestro país un tratado de amistad y de no agresión, nos ha hecho esto?». Preguntas sacrosantas, a las que las agresiones militares anglo-americanas de los años precedentes suministran una respuesta demasiado evidente.

En los siguientes días continuamos nuestras exploraciones visitando escuelas de diverso orden y grado en Trípoli y sus alrededores donde nos encontramos con las mismas manifestaciones de apoyo y participación. Lo que sorprende en estos muchachos que la prensa occidental querría presentar como escasamente «emancipados» respecto a nuestros salvajes con teléfono móvil, es la plena comprensión de lo que está sucediendo en perjuicio de su país y el

peligro que representaría para la suerte de Libia, si por cualquier causa fuese invadida militarmente: pero en su cara no hay ningún rastro de sumisión o resignación ante estos hechos, sino más bien una firme voluntad de resistir «con cualquier medio». Es también el deseo de transmutar la pesadez de las circunstancias, en la medida de lo posible, por momentos de pasión compartida.

Desde los suburbios de Trípoli, donde nos encontramos con la gente por la calle, en sus casas o en sus lugares de trabajo, pasando por los médicos heridos durante los bombardeos y actualmente hospitalizados, hasta las concentraciones en el corazón batiente de la ciudad, siempre vemos la misma disposición de ánimo hacia la jefatura de su país y hacia la situación que, día tras día, viene angustiosamente perfilada por los boletines radio-televisados.

El único elemento realmente anómalo y en muchos sentidos sorprendente, sobre todo porque estamos hablando de uno de los grandes países productores de petróleo del mundo, son las largas filas de kilómetros y kilómetros de automóviles parados a un lado de las calles, y que comienzan ya a formarse en las primeras horas de la noche, esperando el turno para abastecerse en las estaciones de servicio. También esto es una paradoja, una de tantas paradojas en la que es pródiga cualquier guerra.

Moviéndonos a lo largo y ancho de la capital no nos encontramos con ninguna señal de bombardeos contra la población líbica por parte de Gadafi, que fue el motivo desencadenante por el cual fueron promulgadas las Resoluciones de la ONU y que de hecho dieron vía libre a la agresión militar. Y, no obstante, para provocar más de «10.000 muertes», sobre todo cuando se habla de bombardeos en una gran ciudad como Trípoli, necesariamente se habrían producido grandes daños urbanísticos y habrían dejado grandes cantidades de indicios diseminados por las calles. Pero este es un detalle que poco les importa a los señores de la información: lo que cuenta es el pánico virtual creado con oficio, que, sin embargo, está ya produciendo efectos muy concretos.

Las únicas señales tangibles de bombardeos las encontramos, por el contrario, en algunas localidades cercanas a los suburbios de Trípoli, en Tajoura, Suk Jamal y Fajlum, donde después de repetidos bombardeos de la

OTAN, encontraron la muerte más de cuarenta civiles. Lo verificamos directamente sobre el terreno, cuando nos trasladamos a la factoría sobre la que se lanzaron algunas bombas que han causado daños en los edificios adyacentes, y en los cuales son aún bien visibles los fragmentos de los ingenios explosivos. Tendríamos confirmación en el hospital civil de Tajoura, donde las autoridades médicas nos mostraron los documentos oficiales que atestiguan las muertes causadas por las bombas lanzadas por la Coalición.

La confirmación oficial de la situación que hemos comprobado sobre el terreno no es suministrada también por Moussa Ibrahim, portavoz del gobierno líbico, en un encuentro en el Hospital Rixos, el cual nos ilustra sobre la posición del gobierno a este respecto. Después de haber trazado un cuadro de los acontecimientos bélicos y diplomáticos en los dos últimos meses, Ibrahim se pregunta por qué los organismos internacionales responsables no consintieron, antes de iniciar los bombardeos, el envío a Libia de una misión de investigación para verificar los hechos, como había pedido Gadafi en varias ocasiones, y confirmar personalmente los siguientes puntos: 1) la dinámica real de los hechos sobre cómo se desencadenó la rebelión, que fue pertrechada inmediatamente; 2) cuáles son sus verdaderos objetivos, si se trata de secesionistas, más allá de la bandera elegida y de su aparente líder, el ex ministro de Justicia líbico Jelil; 3) quién y qué ha bombardeado; 4) hasta qué punto y a través de qué canales los rebeldes se han armado; 5) cuántas son las víctimas civiles de los presuntos bombardeos de Gadafi y de los llamados «voluntariosos», y así sucesivamente.

«Además –insiste Ibrahim– el envío a Libia de una tal delegación para verificar cómo están realmente las cosas habría tenido un coste inferior al de un único misil de crucero Tomahawk, y de estos misiles se han lanzado más de 250 en estos días. ¿A qué es debida esta hipocresía de Occidente hacia nosotros? ¿Por qué no fue impuesta una zona de exclusión aérea también en Israel cuando bombardeó Gaza durante más de un mes sin que ningún país tuviese nada que objetar? ¿Por qué dos países y dos varas de medir, cuando ya ha sido verificado que nunca hemos bombardeado, y lo repito con toda firmeza, a nuestra población?»

Pero una comisión internacional de observadores, a pesar de las insistentes peticiones por parte de las autoridades líbicas, no ha sido enviada nunca y se ha

continuado salmodiando la ya vulgar versión del «dictador sanguinario Gadafi» que bombardea y oprime a «su propio pueblo». Occidente, o ese discreto número de países que se ha arrogado abusivamente el derecho de hablar en nombre del mundo entero, ha rechazado también la oferta de Chávez de actuar como mediador para Libia, a pesar de estar apoyada por numerosos países latinoamericanos y por la misma Unión Africana.

Pudimos verificar personalmente al anochecer del 17 de abril en Bāb al ‘Azīziyah, la residencia-bunker de Gadafi, cuán engañosas son las informaciones que circulan por los grandes medios occidentales a propósito de la popularidad de Gadafi entre la gente de Trípoli y en general de Libia; a pesar de los estrechos controles de las fuerzas de seguridad, fuimos los únicos occidentales que tuvimos acceso al parque situado delante del bunker del rais. El espectáculo que se ofrece a nuestros ojos al entrar en el parque donde se encuentra la antigua residencia de Gadafi bombardeada por los americanos el 15 de abril de 1986 –en la cual, por lo demás, perdió la vida su hija adoptiva Hana– y dejada voluntariamente en aquel estado a modo de testimonio histórico, contradice al primer golpe de vista la versión propagandista que circula por Occidente. Aquí, cada anochecer, desde que se iniciaron los «bombardeos humanitarios» contra la Jamahiriya Árabe Líbica, se celebra un gran encuentro animado por millares de personas, desde recién nacidos para los cuales se ha habilitado una amplia guardería hasta los ancianos que se emplazan con sus narguilé bajo una tienda repleta de cojines y alfombras. Una gran plataforma montada ante la vieja casa del coronel es el escenario sobre el que se alternan música, palabras, proclamas y entretenimientos para atemperar una atmósfera que cada día que pasa se hace más pesada.

El verdadero sentido de esta concentración, de la cual los medios de comunicación occidental se guardan de informar, «es la cercanía y el afecto de los libios hacia el *hermano* Gadafi», como me explica un joven y culto ingeniero electrónico que nos guía a lo largo de nuestra visita; un «hermano y un padre» hacia el cual es perceptible el afecto tributado por su gente. Por eso se encuentran allí todas las noches, para hacerle sentir con su presencia todo su calor y hacer de escudo con sus propios cuerpos a nuevas posibles incursiones tras la del 21 de marzo de 2011, incursiones que se repitieron en la noche del 25 de abril, cuando un edificio destinado a oficinas situado en el complejo de

Bāb al ‘Aziziyah fue destruido por un misil Tomahawk lanzado desde un submarino de la *Royal Navy* siguiendo coordenadas suministradas por las fuerzas especiales de Londres infiltradas también en la capital.

La última cita con miembros del gobierno fue con el viceministro de asuntos exteriores, Khaled Kaim, que con gran abundancia de detalles recorre instante a instante los desarrollos de la crisis, de la presencia entre los «revoltosos de Bengasi» de varios elementos de los «hermanos musulmanes» y otros jihadistas extranjeros, que ya desde el inicio fue detectada por las autoridades líbicas, de la extraña sincronía que hizo que, el 26 de febrero, el personal de diversas embajadas presentes en Trípoli partiera sin ninguna explicación plausible, hasta de las razones geopolíticas que han hecho que Libia se volviese un objetivo apetecible para los intereses occidentales ya desde hace muchos años.

Kaim pone a nuestra disposición todo el material de vídeo y las informaciones de prensa internacionales que cubren por completo la secuencia temporal puesta a examen, a fin de estudiarla a fondo en toda su amplitud para poder emitir un juicio objetivo sobre los hechos. Su esperanza, dirigida idealmente a la opinión pública occidental, es la de que no se dejen hipnotizar por informaciones *ad usum delphini* difundida en estos meses por los grandes medios, sino que dirijan su mirada al contencioso entre el gobierno y los «rebeldes» que de todos modos, según su valoración a raíz de la intervención militar de la OTAN en las cuestiones líbicas internas, ha vuelto mucho más complicado y ha dilatado en el tiempo un posible proceso de pacificación nacional.

Sólo nos queda, antes de despedirnos, encontrarnos con la última personalidad de relieve en el programa de nuestra agenda, Monseñor Giovanni Martinelli, el obispo de Trípoli, uno de los últimos italianos que se quedaron en la ciudad después del estallido de la crisis que, junto a la combativa representante de importaciones-exportaciones italo-líbrica Tiziana Gamannossi, nos confirma en el curso del coloquio todo lo que ya habíamos descubierto durante nuestra misión de investigación: es decir, que el gobierno líbico no ha bombardeado a su población, sino que los únicos muertos a causa de los bombardeos han sido provocados por la OTAN en Tajoura; que la única posible solución del contencioso es el diálogo, no las bombas; que «los

‘rebeldes de Bengasi’ se han hecho reos de graves crímenes hundiendo al país en el caos».

Martinelli añade que el ataque militar aliado a Libia es injusto y erróneo, tanto desde un punto de vista táctico como estratégico, porque las bombas reforzarán a Gadafi y le permitirán vencer. El suyo es un juicio ponderado y pleno de sufrimiento, expresado además por un hombre que no nutre ninguna inclinación apriorística hacia el coronel, pero que reconoce en él con mucho equilibrio los errores y aciertos en la conducción del país. «Un hombre con mucho carácter y muy decidido –añade el padre Martinelli– que ha favorecido, desde que tomó el poder, la libertad de movimiento y la libertad política, religiosa, y que ha permitido que en Libia conviviesen pacíficamente cinco confesiones religiosas». «En más de cuarenta años –concluye el obispo de Trípoli despidiéndose de nosotros– no he sufrido ninguna provocación de nadie, y nuestra comunidad convive serenamente con todas las demás. Encontrarme cualquier otro lugar en el que todo esto sea posible». Y cómo contradecirle, viendo el panorama actual del Próximo Oriente.

Si de verdad queremos dirigir nuestra mirada a la sustancia y no a la propaganda bélica que arraiga con fuerza en los medios con graves daños para Libia, la expectativa de vida de sus habitantes se sitúa en torno a los 75 años de edad, un verdadero record si consideramos que en algunos países del continente africano la media se sitúa en torno a los 40 años. Cuando Gadafi tomó el poder, el nivel de analfabetismo en Libia era del 94%, mientras que hoy más del 76% de los libios están alfabetizados y son muchos los jóvenes que estudian en universidades extranjeras. La población del país, al contrario de lo que sucede en Egipto o Túnez, no carece de alimentos y servicios sociales indispensables. Además, antes del ataque franco-británico el gobierno de Libia había lanzado un programa de edificaciones populares económicas en el cual se habían invertido más de dos mil millones de denarios, que debía consentir la construcción de alrededor de 647.000 casas en todo el país para una población de unos seis millones de habitantes. Un proyecto que naturalmente esta ahora parado, y que será retomado –si alguna vez lo es– quién sabe cuándo.

En este punto, el cuadro que tenemos ante nuestros ojos ha tomado contornos perfectamente delineados; sería muy interesante proseguir hacia la parte oriental del país, donde se llevan a cabo los enfrentamientos más graves,

pero por razones de seguridad nos desaconsejan emprender un viaje de esa naturaleza. Aunque, no obstante, tenemos los elementos necesarios para entender que las Resoluciones 1970 y 1973 promulgadas por el Consejo de Seguridad carecen de todo fundamento. Y por tanto las razones de esta intervención armada deben buscarse en otra parte.

El encargo de referir minuciosamente todo lo que hemos podido reunir en el curso de la misión se confió a David Roberts, portavoz del *British Civilians For Peace in Libya*, durante la conferencia de prensa abierta a todos los medios internacionales presentes en Trípoli que tiene lugar en el lujoso Hotel Rixos; en la que incluso se proyectó un documental montado en tiempo record por el extraordinario reportero gráfico y activista inglés Ishmahil Blagrove; la conferencia de prensa es también la ocasión para dar cuenta a los medios de todos los documentos, la verificación probatoria y las evidencias recogidas por la «Fact Finding Commission» durante sus investigaciones. Después de la exposición de los resultados a los que la comisión había llegado, se procedió a evidenciar todas las omisiones y manipulaciones llevadas a cabo por los medios desde el inicio de la guerra.

Esto no les gustó en absoluto a algunos periodistas y mediobustos⁹ de las grandes cabeceras inglesas y americanas presentes en la sala, los cuales sintiéndose acusados por las evidentes distorsiones a las que se prestaron durante sus servicios informativos y que nuestras indagaciones sobre el terreno habían sacado a la luz, reaccionaron furiosos y con rabia, negando haber llevado a cabo un «trabajo sucio» y asegurando que más bien habían suministrado todas las informaciones que estaban en su poder.

Una evidente patraña, considerando que con los pocos medios puestos a nuestra disposición habíamos dismantelado casi por completo su castillo construido sobre la arena, nunca mejor dicho, en los meses precedentes. Y que por un instante, todavía enfervorecido por lo que había visto y oído, pensé en

⁹ ‘Mezzobusto’, expresión italiana intraducible en castellano. Hace referencia, en modo irónico, a los analistas políticos que aparecen en televisión y que por regla general sólo se muestran de cintura para arriba.

comunicárselo a la diligente bombardera de Libia Anna Finocchiaro, jefa de grupo del PD en el Senado, que estaba sentada detrás de mí en el avión que me traslada de Túnez a Roma. Pero habría sido una molestia inútil, me dije enseguida, a la vista de la determinación asumida en primera persona por la «izquierda» etimológica para conducir a un punto de no retorno a esta sucia guerra.

Como advertía el gran escritor Mario Mariani, «los periodistas y los políticos no deben entender de nada, pero deben hacer como si entendieran de todo». Lo único que realmente cuenta para ellos, es poseer un buen olfato para saber en qué dirección *is Blowing the Wind...*

Las verdaderas razones de la guerra contra Libia

De este modo, poco a poco, después de haber verificado en primera persona cómo estaban realmente las cosas sobre el terreno, y gracias a la red de páginas web o blog interesados en dar auténtica información y no propaganda, se comenzaban a hacer amplios análisis serios y documentados sobre la etiología de los hechos líbicos. Y cada vez se abría paso con más fuerza lo que, verosíblemente, parecían ser los motivos reales de la intervención de occidente contra Libia, planificada desde mucho tiempo antes. En primer lugar, apoderarse de los enormes yacimientos de petróleo líbico, estimados en cerca de 60 mil millones de barriles y cuyos costes de extracción son de los más bajos del mundo, sin contar las enormes reservas de gas natural valoradas en 1,5 billones de metros cúbicos.

Pero eso no es todo. Desde el momento en que Washington borró a Libia de la lista de proscripción de los «Estados canallas», Gadafi ha tratado de hacerse un espacio diplomático internacional con repetidos encuentros en la patria y en las mayores capitales europeas. En 2004, por ejemplo, Tony Blair, entonces Primer Ministro británico, fue el primer líder occidental en viajar a Libia, que de ese modo se convirtió en un país al que rendir visitas frecuentes. Y en diciembre de 2007, París se tomó la molestia de extender la alfombra roja en el parque del Hotel Marigny, donde el coronel había plantado su tienda.

¿Qué ha cambiado desde entonces que justifique el encarnizamiento de Gran Bretaña y Francia contra el régimen de Trípoli cuando antes eran tan amigos?

La respuesta nos la ha proporcionado el diario estadounidense *The Washington Times*. Este periódico puso de relieve el pasado marzo que son los 200 mil millones de dólares de los fondos soberanos líbicos lo que hace que los occidentales tiemblen. Porque ese es el dinero que circula en los bancos centrales, en particular en los británicos, estadounidenses y franceses. Víctimas de una crisis financiera sin precedentes, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos quieren a toda costa apoderarse de estos fondos soberanos. «Estas son las auténticas razones de la intervención de la OTAN en Libia», afirma Nouredine Leghliel, analista bursátil argelino transferido a Suecia que fue uno de los primeros expertos en plantear la cuestión. Estos 200 mil millones de dólares, de los cuales los occidentales sólo hablan a media voz, están por el momento «congelados» en los bancos centrales europeos. ¿El motivo? Que esta inmensa montaña de dinero se ha asociado con la familia Gadafi, «lo que es completamente falso», como subraya Leghliel, pero que sin embargo autoriza a los tiburones de las maltrechas finanzas internacionales a meter la hucha en sus arcas.

«Cuanto más dure el caos, más durará la guerra y más provecho sacarán los occidentales de esta situación que les es ventajosa», aclara aún Leighliel. El caos en la región beneficiaría a todo occidente. Los británicos, sofocados por la crisis financiera, encontrarían de ese modo los recursos necesarios. Los estadounidenses con objetivos meramente militares, se instalarían de forma definitiva en la franja del Sahel y Francia podría recuperar el papel de subarrendatario en esta región a la que considera como una especie de apéndice suyo.

El asalto a los fondos soberanos líbicos, como es fácilmente previsible, tendrá un impacto particularmente fuerte en África. Aquí la *Libyan Arab African Investment Company* ha hecho inversiones en más de 25 países, 22 de los cuales en el África subsahariana, programando de acrecentarlos en los próximos cinco años, sobre todo en el sector minero, manufacturero, turístico y en el de las telecomunicaciones. Las inversiones líbicas han sido decisivas en la realización del primer satélite de la Rascom (*Regional African Satellite Communications Organization*) que, habiendo entrado en órbita en agosto de 2010, permite a los

países africanos empezar a independizarse de las redes de satélites estadounidenses y europeas, con un ahorro al año de centenares de millones de dólares.

Todavía más importantes han sido las inversiones libias en la realización de los tres organismos financieros puestos en marcha por la Unión Africana: el Banco africano de inversiones, con sede en Trípoli; el Fondo monetario africano (FMA), con sede en Yaoundé, la capital de Camerún y el Banco central africano en Abuja, la capital nigeriana. El Fondo será financiado principalmente por los países africanos y, por cuanto se sabe, Argelia dará 14,8 mil millones de dólares USA, Libia 9,33, Nigeria, 5,35, Egipto, 3,43 y Sudáfrica 3,4.

La creación del nuevo organismo es (o era) considerada una etapa crucial hacia la autonomía monetaria del continente. En efecto, según las Naciones Unidas, en África el peso de la balanza comercial mundial se ha contraído notablemente en los últimos veinticinco años, pasando del 6 al 2%; efecto debido, siempre según las Naciones Unidas, a la presencia de unas cincuenta monedas nacionales no convertibles entre sí. Esto representaría un freno a los intercambios comerciales entre los Estados africanos, por ello la principal tarea del FMA es promover los intercambios comerciales creando el mercado común africano. Un paso necesario para la estabilidad financiera y el progreso de la economía del continente, que además decretaría el fin del franco CFA, la moneda que se ven obligados a usar 14 países, ex-colonias francesas.

Lo que hemos apenas expuesto podría ser la verdadera razón, o uno de los motivos principales que ha provocado la intervención militar, primero oculta, declarada y explícita después, de las viejas potencias coloniales del Continente Negro: Francia, Reino Unido y Estados Unidos. Sea como fuere, la congelación de los fondos líbicos y la consiguiente guerra asestan un durísimo golpe al proyecto en su conjunto.

Pero si Occidente quiere realmente anular a Gadafi para apropiarse de Libia y de sus recursos, deberá resignarse enseguida a cambiar de estrategia. Dicho de otro modo, deberá hacer que sus heroicos soldados desciendan de los aviones y de las naves, desde donde bombardean cómodamente sentados teniendo en la mano el *joystick* de la *playstation* y mandarlos a tierras líbicas, a combatir, matar y ser a su vez muertos. En este punto será absolutamente necesario quitarse la

careta, evitar esconderse tras el pretexto de «intervenciones humanitarias», manifestar abiertamente sus ambiciones y aceptar la fila de ataúdes que volverían a casa cada semana. ¿Pero serán capaces, después de que el mundo asiste consternado al empantanamiento en el que se hallan inmersas las mayores potencias militares de la historia tras un conflicto que dura ya más de diez años en Afganistán e Irak?

Paolo Sensini, mayo 2011



El lúgubre futuro del capitalismo

Aparte del desacuerdo expresado por uno de sus miembros, perteneciente al Partido Republicano, desacuerdo sin fundamento alguno, la Comisión de investigación sobre la crisis financiera no podía imaginar que el informe que entregó en enero iba a producir una confusión tan grande. Al cabo de un año y medio de investigaciones y de recogida de testimonios de universitarios y otros economistas, este informe no decía nada más de lo que ya había dictado el sentido común popular a saber, que la recesión económica que estalló públicamente en 2007 se hubiera podido evitar ya que era fruto de una combinación de reglas estatales laxas y de una excesiva exposición al riesgo por parte de los que daban y solicitaban préstamos, principalmente en el sector inmobiliario. Este mismo sentido común popular nos tranquilizó cuando declaró que las rápidas medidas gubernamentales habían impedido que la gran crisis se convirtiera en una depresión generalizada y que la recesión había abierto el camino, aunque todavía “frágil”, para el relanzamiento. Pero, aunque esta idea de sentido común se repita hasta la saciedad, resulta poco convincente. ¿Por qué el relanzamiento es tan frágil? ¿Por qué el paro continúa siendo tan elevado? ¿Por qué los bancos, provistos de nuevo de liquidez por medio de esta rápida acción gubernamental, son tan reticentes de ponerla al servicio de la expansión económica? ¿Por qué la serie de crisis de la deuda soberana en Europa provoca, como en los Estados Unidos, el derrumbe de los presupuestos de los Estados? ¿Por qué los políticos piden sin descanso austeridad, mientras la economía es ya incapaz de satisfacer las necesidades de millones de personas en materia de vivienda, sanidad, educación e incluso de comida? El fracaso de la denominada ciencia de la economía, puesta en evidencia por la incapacidad de los especialistas en predecir la catástrofe, se pone de nuevo de manifiesto por la misma ineptitud para explicar lo que está sucediendo o para llegar a un consenso sobre las medidas necesarias para ponerle remedio.

Un aspecto notable de los comentarios sobre las dificultades actuales de la economía es que, no obstante las constantes referencias a la Gran Crisis de los años 30, así como a las numerosas recesiones ocurridas después de la Segunda Guerra Mundial, se ha hablado poco de que las crisis constituyen la marca

recurrente de la economía capitalista desde la revolución industrial. Un simple examen de la historia nos demuestra que los recientes acontecimientos son algo habitual. En realidad, desde principios de los años 1800 hasta finales de los años 1930, el capitalismo estuvo entre la mitad y una tercera parte de este tiempo en crisis (hay discrepancias en la datación según los distintos expertos), crisis que fueron agravándose de manera regular hasta la Gran Crisis de 1929. Fue debido a la poca profundidad de las crisis que tuvieron lugar después de la última guerra que surgió la idea de que el capitalismo no conocería más los altos y bajos característicos de sus primeros ciento cincuenta años de existencia como forma social dominante. El dilema de la teoría económica parecía situarse entre la idea neoliberal del capitalismo como sistema capaz de autorregularse y la concepción keynesiana de una economía controlable mediante el control estatal. La insuficiencia de los dos puntos de vista evidenciada por los actuales acontecimientos económicos, nos impele a buscar otra mirada sobre la dinámica a largo plazo del sistema capitalista.

Los primeros autores de estudios sobre lo que, a finales del siglo XIX, acabaría llamándose el “ciclo de los negocios”, se dieron cuenta de que era una característica de la economía de mercado, en la que la mayoría de los bienes se producen para ser vendidos. En una economía así, la razón por la cual las empresas producen bienes y servicios es la de ganar dinero; las empresas crecen y decrecen y pasan de la producción de una mercancía a otra según el nivel de beneficio logrado por su inversión. A principios del siglo XX, los estudios estadísticos (dirigidos por el economista americano Wesley Mitchell y la National Bureau of Economic Research) demostraron que la alternancia entre prosperidad y crisis iba de la mano con las fluctuaciones de la rentabilidad de los negocios

La explicación más elaborada de estas fluctuaciones, la teoría de la tasa de ganancia de K. Marx, estaba tan alejada de la corriente principal de la teoría económica que fue ampliamente ignorada por los autores de estudios sobre el capitalismo, incluidos la mayoría de autores de izquierda. Pero la historia de la economía parece confirmar la exactitud de la idea de que, si la prosperidad crea las condiciones de una eventual crisis, las crisis que le siguen hacen posible un renacimiento de la economía por el hecho de que la disminución de los costes de inversión —merced a las quiebras, al derrumbe de los precios, a la

evaporación de los créditos y la reducción de los costes de la mano de obra a causa del aumento del paro y a la mejora de la productividad de las nuevas máquinas— genera tasas de ganancia más elevadas en las inversiones, lo que a la vez provoca un aumento de dichas inversiones y, por consiguiente, una expansión de la economía.

A pesar de sus características particulares, la Gran Crisis y el relanzamiento de la economía capitalista a partir de 1945 siguieron, en grandes rasgos, el esquema establecido por los precedentes episodios de hundimiento y regeneración de la economía. La crisis fue larga y el nivel de destrucción físico y económico del capital enormemente elevado (principalmente durante la guerra en la que desembocó). Así pues, no debe sorprender que la recuperación llevó a un período de prosperidad que se extendió hasta mitades de los años 1970, período que los economistas bautizan como la Edad de Oro por su duración y amplitud. La relativa ausencia de graves recesiones a lo largo de estos años se debió a la aplicación, durante el período posterior a la crisis, de lo se denominó métodos keynesianos: el porcentaje de los gastos del Estado respecto al PIB de los países de la OCDE pasó del 27% en 1950 al 37% en 1973. En los Estados Unidos, como señaló Joyce Kolko en 1988, “casi la mitad de los nuevos empleos creados a partir de 1950, lo hicieron gracias a los gastos del Estado y una evolución análoga se produjo en los restantes países de la OCDE”.

La idea de Keynes consistía en que los Estados debían endeudarse durante los períodos de crisis con el fin de provocar el relanzamiento de la economía; en el momento en que, como resultado de esta práctica, aumentara la renta nacional, los impuestos que le afectarían para devolver la deuda, tendrían poco impacto. En realidad, la gestión de las crisis se transformó en una “economía mixta” estado-privado permanente. Cuando, a mediados de los años 1970, la Edad de Oro llegó a su fin, el enorme aumento del gasto público que había evitado un retorno a las condiciones de la crisis, significó un paso más en dirección al déficit cada vez más problemático que padecemos hoy. La misma razón del aumento de los gastos del Estado —la escasez de beneficio— hacía imposible la devolución de la deuda que el Estado había ocasionado.

Durante este tiempo, la deuda pública vino acompañada por el vertiginoso aumento de la deuda de las empresas y de la deuda privada, que permitió la aparente prosperidad de los últimos veinte años. Las promesas de que un día,

en el futuro, se pagaría, sustituyeron al dinero que la economía capitalista, ralentizada, era incapaz de producir. Dado que los Estados, las empresas y, en una medida siempre creciente, los individuos se endeudaban para comprar mercancías y servicios, la deuda pública, la de las empresas y la de las familias, apareció en los balances de los bancos y de otras sociedades en la columna de los ingresos. Pero la devolución de las deudas exige dinero generado por una producción rentable y por la venta de bienes y servicios. Pero, como ha observado Robert Brenner, profesor de historia en la UCLA:

“Según los indicadores macroeconómicos estándares, entre 1973 y la actualidad, el rendimiento económico de Estados Unidos, de Europa Occidental y de Japón, se ha deteriorado de ciclo de negocio en ciclo de negocio, de decenio en decenio (a excepción de la segunda mitad de los años 1990). Si hablamos del mismo período, la inversión en capital a escala mundial y en todas las regiones excluyendo China, incluyendo incluso a los países del Sureste de Asia (industrializados de nuevo) ha ido disminuyendo de manera regular desde la mitad de los años 1990”.

El resultado fue, a grosso modo, la reaparición en 2007 de la crisis que se logró evitar en los años 1970.

Cuando el estallido de la enorme burbuja americana de los préstamos hipotecarios en el 2007 desencadenó la crisis mundial, los gobiernos centrales se encontraron atrapados entre la necesidad de mantener en funcionamiento el sistema, inyectando dinero en los establecimientos financieros “demasiado grandes para hundirse”, el apoyo a los gobiernos locales y el estímulo a la economía privada por un lado y la imperiosa necesidad de limitar el crecimiento de la deuda pública para no llegar a un punto de imposibilidad de pago de gran amplitud. La deuda de los Estados Unidos en 1930 era de 16 mil millones de dólares; hoy en día ha llegado a la cifra de 14 billones de dólares, y continúa creciendo. La deuda federal representaba ya, en 1970, el 37, 9% del PNB (Producto Nacional Bruto). Cuando, en el año 2004, el FMI advirtió que la combinación del déficit del presupuesto de América y el creciente desequilibrio de su balanza comercial amenazaban “la estabilidad financiera de la economía mundial”, la deuda se acercaba al 63,9%. Las advertencias a nivel mundial de los patronos y de los políticos para reducir el gasto público, aunque estén magnificados por la ideología liberal, representan el reconocimiento de una

situación nueva respecto a los años 30: el hecho de que la carta keynesiana se jugó en exceso.

Consecuentemente, aunque el capitalismo actual es, en muchos aspectos, una versión muy distinta de la siglo XIX, esta transformación no ha comportado una disminución de los problemas sistémicos tal como los diagnosticaron los críticos de aquella época. Es más, los manifiesta con nuevas formas. De hecho, la crisis se perfila en el horizonte con la posibilidad de ser más terrible que las grandes crisis de 1873-93 y de 1929-39. La industrialización de la agricultura y la urbanización de la población –en 2010 se estimó que la mitad de los habitantes del planeta vivía en las ciudades– ha vuelto a la gente cada vez más dependiente del mercado para procurarse la comida y satisfacer sus necesidades esenciales. La existencia en límites de supervivencia o más allá de estos límites, como viven las masas urbanas de El Cairo, de Dakka, de Sao Paulo y de México, tendrá repercusión en los países capitalistas más avanzados debido al hecho que el paro y la austeridad impuesta por los gobiernos afectaran cada vez a más a la población y, no sólo en las antiguas zonas industriales del mundo desarrollado sino también a New York, Los Ángeles, Londres, Madrid o Praga.

Dejado a su propia dinámica, el capitalismo nos augura dificultades económicas en las décadas a venir, incluyendo ataques, cada vez más virulentos, contra las conquistas y las condiciones de trabajo de aquellos que, en el mundo, todavía tienen la suerte de ser asalariados; oleadas de quiebras o de consolidaciones de empresas capitalistas y conflictos cada vez más graves en el seno de entidades económicas o incluso de países enteros en el momento en que se trate de saber quién debe pagar todo esto. ¿Qué fabricantes de coches, en qué países sobrevivirán, cuando otros se hagan con su patrimonio y sus mercados? ¿Qué instituciones financieras serán aplastadas por deudas imposibles de cobrar y cuales sobrevivirán y lograrán conquistar partes enormes del mercado mundial para ganar dinero? ¿Qué luchas estallarán para controlar las materias primas como el petróleo, el agua para el riego y la bebida o la tierra cultivable? Por más deprimentes que sean estas consideraciones, no incluyen dos factores ligados, paradójicamente, que auguran unos efectos todavía más desastrosos para el futuro del capitalismo: el declive del petróleo – base del actual sistema industrial– como fuente de energía y el calentamiento

del planeta provocado por el uso de carburantes fósiles. Aunque el actual estancamiento debería ralentizar el cambio climático causado por los gases de efecto invernadero, los daños realizados son ya extremadamente graves. Elisabeth Kolbert, una periodista de ninguna manera dada a la exageración, tituló su muy exhaustivo ensayo: *Field Notes From a Catastrophe* (Notas de campo sobre una catástrofe).

El deshielo de los glaciares no sólo amenaza los paisaje suizos sino también el aprovisionamiento de agua potable a poblaciones enteras en regiones como Pakistán o la línea de separación de las aguas de los Andes: desde hace años, las sequías arruinan la agricultura australiana y china; las inundaciones devastan, de manera periódica, las viviendas de decenas de millones de individuos en las regiones de baja altitud del Sureste de Asia. El desfile ininterrumpido de catástrofes no hace más que empezar. Será la compañera de viaje de una economía estancada y no podrá hacer otra cosa que verse exacerbada por la emisión de gases con efecto invernadero para intentar volver a una cierta prosperidad.

Lo que estas continuas tensiones sobre la sociedad auguran, es que el declive de la economía, incluso cíclicamente infligida, será el vector de una crisis del sistema social que, dado que obedece a las leyes de la física y de la química, irá más allá del terreno estrictamente económico. Si la caída del aprovisionamiento del petróleo y las catástrofes causadas por el cambio climático no provocan una mayor transformación de la vida social, el difícil imaginar qué situación podría llevarlo a cabo. Esta idea puede parecer, en la actualidad, utópica a aquellos que, entre nosotros, viven todavía la mayoría de ellos, en lo que queda de la prosperidad material aportada por el capitalismo de después de la guerra, de la misma manera que la miseria y el terror que pesan sobre los habitantes del Congo, desgarrado por la guerra, son difíciles de sentir por los habitantes de New York o Buenos Aires. Este hecho no hace más que demostrar la pobreza de nuestra imaginación y la inexistencia de los desafíos que nos esperan como catástrofes tales como la marea negra que se vertió de una plataforma petrolífera de BP en el Golfo de México en el año 2010, que nos ayudaran a entenderlo mejor.

La mayor incógnita que se presenta al intentar dilucidar el futuro del capitalismo es el grado de tolerancia de la población mundial frente a los

estragos que le infligirá este sistema social. La gente es perfectamente capaz de reaccionar de manera constructiva ante el desmoronamiento de las estructuras normales de la vida social y de improvisar soluciones a los problemas inmediatos de supervivencia física y emocional. Nos lo demuestra con creces la reacción ante las catástrofes como terremotos, inundaciones, desastres de la guerra al igual que en los precedentes períodos de tormentas económicas. El hecho de que la gente del siglo XXI no haya perdido la capacidad de enfrentarse a las autoridades para defender sus intereses viene corroborado por los jóvenes contestatarios de Atenas, los funcionarios en huelga de Johannesburgo, los egipcios que, por lo menos durante un tiempo, han logrado destruir un estado policial afincado desde decenas de años.

De todas maneras, la gente tendrá ocasión, en un futuro próximo, de explorar posibilidades parecidas si desean mejorar las condiciones de vida de una manera concreta a las que les llevará una economía decadente. Mientras que todavía hoy están a la expectativa de la prometida vuelta a la prosperidad, en un momento dado, la multitud de nuevos desheredados, como muchos de sus antecesores durante los años 1930, se ven impulsados a dirigir sus miradas hacia las viviendas vacías recién embargadas, hacia los bienes de consumo invendibles y hacia los stocks de alimentos acumulados por el estado y a buscar allí todo lo necesario para sobrevivir. Dicho de otra manera, el hecho de adueñarse y utilizar las viviendas, la comida y otros objetos contraviniendo las reglas de un sistema económico fundado en el cambio de bienes por dinero, supone un modo de existencia social radicalmente nuevo.

La relación social entre patronos y asalariados, relación que asocia a una dependencia mutua un conflicto latente, se ha convertido en la relación básica en todos los países del mundo. Esta relación modelará en adelante, de manera decisiva, nuestra vida y nuestra manera de reaccionar en el futuro. Como ya sucedió en el pasado, no hay ninguna duda de que los trabajadores exigirán a los patronos o a los Estados que les proporcionen un empleo. En el caso de que los primeros pudieran emplear a más gente aumentando los beneficios, no dudarían en hacerlo. Respecto a los segundos, se enfrentan en la actualidad a los límites de la deuda soberana. A medida que el paro se extienda, es posible que los trabajadores tomen conciencia de que, con o sin empleo, las fábricas, las oficinas, las propiedades rurales, las escuelas y otros lugares de trabajo debieran continuar existiendo aunque no generen beneficios y que es posible ponerlos en funcionamiento para producir los bienes y los servicios que la

población precisa. Aunque no existan suficientes empleos –pagados por las empresas o por el Estado– será necesario realizar muchos trabajos si la gente se organiza por sí misma para la producción y la distribución, lejos de las coacciones de la economía de mercado.

El capitalismo existe desde hace muchas generaciones, ha dado muestras de su vitalidad excluyendo o absorbiendo la totalidad de sistemas sociales del mundo, de tal manera que parece formar parte de su naturaleza a la vez que parece irremplazable. Pero en nuestro tiempo están apareciendo de manera visible sus límites históricos por su incapacidad para dar respuesta a los desafíos ecológicos que él mismo ha provocado, por su incapacidad para generar suficiente crecimiento que dé empleo a los millones de personas que se amontonan en las periferias de las ciudades de África, de América del Sur y de Asia, e incluso a un número cada vez mayor de ellos en Europa, Japón y Estados Unidos y de dar respuesta al dilema de su dependencia de la participación del Estado en la vida económica en un grado, que deja sin dinero a las empresas privadas. Al igual que la Crisis del 29 hizo ver cuales eran los límites de los medios puestos en funcionamiento durante los años 40 para luchar contra la tendencia del capitalismo hacia la catástrofe periódica, nos sugiere la necesidad de tomarnos en serio la idea de que, como se dice, otro mundo es posible.

Paul Mattick Jr. , marzo 2011



La plaza tiene la palabra. España mayo 2011

Las medidas que en nombre de la “crisis” desencadenada por el crack financiero en 2008 están poniendo en marcha los viejos Estados capitalistas, agravan la situación de las clases trabajadoras, de los jóvenes en especial y de la mayor parte de la gente en general. No se han hecho esperar, pues, las grandes movilizaciones que contra estas medidas han tenido lugar en Gran Bretaña, Francia, Grecia, Italia, Islandia, Portugal y que ahora recorren todo el Estado español.

En más de 60 plazas de las distintas ciudades españolas la gente se ha reunido y se reúne, se habla, se avanzan deseos y proposiciones, se organiza la vida diaria, se discute lo que se persigue, en un amplio abanico de posibilidades y planta cara a unas medidas que han rebosado el tope de aguante, hasta decir basta. Importa señalar que el espacio de la plaza se ve desbordado por una interacción entre la presencia física y la presencia en las redes sociales en las que cientos de miles de personas están participando como mantenimiento sostenido de este movimiento que, en distintas oleadas, va incorporando cada vez más masa crítica

No se trata de un efecto dominó a partir de la plaza Tahrir, ni de un contagio emocional, ni de un efecto mimético, sino de la respuesta parecida a una misma o similar situación de una creciente precarización de sus vidas, causada por las medidas “anti crisis” avanzadas por el gobierno al dictado de las políticas económicas de la Unión Europea, BM., FMI.

No es pues de extrañar la aparición de estas movilizaciones, sino al revés, lo extraño es la tardanza de su aparición en una situación de un 22% de paro y con casi la mitad (47%) de la población juvenil sin trabajo. Distintos elementos podrían explicarla:¹⁰ anotamos simplemente la importancia del colchón familiar, la amplitud de la economía

¹⁰ En los dos últimos números de Etcétera nos hemos referido a todo esto al abordar la llamada crisis.

sumergida, y en el caso catalán, la transferencia hacia el nacionalismo del radicalismo político y del malestar individual. La propaganda informativa que nos señalaba machaconamente el milagroso crecimiento de la economía española ha quedado al descubierto.

Las medidas puestas en pie por el gobierno, con el propósito nominal de salir de la “crisis” y con el objetivo real de dar larga vida al capital, son fundamentalmente:

- Jubilación a los 67 años (lo que hará aumentar el número de parados al impedir en esta franja de tiempo el empleo juvenil); modificación de las tablas de cálculo para determinar la prestación de la jubilación; congelación del incremento de las pensiones de acuerdo con el IPC.

- Flexibilización extrema en la contratación y en el despido.

- Inminente aprobación de una regulación de los salarios ligados a la productividad y al ritmo económico de la empresa.

- Inminente aprobación de una fórmula que dejará sin efecto la negociación colectiva, lo que dejará a la intemperie a los trabajadores de los pequeños talleres, que por otra parte son los que más abundan en España.

- Recortes en las prestaciones de servicios (educación, sanidad...).

- Recorte de un 5% de los salarios de los funcionarios.

- Reducción de la ayuda a los parados de larga duración.

Conjunto de medidas que sumadas al despilfarro y corrupción de los más poderosos y al trasvase de dinero a la banca y a las grandes empresas multinacionales, representan un escarnio ante las condiciones precarias y de no horizonte de la mayoría, y en especial de los jóvenes.

Medidas implantadas o a implantar en toda la geografía europea y que pone fin al Estado del bienestar que, aunque incipiente, también habíamos gozado en España. Medidas que ponen en entredicho a una fase capitalista –la sociedad de consumo erigida en los años 50 del pasado siglo–, en la que no consumir era casi un delito. Medidas que inauguran otra fase que está por ver, es decir, por recorrer, y es en este recorrido que la gente quiere jugar para orientarlo a su favor y no a favor

de los de siempre, los que tienen el poder económico, político, cultural y mediático.

Las plazas de todas las ciudades españolas se han llenado pues de esta gente variopinta pero afectada por una misma imposición, por una misma dictadura económica. También las respuestas ante esta situación son variopintas, desde los convencidos que dentro de este sistema capitalista en vigor no son posibles cambios substanciales, que es ilusorio salir del capitalismo permaneciendo en él, hasta los que discuten desde dentro los aspectos más corruptos del sistema actual, avanzando propuestas en la misma lógica del sistema que discuten. Desde los partidarios del boicot electoral (“que se vayan todos”), hasta los que quieren poner su voto en este engranaje democrático. “Democracia real ya”, la plataforma que convocó la manifestación del 15 de mayo y desbordada después por las asambleas, hasta el punto de manifestar su separación, es una de las consignas quizás centrales, que en su misma expresión alude a la actual confiscación de una democracia que haga realidad, ¿una democracia directa? ¿una democracia parlamentaria con menos corrupción?

Las circunstancias electorales, al coincidir las ocupaciones de las plazas con la semana previa a las elecciones autonómicas y municipales, han dado al movimiento de protesta un arranque mediático excesivo, mirando, los media, como espectáculo de última novedad un movimiento que viene de lejos –recordemos en Barcelona: la ocupación del Banco Banesto, la V de vivienda, las continuas manifestaciones solidarias por los desalojos de casas y centros ocupados... Quizás su continuidad por las plazas de los distintos barrios y pueblos, que ya ha empezado, le dé más aliento y más contenido, al facilitar, en número más reducido, la asamblea, el intercambio de pareceres, la discusión de las propuestas.

Lo que se expresa en estas múltiples plazas es el hartazgo y el malestar de una gran mayoría de gente contra este sistema de vida. ¿Cómo explicitar todos los debates que en ellas se desarrollan, todos los deseos que en ellas se concentran, toda la comunicación que este vivir posibilita? La gente ocupa la plaza, algo que las instituciones con sus leyes y decretos prohíbe y reglamenta según los intereses de esta sociedad mercantil como lugar de circulación y no para detenerse. Al ocupar este

espacio urbano al margen de las leyes del Estado surge un nuevo uso, un nuevo convivir: la vida que le da la multitud que la ocupa buscando algo que espera encontrar. Esta búsqueda que constituye el trayecto es lo que da vida a la plaza.

No es fácil hacer una lectura del significado de estos movimientos en los que nos sabemos incluidos. No querríamos participar de una lectura “izquierdista” que desvalora estos movimientos por poca radicalidad, por quedarse a medio camino, por no ir a dónde tendrían que ir según el sentido de la historia que, ellos sí conocen; ni de una lectura ingenua que solo ve aciertos en el hecho del movimiento mismo y lo más numeroso posible. Ciertamente el mero hecho de salir, de ocupar la calle, de hablarse e intercambiar propuestas y deseos es algo a aplaudir en una dirección emancipadora. Pero ni el número por sí mismo, ni la amplia difusión que le dan los medios (las plazas en portada de casi toda la prensa europea) aclaran el contenido de la acción y la orientación a seguir. La unidad de acción no es algo previo, sino el resultado de una actividad en la que te encuentras con el otro, luchando por unos mismos objetivos. La difusión que los medios pueden dar de las luchas es ambivalente, con su poder pueden marcar el inicio y el fin del movimiento. Pero lo más importante no es juzgar sino comprender y actuar. En la plaza está ahora la palabra.

Etcétera, mayo 2011



Portugal o el fracaso del alumno aventajado

Algunas semanas antes de la caída del gobierno, el primer ministro socialista, Sócrates, rebajó el porcentaje del IVA de los terrenos de golf del 23% al 6%. Ante la perplejidad general, lo justificó afirmando que este sector turístico permitiría a Portugal superar la crisis...Y más... Dos días antes de que el país solicitara la ayuda financiera a Bruselas, los alcaldes de dos grandes ciudades, Porto y Faro, anunciaron que, en adelante, los comedores escolares permanecerían abiertos durante las vacaciones escolares para que los niños puedan tomar, al menos, una comida al día. Es preciso señalar que el área urbana de Porto, segunda ciudad del país, concentra las dos terceras partes de la pobreza extrema y la mayoría de los que perciben la renta mínima de inserción en Portugal. Respecto a Faro, la gran ciudad de la zona turística del Algarbe, su tasa de desempleo está por encima de la media nacional (oficialmente del 11%). Son dos anécdotas que muestran, a la vez, la arrogancia de la clase política y el empobrecimiento general de la sociedad.

Diez años después de haber sido calificado como “alumno ejemplar de la integración europea”, la “caída” de Portugal pasa a ocupar la primera página de todos los periódicos. Los medios de comunicación descubren, por un lado la pobreza, las desigualdades sociales y, por otro, los gastos ostentosos de la burguesía, principalmente de los “nuevos ricos” favorecidos por esta “integración”. Viendo las autopistas y los centros comerciales en los que los grandes grupos de distribución alemanes, franceses o españoles exponen sus mercancías bajo la ávida mirada de una población con poco poder adquisitivo pero con fácil acceso al crédito, el europeo que iba de visita, acabó creyendo que Portugal era un país europeo moderno mientras el pueblo portugués no sabía en qué situación estaba... Está claro que el capitalismo es un sistema de clases fundado en la desigualdad social, y Portugal no es una excepción. Como tampoco escapa a las consecuencias del período neoliberal caracterizado por un amplio desplazamiento de las ganancias

hacia el capital. A no ser que la evolución hacia una sociedad de “dos velocidades” se incruste aquí sobre una pobreza ancestral.

Algunas cifras nos van a acercar a la realidad. El salario medio en Portugal es de unos 1.000 euros, aunque en las regiones pobres del país puede reducirse a la mitad. De una población de diez millones de habitantes, más de dos millones son jubilados, de los cuales sólo un 10% cobran pensiones superiores a los 1.500 euros mientras que la pensión media es de 380 euros. Otro millón trescientas mil personas vive únicamente con los 189 euros de la pensión mínima. Finalmente, cerca de un millón de personas, principalmente jóvenes, trabajan con contratos precarios –los famosos “recibos verdes” (situación parecida a nuestro estatuto de trabajador autónomo)– en los que ellos mismos deben hacer frente a las cargas sociales. La tasa de pobreza está en aumento desde hace algunos años. Según las organizaciones caritativas, las peticiones de ayuda han crecido un 40% sólo en los dos primeros meses de 2011. Los comedores populares están desbordados. En Portugal, tradicional país de emigración, son muchos los que toman el camino del exilio. A partir del año 2000, la tasa de emigración se ha acercado a la de los años 60 del pasado siglo y, cada mes, un promedio de mil parados dejan el país y se les borra de las listas de desempleo.

En la actualidad, el Estado Portugués está fuertemente endeudado y carece de medios para continuar endeudándose a una tasa de interés astronómica, para poder pagar los intereses de dicha deuda. Es por esta razón por la que acaba de ser colocado bajo el control directo de Bruselas. Antes de intentar descifrar el discurso que subyace en el nuevo lenguaje económico sobre la deuda, es preciso fijarnos en el proceso que condujo a esta situación.

Portugal es un caso paradigmático de la “integración europea”. Las sociedades pobres de la periferia han sido víctimas del pillaje de las empresas y de los bancos de los grandes centros capitalistas de Europa. Se ha destruido la, hasta hace poco, débil economía local. La agricultura y la pesca, que proporcionaban una mínima y precaria supervivencia a la población, han prácticamente desaparecido. Los bajos salarios atrajeron, durante algunos años, a industrias de fuerte concentración de mano de

obra poco cualificada hasta que se produjo la adhesión de los países de la Europa del Este. A día de hoy se mantienen unas pocas empresas modernas y algunas sociedades subcontratistas de grandes multinacionales, pero afectadas todas por la crisis mundial y la baja rentabilidad. El tejido social es casi inexistente. Sólo en la región urbana de Oporto, cierran diariamente unos cincuenta comercios o empresas pequeñas. En algunas calles del centro histórico de la ciudad han cerrado la mitad de los comercios y un edificio de cada tres está abandonado o amenaza ruina. Durante el año 2010 se han destruido 40.000 empleos en el sector del comercio en el conjunto del país, en beneficio de la gran distribución, controlada por los grandes grupos europeos. Respecto al sector agrícola, el éxodo, el abandono del campo, la especulación inmobiliaria para el turismo y las ayudas europeas para el abandono de cultivos, han llevado al hundimiento de la producción. País tradicionalmente agrícola, Portugal importa, en la actualidad, una tercera parte de sus necesidades alimenticias.

Volvamos ahora al timo que se esconde detrás del discurso sobre la deuda. Nos referimos exclusivamente a la deuda pública, dejando de lado la deuda privada. Lo que ha dado en llamarse “ayuda” de Bruselas o del FMI no es otra cosa que una continuidad en la concesión de préstamos a unos intereses muy poco inferiores a los del mercado financiero privado pero, eso sí, condicionados a la aplicación de medidas de austeridad más agresivas. En realidad, esta ayuda supone una ayuda al sector bancario europeo que verá así asegurado el cobro de los intereses de la deuda. Solo para el año 2011, el Estado portugués deberá pedir préstamos por valor de 39 mil millones de euros de los cuales 32 corresponden a los intereses y a la amortización de la deuda. Los bancos europeos están muy implicados en este mecanismo. De los 380 mil millones de euros prestados a los gobiernos, portugués, irlandés, griego y español, 264 los aportaron bancos ajenos a la zona europea. En el caso portugués, es la banca española la que se está más “expuesta”. Esto conlleva que, con el único objetivo de pagar los intereses de la deuda actual se continúa aumentando el importe de la misma deuda...mecanismo “bola de nieve” de la que ningún estado puede librarse a no ser que se declare en quiebra o se niegue a pagar. De hecho, lo que realmente interesa más a los

bancos es el cobro de los intereses, ya que, saben, difícilmente se cobrará la deuda. Esta situación parece confirmarse en el caso griego.

Además de garantizar el cobro de la deuda, el estado debe hacer frente a la financiación de sus propios servicios y a otros gastos. Entre los gastos llamados “de inversión” se hallan los de “relanzamiento”, según la buena lógica keynesiana, de los que se supone serán el origen de la recuperación económica. Otorgando dinero a las grandes empresas europeas de infraestructuras públicas y a unos pocos subcontratistas, estos gastos a penas inciden en la creación de empleo. Es el caso del proyecto de la línea de alta velocidad Lisboa-Madrid cuya concreción se va dejando a medida que pasan los días...

Dado que la presión del sector financiero internacional no deja lugar para escamotear el pago de la deuda es, pues, el presupuesto del Estado el que debe pagar las consecuencias, desde la educación a la sanidad.

En Portugal, como en todas partes, las medidas de rigor obedecen a una misma lógica capitalista. Lo que se pretende es la drástica disminución de los salarios. Para los economistas que tiran de las cuerdas de las marionetas de la clase política, el actual problema de competitividad del capital reside en el coste del trabajo que hay que disminuir para animar a la inversión privada y, al mismo tiempo, favorecer el relanzamiento económico. Este argumento no se aguanta bajo ningún concepto en una sociedad como la portuguesa en la que la pobreza social es estructural y la precariedad del trabajo, una de las más altas de Europa y en la que la disminución de la parte correspondiente a los salarios en la riqueza producida empezó mucho antes que la crisis. Después de haber empobrecido a los trabajadores de la industria, los planes de austeridad del gobierno socialista portugués lograron disminuir el nivel de vida de las clases medias: funcionarios, profesores, etc. – encendiendo la chispa de la revuelta en sectores tradicionalmente pacíficos.

A principios de abril, los media se prodigaron hasta la saciedad en la noticia de la inestabilidad política ofreciendo un relato politiquero como si pasara por encima de la cabeza de los simples sujetos. Era

absolutamente falso ya que esta crisis política –la caída del gobierno– vino provocada por una crisis social que no es de ahora sino que estuvo precedida por una enorme cantidad de huelgas, algunas generales, y por imponentes manifestaciones en la calle. Para los sindicatos –entre los que domina la CGTP, controlado por el partido comunista e implantado principalmente en el sector público– estas jornadas de acción se organizaron principalmente con la finalidad de canalizar el descontento hacia la vía de la negociación.

La realidad demuestra que la participación en las huelgas está siendo masiva y combativa. El caso más significativo nos lo ofrece un conflicto “muy duro” protagonizado por los profesores de secundaria –contra la destrucción de su estatus y la degradación programada de las condiciones de enseñanza– que lleva ya dos años. Teatro de enfrentamientos con la policía, la última jornada de huelga general del 24 de noviembre de 2010 movilizó a los sectores público y privado y se asistió –por primera vez desde los años de la revolución portuguesa– a la formación de piquetes de huelga, a intentos de ocupación y a llamadas a la continuidad del movimiento.

A finales de 2010, algunos indicios indicaban que el nivel de descontento había subido de tono. En primer lugar, la presencia de pequeños grupos con una posición claramente anticapitalista en las manifestaciones, expresaba una radicalización de la juventud precaria hasta el punto que el servicio de orden de la CGTP tuvo que intervenir a menudo para impedir la “contaminación” de sus representaciones en algunas de las cuales los trabajadores aprobaban las proclamas revolucionarias de los jóvenes. Más tarde sucedió el “caso Deolinda” que, inmediatamente, pasó a ser un “asunto nacional”. Este célebre grupo de rock compuso, a principios de 2011, una canción que llevaba el provocador título de “Parva que sou” (¡Qué imbécil soy!) y clamaba: “Pertenezco a una generación resignada / He visto en la tele a gente que se porta peor que yo/ Soy de la generación que no soporta nada más / Esta situación ya dura demasiado / y como no soy imbécil / me digo / Qué mundo más imbécil / en el que hay que estudiar para ser esclavo.”

Los conciertos del grupo se transformaban en mítines, la gente de la sala aplaudía en pie levantando el puño. Difundida por You Tube, la canción –que no hacía más que constatar la situación– tomó una dimensión política y se convirtió en el emblema de la “generación precaria”. Los intelectuales organizaron debates, los políticos se inquietaron, los media se apasionaron y el grupo triunfó aunque se defendió diciendo que no hacen política. Algunas semanas más tarde, Os homens da luta (Los hombres en lucha), un mediocre grupo de música popular que parodia las canciones del período revolucionario (1974-75) fue votado por los espectadores para representar Portugal en el festival de Eurovisión. ¡Hecho que dejó consternados a los mismísimos intelectuales!

Finalmente, el 12 de marzo de 2011 se pasó bruscamente del espectáculo y la poesía de mal gusto a la realidad. Un llamamiento a la manifestación lanzado desde las redes sociales por un grupo de jóvenes autodenominados *Geração à rasca* (Generación en apuros, o Generación precaria) logró sacar a la calle a una multitud de gente en las principales ciudades del país: 300.000 personas en Lisboa, 100.000 en Oporto y 6.000 en Faro. Una multitud que congregaba a varias generaciones, a clases populares y a clases medias codeándose en un ambiente de “buen rollo”, patriotas que enarbolaban la bandera, punks, comunistas, anarquistas, gente que llevaba en la mano y con orgullo un tomo de la Constitución u otros que llevaban “gadgets” que recordaban la “Revolución de los claveles”. Todos al margen de los partidos y de los sindicatos. Muchos de los eslóganes proclamaban una crítica radical de la sociedad: “Ni economía, ni trabajo... iros a la mierda!” “Otra crisis es posible”. Dos ideas dominaban, en primer lugar el rechazo a la clase política en su conjunto y, en segundo, la reivindicación de una autonomía en la acción: “El pueblo unido no necesita partidos.” Reaparece la palabra “apartidismo” (sin partido), fruto de una misteriosa labor de la memoria oculta, acuñada durante la Revolución de los Claveles.

Durante la movilización del 12 de marzo del 2011 se hicieron más referencias a las revueltas tunecina y egipcia que a la griega. En una pancarta de primera fila, podía leerse en portugués y en árabe: “¡Basta!”

Como si se pudiera asimilar la podredumbre de la democracia política. A una nueva dictadura, de cuyo clima asfixiante deberíamos liberarnos. De igual manera pueden interpretarse las alusiones a la Revolución de 1974 como constatación del fracaso de un movimiento emancipador. Proyecto mitificado y poco definido para los jóvenes actuales, pero más presente, sin embargo, en el imaginario social de lo que uno podría suponer. El eslogan del llamamiento a una segunda manifestación el 25 de abril de 2011 es, bajo este punto de vista, todavía más explícito: “¡El 25 de abril en apuros (*a rasca*)!”.

Si esta primera manifestación condiciona, de momento, el futuro del gobierno socialista, es, sin embargo, la expresión del descrédito de la totalidad de la clase política. Los exabruptos más o menos insultantes de los políticos estigmatizando el supuesto nihilismo de los jóvenes, cae por los suelos cuando se les confronta a la experiencia concreta. Después de treinta y seis años, la confianza en la democracia parlamentaria se ha esfumado, se detesta a los políticos a la vez que se les considera unos ladrones. El Partido Socialista Portugués tiene una gran responsabilidad en la formación de esta imagen. Su nomenclatura es una especie de clan de aves de rapiña, de nuevos ricos y de gente de negocios, un pulpo mafioso atento a todo lo que pueda ser susceptible de generar beneficios o privilegios; invierte en los sectores financieros inmobiliarios y especulativos, coloca amigos, familiares y conocidos en los puestos más lucrativos. La población odia a los ministros y notables socialistas. Raros son los que no se ven implicados en turbios asuntos que la mayoría de las veces quedan impunes.

Portugal es el primer país de Europa en el que un gobierno de izquierdas, socialista, se ve abocado a abandonar el poder ante el aumento del descontento social provocado por las medidas de austeridad.

Es también un buen ejemplo de cómo la crisis desestabiliza la clase política. Mientras el descrédito del sistema parlamentario es enorme, los partidos se ven obligados a enfrentarse a su propio electorado. El Partido Socialista Portugués lo ha hecho de manera prudente. Las medidas de austeridad dirigidas al sector público en Portugal han sido, de entrada,

inferiores a las tomadas por Grecia o Irlanda: reducción de un 5% de los salarios que superen los 1.500€ mensuales, manteniendo las dos pagas extras. En la medida que le ha sido posible, el PS ha cuidado a su electorado mientras no dudaba en atacar de manera violenta a los trabajadores más desfavorecidos. Se han reducido a una tercera parte las indemnizaciones por despido a la vez que se han limitado las prestaciones sociales que ya eran miserables. Al implantar unos nuevos criterios de cálculo en las condiciones para tener acceso a la pensión mínima, el gobierno borró de golpe, de la lista de beneficiarios a treinta mil familias en un año.

Justo cuando acababan de dejar la dirección de los asuntos del país, los socialistas encontraron su nuevo eslogan electoral. “¡Defender Portugal!” –demagogia nacionalista que esconde las defensas de sus intereses mafiosos y los lazos que les unen a los sectores financieros e industriales locales e internacionales que podrían verse perjudicados por la intervención del FMI. Es más, los planes de austeridad socialistas obedecían a la misma lógica que los que están por venir: bajada de salarios, disminución del gasto social, estrechamiento del marco jurídico del mercado de trabajo, protección de las grandes rentas y de la clase capitalista. A la espera de la llegada del FMI, el Partido Socialista Portugués ha asumido valientemente su función de salvaguarda del sistema. Como ya hizo en unas circunstancias aún más difíciles, en 1975 cuando tuvo que imponer militarmente, y con el apoyo de los Estados Unidos, el retorno al orden capitalista.

Después de estos tres planes anteriores, el partido parecía estar en una situación incómoda para continuar el trabajo sucio. Urgía lavarle la cara a la clase política aunque todos son conscientes de que sus sucesores, salidos del Partido Socialdemócrata de derechas, son clones de los socialistas. ¿Acaso Bruselas –donde ya se decide siempre todo– no exige, como condición para la “ayuda”, el total acuerdo de la clase política local en la aplicación de las medidas de austeridad. Hecho que no va a solucionar el descrédito de lo político sino más bien corre el riesgo de ensanchar todavía más el espacio de la protesta social.

El contagio de la actitud islandesa – rechazo del pago de la deuda – en países como Portugal, Grecia, Irlanda y también España podría provocar

el hundimiento del sistema monetario europeo. El derrumbe de las periferias acarrearía el de los centros capitalistas europeos y crearía, en última instancia, una situación social unificada en Europa. Ante este panorama podemos observar en cada país un repliegue xenófobo como ha sucedido en Finlandia con unas consecuencias sociales todavía más devastadoras. “¡Es la política de lo peor!” exclamarán los talibanes del “Capitalismo de un solo horizonte posible”. Pero lo que realmente es la política de lo peor para la mayoría de la población es la situación actual, tanto en Portugal como en toda Europa

En el curso de las recientes manifestaciones antinucleares de Berlín como consecuencia del crimen capitalista de Fukushima, ha habido un eslogan con mucho éxito: “Nuestras centrales nucleares son tan seguras como nuestras pensiones de jubilación.” Parafraseando estas sabias palabras podríamos decir que “el control de la economía capitalista es igual de seguro que el de la ciencia sobre lo nuclear.”

Debemos ser conscientes de la situación real, debemos abandonar los fundamentos envenenados de la economía y desarrollar prácticas autónomas de organización de la sociedad por los propios interesados. El capitalismo es un sistema peligroso y las consecuencias de su crisis deberían llevarnos a esta conclusión. La espera y la resignación no nos confieren seguridad, son más bien un peligro.

Charles Reeve, abril 2011



Correspondencia

Es con felicidad que leí la reseña del libro de Lewis Mumford *El mito de la máquina*. El segundo libro de los dos volúmenes, *El pentágono del poder*, es más importante todavía. Me impactó cómo Mumford, más de 40 años atrás, señalaba con tanta claridad las crisis ambientales, humanas, sociales y psicológicas a las que nos llevaba la civilización industrial. Casi profético. Es por ver la lógica de la tecnología hasta donde iba.

Para mí, la visión de Mumford es más amplia que la de Marx —o más útil para nuestros tiempos— claro, Mumford había vivido 100 años más de capitalismo, podía ver como se desarrollaban las cosas: la crítica de Marx de la mecánica, lo específico del capital, me parece excelente, pero Marx queda atrapado todavía en el mito judeo-cristiano-europeo del “progreso” y la “ciencia”, mito muy dañino y que es la raíz del capitalismo, como de toda la civilización tecnológica.

En este segundo libro, Mumford cita dos veces a Kropotkin, creo que a él le gustaban sus ideas.

Llegué a leer a Mumford por recomendación del escritor ecologista (primitivista) Derrik Jensen, quien lo cita mucho en su obra de 2 tomos *Endgame: the problem of civilitation* (Seven Stories Press, 2006). Uno de los temas de Endgame (Endgame = Fín del partido) es que la civilización no es ni puede ser nunca sostenible, especialmente la civilización industrial.

Nuestro modo de vida —la civilización industrial— está basada y requiere una violencia persistente y extendida, sin la cual llegaría al colapso.

La civilización está basada en una jerarquía claramente definida y generalmente aceptada, aunque muchas veces no expresada. Violencia cometida por los más altos en la jerarquía hacia los que se hallan más abajo y que es casi invisible y completamente racionalizada cuando se hace visible.

La civilización no se puede salvar. Esta cultura no a va cambiar voluntariamente hacia una forma de vida sensata y sostenible. Solo cabe esperar el derrumbe de la civilización, lo más dañino será el derrumbe y lo peor serán las condiciones para los seres humanos y no humanos que sobrevivan.

Estos son algunos de los planteamientos de Jensen. En estas ideas encontré un desafío fuerte a mis ideas, habiendo luchado en la tradición marxista -anarquista. ¡Este hombre me decía que el problema no era solo el capitalismo,

sino la civilización entera! ¡Mierda, qué problema! Dejé a un lado el libro por un año. Había mucho que repensar.

Es verdad que hemos esperado “la revolución” por más de un siglo... “la revolución” que crearía un nuevo mundo, el nuevo mundo que está creciendo dentro del viejo —“el sujeto que se resiste a devenir objeto”— Hay exterior a la técnica, como dicen en Etcétera. Eso sí. Hemos visto mucha resistencia, revueltas, todas necesarias, desde el tiempo de los Ludditas... pero las revoluciones no llegan a otro mundo, seguimos con una sociedad industrial que va acelerando en la destrucción de la Tierra. Con Jensen vi que a lo mejor no habría revolución, sino colapso, como en la caída del Imperio Romano, como todas las civilizaciones de los 5000 años de historia. Es como si yo hubiera esperado que los ciudadanos de Roma, embrutecidos por circos violentos y pan (¿TV y cupones de alimentos?) se hubiesen levantado en contra el Imperio. No, eso no sería revolución, sino colapso.

Y la oposición marxista se quedó dentro del plan industrial o productivista, presa del mito de la máquina, del “progreso”. Del punto de vista judeo-cristiano-científico, que pone al “hombre” como imagen de dios, encima de todos para dominar y explotar “recursos” (otras vidas). La nueva religión es la ciencia tecnológica, que no cambia nada de la actitud frente a la naturaleza fuera del ser humano. O como lo dice Mumford: “Desde que Francis Bacon y Galileo definieron los métodos y objetivos de la ciencia, nuestras grandes transformaciones físicas han sido hechas por un sistema que, a propósito, elimina toda personalidad humana, ignora el proceso histórico y hace del control de la naturaleza física, y últimamente control sobre el hombre(sic) mismo, el propósito clave de la existencia.

Como dicen ustedes, hay exterior a la técnica, a la megamáquina. Y el texto de Claudio Albertani, desde México, nos habla de este exterior. El exterior indígena, que se encuentra en muchas partes de la Tierra, y donde la megamáquina lucha ferozmente por aniquilar ese desafío para imponer su control total. Claudio nos informa sobre “la guerra contra las comunidades indígenas, que no se limita a Chiapas y Oaxaca, sobre el manifiesto del pueblo nahua reivindicando el derecho de los pueblos indios a defender la vida, la libertad, la cultura y la tierra.” Y “la multiplicación de movimientos en defensa del agua, la tierra, el aire, la biodiversidad, los alimentos y la salud”.

Esas luchas son las que me dan esperanza. Son luchas para el bien de todas/os. Si bien luchan para recuperar y defender sus tierras, defienden toda la Tierra. En eso merecen toda la solidaridad. Luchan para salvar algo de los

conocimientos, de la cultura que nos ayuda a salir de la dominación de la tecnología, de mostrarnos cómo vivir como seres humanos que somos, en armonía con nuestros parientes (los otros seres). Culturas indígenas, tradicionales, deben sobrevivir al colapso del imperio tecnológico, (y favorecer para tumbar a este imperio con su resistencia) para ayudar a reconstruir un mundo no jerárquico en armonía con el ambiente natural. Aportan fuentes de valores que la civilización ha perdido, valores y sabiduría de cómo vivir.

Referente a lo que ustedes dicen en la revista acerca de “una nostalgia por un pasado pre-técnico lleno de valores humanos ya perdidos... Sabemos de este engaño y de esta ilusión”. En primer lugar, yo prefiero decir “no técnicos”, en tanto que “pre-técnicos” implica que van a devenir –o deberían devenir– en técnicos un día. Idea del progreso. Si los seres humanos se quedaron un millón de años no técnicos, quizás es porque la vida así era buena, todo funcionaba. ¡Y no por falta de ingenuidad! Pero déjenme contestar con unas palabras de Kirkpatrick Sale, al final de su libro sobre las luchas ludditas en 1811-1812 en Inglaterra (*Rebels Against The Future: The Luddites and their war on the Industrial Revolution*. Lessons for the Computer Age - Addison Wesley 1996):

“Digan lo que digan sobre las sociedades tribales, el registro histórico demuestra (y en algunos lugares todavía existe hoy en día) comunidades de gran cohesión y confraternidad, de armonía y regularidad, careciendo de crimen, adicciones, pobreza, suicidio, que satisfacen sus necesidades con 4 horas de caza, recolecta y cultivo diarias, dedicando el resto del tiempo al canto, la danza, rituales, el sexo, comer, cuentos y juegos. No tenían el poder de 500 sirvientes al tocar un interruptor, pero tampoco tenían bombas atómicas, campos de concentración, residuos tóxicos, embotellamientos, minas a cielo abierto, crimen organizado, anuncios, desempleo o genocidio. Proponer que tales sociedades son ejemplares, instructivas si no imitables, no es hacer una búsqueda por lo “primitivo” romantizada. Se trata mejor de reconocer que el modo de existir tribal, precisamente por estar basado en la naturaleza, concuerda con las necesidades reales y fundamentales de la criatura humana. Se trata de sugerir que ciertas cosas valiosas se quedaron atrás mientras nos precipitamos hacia el progreso industrial y que ahora toca preguntarnos qué hemos ganado de todo esto y reflexionar sobre lo que hemos perdido. Finalmente se trata de afirmar que algún tipo de sociedad ecológica, con raíces en esta tradición antigua, animista y autóctona, debe ser avanzada como meta realizable para la supervivencia humana y la armonía en la Tierra”.

Es lo único que me da esperanza de que los seres humanos podamos vivir en un “mundo mejor”, en armonía con el resto de la naturaleza y con nosotros

mismos; de que el ser humano no es un cáncer en la Tierra; de que mejor desaparecemos porque todo lo dañamos; de que el ser humano no es “por naturaleza” avaro y egoísta, como nos lo repiten los capitalistas —cuyo sistema está basado en la avaricia y el egoísmo, de que no somos pecadores y malos, como nos repiten los curas para justificar este mundo de pecado y pena; lo único que me da esa esperanza es saber que el ser humano ha vivido en tales sociedades naturales, como todo animal en armonía con su medio ambiente por miles de años, si no uno o dos millones de años. El problema no es el ser humano, como lo pretende el capitalista y el cura, sino la civilización construida por ellos. No es por nostalgia sino para rechazar el discurso capitalista y progresista que podemos mirar hacia las sociedades no técnicas, para aprender quiénes somos, cómo podemos ser, vivir. No tenemos que inventar utopías anarquistas, si ya lo hemos vivido, y se viven estos valores todavía en ciertas partes, como se ve en el reporte de Claudio.

Digo eso no como rechazo a toda técnica, a cualquier herramienta. Vivo en una casa con luz eléctrica. Sí lo digo en cuanto que son valores, una actitud, un punto de vista. La reserva indígena de Pine Ridge, en Dakota del Sur es el condado más pobre de EEUU. No obstante el pueblo Lakota que vive en esta reserva se ha negado en todos estos años a aceptar un solo dólar de los 300 millones que les otorgó la corte federal en “compensación” por haberles arrebatado su tierra sagrada, las Colinas Negras. El dinero está ahí, en un banco, a su nombre, pero dicen que su tierra sagrada no se vende. Y eso coexiste con el alcoholismo (el pueblo blanco White Clay, unos kilómetros fuera de la reserva, con 22 habitantes, existe sólo para que los blancos puedan vender alcohol a los indios, ya que ello está prohibido en la reserva), con la violencia, la desesperación, etc. que ha traído la civilización blanca.

Todavía el mundo lineal, racional no predomina en las reservas y sus “Tradiciones”, los indios “tradicionales”, muchas veces los ancianos, pues las últimas grandes guerras de exterminio de los indígenas de las praderas terminaron 115-120 años atrás. La separación de los hijos de sus familias, enviándolos a internados, castigándolos por hablar su idioma, ocurrió en los años 30, 40, 50, 60. Todavía en los 70, cuando el American Indian Movement (AIM) llegó con sus jóvenes a las reservas, como en Pipe Ridge, para defenderlas fusil en mano, frente a la ola de asesinatos impunes de “tradicionales”, esos viejos que se acordaban de una vida libre, de valores diferentes, ellos habían aprendido de sus padres, de sus abuelos. Era la última generación que no había pasado por el internado, en donde la consigna de los instructores era: “maten al indio para salvar al hombre”. La memoria de todo eso, de Crazy Horse y Sitting Bull, está muy presente todavía en una cultura donde, pasado, presente y futuro andan juntos.

Un libro fascinante es la autobiografía de Rusell Means, uno de los líderes del AIM *Where White Man Fear to Tread*, 1995m (donde el hombre blanco tenía prisa). Este libro cuenta la historia personal de un indio nacido en 1939. Una historia política del movimiento, una historia cultural, filosófica de un pueblo que no es “americano”, mejor dicho, estadounidense. Un pueblo todavía diferente, a pesar de los esfuerzos del gobierno durante un siglo por “integrarlos”.

Un cuento más moderno, más bien un tipo de diálogo entre blanco e indio en EEUU. *Neither Wolf no Dog*, de Kent Nerburn, no tiene absolutamente nada de romántico. Se trata de un encuentro, a veces cómico, a veces serio, totalmente profundo e impactante, entre el autor –un hombre blanco– y un anciano Lakota, no se trata de un Chamán, ni de un hombre santo, simplemente es un anciano que quiere enseñar o dialogar, explicarse, castigar, molestar un poco antes de que su vida se extinga.

Yo vivo en EEUU, he sido activista durante muchos años y desconocía de la izquierda (como la mayoría, diría yo), cuántas luchas ha habido para recuperar tierras indígenas. Hoy todavía continúan en EEUU. Al terminar los juicios de Nuremberg, en 1946 los USA temieron que los mismos principios se les podría aplicar a ellos por el maltrato a los afroamericanos e indios. Entonces el Congreso formó la comisión Indian Claims Commission para resolver rápidamente las reclamaciones de tierras por parte de los indios. El problema fue que el robo había sido tan descomunal que, año tras año, el Congreso no podía terminar con las reclamaciones. Al fin presentaron su último informe en 1978 (la comisión debería haber durado un año), en este informe el Congreso mismo declaró que legalmente entre un medio y un tercio del territorio de los 48 estados continentales de EEUU ¡pertenece a los indígenas! Claro, no pretendieron devolver la tierra robada, sino pagar indemnizaciones. Activistas indígenas han pedido apoyo a los movimientos de izquierda, anti-guerra, anti-imperialistas, etc., durante los años 70 y 80 para apoyar sus luchas por reclamar sus tierras. La izquierda siempre tuvo la actitud de que este tema no era muy importante, que había siempre algo “más importante”. ¿Dónde estaba yo en aquel tiempo? Como todos, no era ni mejor, únicamente estaba sordo. ¿Qué mejor manera de luchar contra el Imperio que quitarle el territorio? Para todos los movimientos anti-guerra, los mejores aliados habrían sido y son las naciones indias dentro del territorio USA.

Estas reflexiones acudieron a mi mente cuando leí la revista, su crítica bien desarrollada a la tecnología, la carta desde México. De ahí mis comentarios.

Bert Picard, Estados Unidos, mayo 2011

Hemos recibido...

Isidro López y Emmanuel Rodríguez. FIN DE CICLO. FINANCIACIÓN, TERRITORIO Y SOCIEDAD DE PROPIETARIOS EN LA ONDA LARGA DEL CAPITALISMO HISPANO (1959-2010). Editorial Traficantes de sueños, Madrid 2011.

Desde el **Observatorio Metropolitano**, se nos hace entrega de este libro que nos ayudará a comprender mejor este movimiento de amplio malestar que nos ha llevado a ocupar las plazas de diferentes ciudades. En él se nos detalla, con un lenguaje entendible (cosa que es de agradecer en algo tan ideologizado y de especialistas, como es la economía) pero ampliamente documentado, el largo ciclo de la economía política capitalista que nos ha llevado a este fin: una crisis cuyas consecuencias y efectos son difíciles de prever más allá del inmediatismo al que nos aboca este sistema. La actual coyuntura de la crisis no se entiende si no se analiza globalmente la evolución del sistema-mundo capitalista en el largo ciclo que los autores acotan desde 1959 hasta 2010, señalando varios puntos críticos: el último, el crash financiero de 2008. Solo así se podrá entender la evolución del capitalismo en España que nos ha llevado, tras la explosión de la burbuja *especulativa* financiera-inmobiliaria, a esta grave y severa crisis.

En la primera parte del libro, se rastrea la formación histórica del capitalismo financiero global. Después de la 2ª Guerra Mundial, los efectos del keynesianismo y del modo de producción fordista –y taylorista–, hasta la crisis de 1973, hicieron cierta la aserción de que “la riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un ‘enorme cúmulo de mercancías’, y la mercancía individual como la forma elemental de riqueza”. Así, la producción organizada de mercancías ha llegado a ser tan inmensa, que posibilitó esta sociedad del consumo; la apariencia de un “efecto riqueza” y la ilusión de agremializar a una “sociedad de propietarios”. Sin embargo, no se puede olvidar que en esta sociedad de consumo se dieron grandes procesos de lucha, tanto en los estados capitalistas, como en el marco de los del capitalismo de estado. A partir de la rebelión de 1968, que recorrió

distintos continentes, hasta las luchas obreras que se alargaron en la década de 1970 y 1980: en Italia, España, Inglaterra, Polonia o Corea, etc.

A pesar de la gran capacidad de producción de mercancías, en la década de 1980 y después de la crisis del petróleo y de sucesivas reorganizaciones del sistema de producción: toyotismo, just in time, etc., el capitalismo llegó a la conclusión de que esta gran capacidad de producción no aseguraba toda la rentabilidad que codiciaban y que los beneficios que se obtenían del llamado capitalismo cognitivo y del sector terciario no saciaban su avaricia. De ahí el salto, bajo la llamada política neoliberal, hacia una drástica reorganización de los modos de trabajo y la imposición de duras políticas, en algunos países de brutales dictaduras y en otros de drásticos recortes laborales, salariales y sociales. Esto se da, sobre todo, en el creciente dominio de la economía especulativa financiera que, aprovechando las nuevas técnicas de la información y la comunicación, le permitían rápidamente abarcar todo el mundo y todos los aspectos de la vida: especulación monetaria; de territorios urbanos y rurales; de semillas y cosechas; de la biología, etc. La desmesura de esta avaricia especulativa nos ha llevado a la crisis del 2008; ahora bien, rápidamente los estados del capital han entregado miles de millones de efectivo a bancos y empresas, siendo los socios y cómplices necesarios del saqueo llevado a cabo por los capitalistas.

En la segunda parte, se entra ya en la onda larga del capitalismo hispano. En primer lugar, después de la larga y sangrienta posguerra que duró hasta 1950, más allá de la derrota de los regímenes fascistas de Alemania e Italia, la dictadura militar de Franco entró en lo que se conoce como autarquía, una industrialización precaria que imponía formas brutales de acumulación primitiva. La represión fue pareja a las miserias, mentiras, disfunciones, desplazamientos e inmigraciones impuestos y así continuó cuando llegaron las ayudas de EEUU y los gobiernos de tecnócratas del OPUS. Los pobres del campo continuaron desplazándose a las ciudades industrializadas o al extranjero. También se desarrolló la industria del turismo tan importante para la otra actividad económica que dominaba y dominaría el panorama: la construcción de infraestructuras y viviendas. España dejó de ser una sociedad rural precaria, para ser precariamente urbana; el llamado desarrollismo industrial se realizó con una lógica militarista y bajo un control del estado dictatorial. Franco, además, ya legisló ampliamente sobre el suelo y las zonas

de interés turístico. Cuando llegó la crisis de 1973, ya hacía años que el franquismo era un anacronismo, con una industria poco competitiva que se hundía y con un movimiento obrero y social cada vez más activo, que había encontrado nuevas vías organizativas y que se manifestaba con fuerza.

La muerte del dictador dio paso a la llamada Transición, operación política a la cual los autores quizás debieron dar un poco más de importancia y contextualizarla debidamente, pues sus grandes sombras dan luz a la situación de corrupción (cuestión, también, que parece no tener relevancia para estos) en la que se encuentra nuestra casta política y burocrática. Lo que esta operación fue lo demuestra la Ley Reguladora de la Actividad Urbanística de la Comunidad Valenciana, sobre la que los autores se detienen especialmente, que redactada y aprobada por los del PSOE fue y es ampliamente aplicada por los del PP.

En la Transición, se realizó, no sin grandes luchas, el desmantelamiento industrial y la privatización de las industrias públicas que habían sido controladas desde el INI. Desde el Estado se financiaron los despidos masivos y la reestructuración de las empresas para después privatizarlas, también se financió la primera crisis bancaria lo que permitió la concentración en unos pocos grandes Bancos y Cajas de Ahorro, todo esto propició la formación de un monopolio corporativista dominado por unos determinados banqueros y empresarios. Los trabajadores, después de duros enfrentamientos que se alargaron hasta la década de 1980, fueron replegándose ante la situación de incertidumbre que creaba, sobre todo, la gran amenaza de un elevado y creciente paro obrero, entonces similar al de ahora, y fueron aceptándose las sucesivas legislaciones que imponían una creciente precarización laboral y salarial.

Asimismo, la política legislativa sobre el suelo, el urbanismo y las viviendas que, a partir de 1982, llevaron a cabo los sucesivos gobiernos del PSOE, siguió el mismo ideario del ministro de la vivienda franquista, Arrese, que lo resumió en la cutre frase: “queremos una España de propietarios no de proletarios”. Empezando por el famoso decreto Boyer que liquidaba la escasa política de alquileres y viviendas protegidas, los ministros socialistas llevaron a cabo un torrente legislativo, como las leyes sobre Régimen de Sociedades y Fondos de inversión Inmobiliarios y sobre Fondos de Tributación Hipotecaria (1992), que

empujaba a la gente hacia la compra de viviendas a cambio de hipotecar la vida; además de legalizar los grandes booms *especulativos* financiero-inmobiliarios: primero el que terminó con la crisis posterior a los fastos del 1992 y a continuación el llevado a cabo por los gobiernos del PP y del PSOE hasta ahora y que los autores datan desde 1995 hasta el 2007.

A partir de 1986, España entró en la UE y empezó a recibir grandes sumas de dinero procedentes de los Fondos europeos, fue el país que más dinero recibió y actualmente es el segundo, después de Polonia. De un promedio de unos 6.000 millones de euros anuales que han de llegar hasta el 2013, el 50'6% va a parar a unas pocas grandes constructoras (hay un lobby de 6 grandes empresas, de las que también son accionistas los bancos y cajas), un 32% a capital humano: fondos municipales, PER, fondos de formación para sindicatos etc. y el 17% a ayudas a empresas. Estos miles de millones han propiciado mucha corrupción y un nuevo caciquismo. Por todo ello, quizás hubiesen tenido que profundizar más y/o abordar estos temas.

El hasta ahora último boom *especulativo* financiero-inmobiliario (1995-2007), ha posibilitado una acumulación de capital y un reparto de beneficios inmensos entre unos pocos bancos y empresas, entre unos pocos de sus directivos y una casta política en clara connivencia con ellos que no trata ni de disimular su condición de corrupta, por otra parte similar a la de los otros Estados. Una mayoría de la población creyó la propaganda de la ficción del “efecto riqueza” y de la “sociedad de propietarios”. Los Bancos y Cajas abrieron tanto el grifo del dinero vía créditos a alto interés que al explotar la burbuja financiera los ha dejado al descubierto. Por otra parte, durante estos años, esta posibilidad de especulación inmobiliaria atrajo a muchas inversiones extranjeras lo que posibilitó grandes entradas de dinero para ser blanqueado procedente de las diferentes mafias y, aunque es muy difícil de cuantificar, si hubiese sido necesario mencionarlo.

Este, como otros booms *especulativos* financieros-inmobiliarios tiene un alto grado de nocividad para las personas y para su hábitat o medio ambiente. Por qué ante la urgencia de beneficios qué importan las costas rastrilladas de rascacielos, los territorios asfaltados, las montañas perforadas o las aguas y aire contaminados. La ciudad queda reducida a un conjunto de máquinas

tragaperras bajo el nombre de Growth Machine, es decir, “máquina de crecimiento”.

Por último, no podemos dejar de señalar que nos parece más preciso caracterizar estos periodos, si acaso, como booms *especulativos* financieros-inmobiliarios. No es banal añadir este adjetivo, pues lo especulativo ha estado presente durante el franquismo y después con sus sucesores y continuadores y ha marcado desde siempre la corrupción de la política del Estado y sus burocracias: partidos, políticos, sindicatos, municipios, etc., imponiendo, al mismo tiempo, una precarización para la gran mayoría de la población. Y en estos últimos periodos, la especulación y la corrupción alcanzan máximos, no su límite, pues, como el beneficio para el capital, no lo tiene; tan solo porque cuanto más circula el dinero, más grande es la especulación y corrupción que lleva consigo.

El libro termina señalando posibles escenarios para salir de la situación actual, así como alguna vía alternativa como lo que denominan «contra-desamortización» o una apuesta por un «régimen de propiedad en común». Difícil tarea la de meterse de teórico reformador de lo que se pretende transformar.

Lo que sí que constatamos, en esta época de crisis, es que para los más pobres, para los trabajadores y una gran mayoría de jóvenes, la precarización va en aumento y el Estado no para de legislar en contra nuestra recortando medidas sociales y laborales, la sobrevivencia es cada día más cara y el índice de paro del 22% de la población y el 43% entre los jóvenes, el más elevado de Europa y uno de los mayores del mundo.

Sabemos de las dificultades de hacer un buen estudio de estas características y de un periodo tan largo como complejo. Por ello retomamos la consideración inicial y repetimos el tener la sensación de encontrarnos ante un libro válido y útil para ayudarnos a entender donde nos encontramos y cómo se ha llegado a esta difícil situación que no nos atrevemos a señalar si será final de un ciclo o más de lo mismo de otras maneras. Sin embargo, un pero a su tono de neutral academicismo, cuando se puede “tomar partido hasta mancharse”.

Jan Vaclav Majaiski. LA CIENCIA SOCIALISTA, RELIGIÓN DE INTELLECTUALES. Bardo ediciones. Barcelona 2010.

He aquí una obra y un autor que hubiésemos debido poder leer hace muchos años. Tuvimos que esperar, primero a que la revista *Futuros* nos lo presentara y tradujera algunos de sus textos al castellano. Ahora, en diciembre del 2010 *Bardoediciones* publica esta recopilación en este libro cuyo título *La ciencia socialista, religión de intelectuales*, lo es también de un artículo escrito (¡atención!) en 1905, lo acompañan otros dos interesantes textos *La conspiración obrera* (1908) y *La revolución obrera* que Majaiski escribió en 1918, solo un año después del triunfo de la revolución soviética. Para saber de este autor hubo que remitirse a Alexandre Skirda que en 1979 publicó en éditions du Seuil una edición de siete de sus textos, con el título *Le socialisme des intel-lectuels*, con una extensa presentación.

Jan Vaclav Majaiski (1866-1926), nació en la aldea polaca de Pintzov que entonces formaba parte de la Rusia zarista. Pronto empezó su activismo, siendo detenido, por primera vez, por escribir y distribuir literatura revolucionaria. En 1892, durante una importante huelga que paralizaba la ciudad industrial de Lodz fue detenido y pasó 3 años de cárcel y 5 deportado en Siberia. Será allí, en la perdida colonia de Vilonisk, donde completará la formación de su pensamiento. Primero escribirá un cuaderno titulado *La evolución de la socialdemocracia* en el que criticaba el oportunismo revisionista de los partidos socialdemócratas, principalmente el alemán, el más potente de toda Europa y que se reclamaba marxista. Después, según cuenta Trotsky, con el que coincidió en Siberia, en sus memorias, escribiría dos cuadernos más, uno donde «realizaba una crítica del sistema económico de Marx, llegando a la conclusión inesperada de que el socialismo es un sistema social basado en la explotación de los trabajadores por intelectuales profesionales». En un tercer cuaderno criticaba la actuación únicamente política de dichos partidos y su obsesión por lograr parte de ese poder político. Las ideas fuerza de su pensamiento quedaban perfiladas.

Terminada la deportación, su vida no será tranquila, nuevamente es arrestado y finalmente se exilia a Suiza. En Ginebra publica *La bancarrota del socialismo del siglo XIX* y *La Revolución burguesa y la causa obrera*; pero ante todo en 1903: *El trabajador intelectual*. En ellos desarrolla un pensamiento original y

pionero, una crítica al sistema capitalista y a su ideología: la democracia, también al concepto de progreso en esta sociedad industrial. El desarrollo del sistema capitalista se basa y conlleva la división y especialización de tareas, en el proceso de producción aparece el papel de los técnicos intelectuales, cuya función les permite penetrar entre la burguesía: científicos, ingenieros, químicos, profesores, abogados, periodistas, etc., que finalmente ocupan los puestos claves que permiten el funcionamiento del sistema; «El Estado democrático significa que el científico toma el lugar de la policía, o más bien que se pone en el mismo rango que la policía». Parte de estos intelectuales, que determinan el monopolio del saber, se unen y dominan el movimiento socialista, tanto los llamados utopistas como el socialismo científico de la socialdemocracia, creyéndose más capacitados que nadie para gestionar el proceso de producción y el Estado y se servirán de los obreros para conseguir sus objetivos, a través de la esperanza de la ideología socialista. Por lo tanto el marxismo y el anarquismo quedarán convertidos en unas nuevas ideologías infalibles e irrefutables como consecuencia de un determinismo lineal con raíces teleológicas, convencidas de su mayor eficacia en la gestión y en el desarrollo del proceso de producción y que el simple hecho de anunciar que la gestión de las fábricas pasaba de las manos de los capitalistas a las de los proletarios significaría para el obrero el fin de la opresión, «Los anarquistas, con su aspiración a la ‘cientificidad’ a la par de la de los marxistas, no hacen sino mantener al socialismo en el terreno de las creencias. La ciencia socialista cumple aquí una función común a todas las religiones, por su pretensión de ‘cientificidad’, de objetividad, por su carácter omnisciente y obligatorio por todas partes y para todos».

Cuando estalla la revolución de 1905, Majaiski regresa a Rusia y allí escribirá *La ciencia socialista, religión de intelectuales*, donde se sintetizan sus ideas; «Los socialistas tanto cuando hablan con los gobiernos burgueses como cuando hablan con los obreros, y siempre con una amable sonrisa: demuestran a los gobernantes que los sindicatos refuerzan la dependencia de los obreros, aunque a los obreros les aseguren que los sindicatos los lleven a la independencia». ¿Pero cómo, entonces, los proletarios podrán liberarse de la opresión y de la explotación? Por medio de *La Conspiración obrera*, mediante la autorganización de los obreros por ellos mismos, es decir, que la emancipación de los trabajadores o será obra de ellos mismos o no será. «Es pues evidente que la huelga económica mundial, la supresión de la opresión obrera no se preparará

jamás desde los sindicatos ni desde ninguna otra organización legal, obrera o socialista. De ello se infiere que la libertad política, por más desarrollada que esté, no nos acerca un ápice a la revolución obrera. La huelga económica mundial, la expropiación de todos los apropiadores, no puede prepararse sino desde organizaciones obreras clandestinas, no pueden hacerlo sino mediante *la conspiración obrera*».

En 1918, Majaiski escribirá *La revolución obrera*, una de las primeras y más lúcidas críticas al partido bolchevique y a sus burócratas, esta clase intelectual que gestionará el Estado y la producción de este sistema de capitalismo de estado. «Los bolcheviques se esforzarán en vano magnificando la Patria Socialista e inventando formas de gobierno lo más populares posibles; en tanto las riquezas permanezcan en manos de la clase burguesa, Rusia no dejará de ser un Estado burgués»

René Riesel y Jaime Semprun. CATASTROFISMO, ADMINISTRACIÓN DEL DESASTRE Y SUMISIÓN SOSTENIBLE. Pepitas de calabaza ediciones. Logroño 2011.

No en vano el libro se abre con una significativa cita del *Discurso de la servidumbre voluntaria* de Étienne de la Boétie. Le siguen unas precisiones liminares y treinta párrafos que a manera de tesis enunciativas, despliegan un análisis crítico de la actual sociedad industrial, de su desarrollo e invasión del mundo y de las consecuencias que su incidencia pueden acarrear sobre el planeta; al ser ya asumidas por gran parte de la población y también por los capitalistas y sus gobernantes, como un mal necesario que corre paralelo al modelo cultural de esta sociedad de consumo existente. Ahora bien, ya nadie se atreve a negar que esta civilización industrial sea capaz de provocar una catástrofe de consecuencias tan trágicas como inimaginables para el planeta y para los seres que lo habitamos.

Las causas y consecuencias que producen esta sociedad industrial, jamás han sido secretas. Aunque hasta ahora la propaganda-informativa las ocultaba bajo la luz cegadora de esta sociedad del espectáculo en la que la acumulación de mercancías podía deslumbrar a cualquiera. Sin embargo, a pesar de que el

fetichismo de la mercancía sea poderoso, una gran parte de la población asume que la magnitud de la catástrofe nos puede hacer entrar «...en las extendidas llanuras/ donde la desaparición de las luciérnagas/ señala el amanecer de una época terrible».

El capitalismo industrial y sus burócratas-políticos, frente a una evidencia que hasta hace poco declaraban inexistente y llamaban alarmistas a los que denunciaban el peligro de una catástrofe, ahora han hecho del catastrofismo una ideología capaz de provocar una falsa conciencia y, por supuesto, otro negocio más que les rinde beneficios. El catastrofismo se ha convertido por boca de estos burócratas-políticos y de los intelectuales y periodistas, en una ideología culpabilizadora para la gran mayoría (a todos aquellos que nos consideran como gente del común o gente corriente), que de golpe somos retratados y presentados como los verdaderos culpables del envenenamiento y posible destrucción del planeta. Por lo tanto, como culpables de la catástrofe debemos aceptar todas las medidas disciplinantes que nos quieran imponer, sin cuestionárnoslas. Hemos de acatar los castigos y las leyes que nos imponen, la disciplina y el estado de excepción permanente. La sumisión ha de ser aceptada dócilmente y la servidumbre ha de ser voluntaria, es más, incluso reclamada.

Y sin embargo, la servidumbre nunca es totalmente voluntaria, jamás es aceptada del todo, siempre ha de ser impuesta. Por lo tanto, siempre hay rebeldía contra ella y el ser humano busca y quiere la vida sobre la muerte. Si bien es difícil, en estos tiempos de confusión, articular una crítica social, «que habría de ser a la vez antiestatal y antiindustrial», contra este sistema capitalista que está ocupando el mundo, no podemos olvidar que este tiene sus límites, que hay un exterior al universo técnico. Pensar lo que hasta ahora se ha dicho y hecho desde el pensamiento crítico y como se puede, desde el ahora, plantearnos nuestra actitud, nuestro ser y estar, en y frente a esta civilización industrial que nos quisiera sumisos y como ser capaces de romper esta servidumbre impuesta. «El papel de la imaginación teórica sigue siendo el de discernir, en un presente aplastado por la probabilidad de lo peor, las diversas posibilidades que no por ello dejan de estar abiertas. (...) la acción de grupos humanos, puede tener, con un poco de suerte, rigor y voluntad, consecuencias incalculables».

Lewis Mumford. EL PENTÁGONO DEL PODER. EL MITO DE LA MÁQUINA (dos). Pepitas de calabaza ed., 2011.

Gracias a la osadía de Pepitas de calabaza ed., podemos leer por primera vez en castellano el segundo volumen de *El mito de la máquina*. Hace 40 años, Lewis Mumford (NY., 1895 – Amenia, 1988), historiador, urbanista y pensador de la Técnica, daba a conocer este notable trabajo sobre el desarrollo histórico a través de la técnica, la relación entre el progreso humano y la evolución de la técnica. Estudio que Mumford había empezado en 1934 (*Técnica y civilización*) y había continuado en 1967 (*El mito de la máquina. Técnica y evolución humana*).¹¹ Trabajo que por su extensión (800 páginas), por la amplitud de sus miras, por la profundidad de sus análisis y por el acierto en sus predicciones sobre a dónde nos conduce la lógica del desarrollo técnico, lo convierten en una obra referente para entender nuestro mundo y las posibilidades de su superación, apostando por otra forma de organización social, un nuevo sistema que no vaya en contra de la humanidad del hombre sino a su favor. Para ello Mumford empieza desmontando el mito de la máquina, el mito del progreso basado en la fe incuestionable de que el desarrollo técnico es siempre favorable al desarrollo humano.

El período abarcado en este estudio se extiende desde el siglo XVII al XX, desde que se construye el cosmos mecanicista (Galileo, Descartes, Bacon) hasta llegar al caos del siglo XX (la automatización de la automatización). Para Mumford, el avance más decisivo de la nueva concepción mecanicista tuvo lugar fuera del terreno de la técnica: fue el regreso del dios Sol, símbolo del poder centralizado. La astronomía y la mecánica celeste sentaron las bases de un orden absoluto, tanto político como industrial, como el que se había fijado en la Era de las Pirámides. Con la nueva imagen mecanicista del mundo – reducción de lo orgánico a lo mecánico–, el hombre se deshumaniza, la vida es interpretada como un fenómeno puramente mecánico.

Esta cosmovisión mecanicista marca el fin de la politécnica que había imperado a lo largo de toda la Edad Media. Ésta había absorbido los inventos de culturas anteriores incorporando a las suyas técnicas que venían de muy atrás, como el molino de agua y el molino de viento, el arado, el telar, la rueda

¹¹ Ver Etcétera, núm. 47.

de alfarero... y que ayudaron a darle a este periodo cohesión y armonía. Fue la Ilustración la que entendió la Edad Media como un periodo de ignorancia, de superstición y de atraso técnico, sin ver su riqueza politécnica. El hecho de que la técnica medieval persiguiera otras metas que las estrictamente centradas en la expansión mecánica contribuyó a que se la considerara atrasada técnicamente. «Curiosamente —escribe Mumford— los estudiosos que popularizaron la noción de un atraso medieval leían sus documentos con unas gafas que habían sido inventadas en el siglo XIII, publicaban sus ideas en libros fabricados en la imprenta del siglo XV, comían el pan a partir del grano triturado en molinos del siglo XII, viajaban en barcos de tres palos diseñados en el siglo XVI y llegaban a su destino gracias al reloj mecánico (...) mientras escribían en papel y vestían ropas de lana y algodón fabricadas en molinos hidráulicos cuya invención data al menos del siglo III a. C. en Grecia» (p. 211). Mumford valora los aspectos creativos y comunitarios de la Edad Media, fijándose en la ambivalencia de muchas de sus estructuras, incluso en las más deshumanizadas, como el trabajo esclavo (pp. 220 ss.; 233; 297).

La nueva imagen mecánica, con el impulso de la presión económica que se ejerce sobre todos los ámbitos de la técnica, sustituye la tradición politécnica. La máquina destruye la herramienta (el automatismo de la máquina frente al utilitarismo de la herramienta). Es el triunfo de la automatización, de la abundancia material, del poder sobrehumano, del control remoto, esencial para el complejo de poder. Es el fin del trabajo manual que durante medio millón de años ha sido parte esencial de la cultura humana. Mumford analiza el nuevo sistema técnico y señala la irracionalidad de la automatización de la automatización, sistema infradimensionado que requiere infrahombres cuyos valores sean los que exige el funcionamiento y la expansión indefinida del propio sistema, quedando anulada cualquier forma de autonomía humana. La automatización pretende ejercer el dominio no solo sobre el proceso técnico sino sobre el ser humano que hasta este momento lo había dirigido, y transformarlo de agente activo en otro pasivo y finalmente hacerlo desaparecer: volver innecesario al hombre, puro accesorio de la máquina. Y, remarca Mumford, los defectos más flagrantes del nuevo periodo megatécnico son los que surgen, no de sus fallos, sino de sus triunfos. Todo este proceso, señala Mumford, no se da sin resistencia, lucha de los hombres y mujeres que tratan de preservar los vestigios de autonomía.

Mumford, para explicar la coacción que ejerce la técnica, su lógica interna, retoma la aserción del físico británico Dennis Gabor: si una cosa se puede hacer se hará, si algo puede hacerse debe hacerse, y la desarrolla: si algo no puede hacerse con un aparato técnico no debe hacerse de ningún modo (cantar con su propia voz en lugar de poner el cassette, andar con las piernas y no en automóvil, etc.).

Después de la Primera Guerra Mundial aparecen los signos de la nueva megamáquina que a diferencia de la anterior (Era de las Pirámides) desplaza el número de agentes humanos por componentes mecánicos. Cuatro factores ayudan a su expansión: el renacimiento del dios Sol, la centralización del poder político, el trabajo forzado y el servicio militar obligatorio y la economía de mercado. La nueva megamáquina que ejerce un control total sobre la vida cotidiana del súbdito, tiene la capacidad de la destrucción total, de «dar fin a la aventura de la vida humana». (Visión apocalíptica muy próxima a la de Günther Anders).

Llegados a la fase capitalista de la sociedad del consumo, partiendo del análisis de Marx sobre el modo de producción de mercancías según el cual la meta de la producción no es satisfacer necesidades sino multiplicarlas, Mumford avanza otra tesis muy próxima a Anders: el consumo se ha vuelto obligatorio. Llevar una vida que se aparte del consumo puede considerarse un sabotaje. Las reivindicaciones de más bienestar, haciendo suyas las premisas ideológicas de la megamáquina, han acabado reforzándola. Nuestro sistema megatécnico, escribe Mumford, hará que en menos de un siglo todo el planeta sea inhabitable.

Con todo, Mumford, contra el fatalismo de los que rechazan aceptar la posibilidad de una reversión total de las pautas existentes (entre los que incluye a Jacques Ellul), intenta mostrar, a lo largo de todo el libro, que no todo está determinado, que el hombre no es pura víctima de un destino inexorable, que hay exterior a la técnica. No se trata de despreciar las muchas ventajas que la técnica ha aportado, sino de retornar a una técnica politécnica que mantenga todas las formas anteriores.

Para salir de la megatécnica necesitamos un modelo que no proceda de la máquina sino de los organismos vivos, que sustituya la megatécnica por la

biotécnica hacia una economía, no de la abundancia material, sino de la plenitud (lo que implicaría una desaceleración de la producción, un cambio en el trabajo que se convertiría en la ejecución de tareas distintas a lo largo de la vida,..). Con todo, para superar el actual sistema de poder no hace falta destruir toda la civilización sino transferir sus agentes más beneficiosos a un complejo orgánico. Es en el seno de un sistema de poder como el que ha existido durante los últimos tres siglos que podremos avanzar hacia esta plenitud.

Con este libro acaba Mumford uno de los análisis más amplios de la técnica y del proceso técnico en el desarrollo histórico de la humanidad, que había empezado hacía más de tres décadas: un estudio exhaustivo del desarrollo técnico dentro del marco social y civilizador que le da cabida; una mirada al pasado no nostálgica, más allá del rechazo indocumentado o de su aceptación entusiasta igualmente indocumentada, capaz de comprender sus logros y su riqueza; una comprensión radical del fenómeno técnico, de su lógica interna y de sus efectos deshumanizadores; y una crítica radical del mito del progreso que la sostiene.

Análisis coincidente en muchos puntos con el que en Europa hacían por los mismos años Jacques Ellul y Günther Anders. La coincidencia teórica con Anders es manifiesta pese a que ambos no conociesen respectivamente sus trabajos. El análisis de la sociedad del consumo, la obligación de consumir como mandamiento de nuestro tiempo (p. 528) es del todo coincidente. Igualmente, la visión apocalíptica, quizás más radical en Anders, más matizada en Mumford (p. 438). La comprensión de la coacción tecnológica (p. 299) es también próxima a la de Ellul, aunque éste escape a su determinismo por la afirmación de la ambivalencia de la técnica y Mumford lo haga por la utilización de otro tipo de técnica.¹²

Es de agradecer en esta ardua lectura la cuidada traducción de Javier Rodríguez.

¹² Günther Anders, *La formación de las necesidades*. Etcétera 2004.- Jacques Ellul, *Reflexiones sobre la ambivalencia del progreso técnico*. Etcétera, 2008.

Guido Caccia, L'ALTROCOMUNISMO NELLA RIVOLUZIONE RUSSA. OPPOSIZIONI RIVOLUZIONARIE NELLA RUSSIA SOVIETICA 1917-1921, Quaderni di Pagine Marxiste, Milano, 2009. (Recensión de Dino Erba).

Pocas, pero profundas palabras. Este es el juicio que espontáneamente me venía a la mente al leer el libro de Guido Caccia. Con «pocas, pero profundas palabras» (134 páginas, acompañadas de una documentación sintética, pero muy significativa), el autor encara una de las cuestiones más candentes del siglo XX, la involución de la revolución rusa.

Sobre esta cuestión existe una bibliografía muy extensa, en la cual, no obstante, prevalecen criterios y juicios viciados con frecuencia por prejuicios ideológicos, aunque estos no sean visibles. Caccia tiene el mérito de ir a la raíz; encara los episodios críticos que, desde el principio, obstaculizaron el desarrollo del proceso revolucionario socialista, evitando tanto justificaciones como intempestivas recriminaciones. El momento álgido de la involución fue la insurrección de Kronstadt en marzo de 1921, la cual provocó la fractura del movimiento obrero revolucionario: por un lado, las tendencias comunistas más o menos próximas a la Tercera Internacional; por el otro, las tendencias de inspiración anarquista, libertaria y comunista-consejista, las cuales tuvieron con la IC [Internacional Comunista] breves y desafortunados contactos.

Con matices más o menos acentuados, la abigarrada casa marxista-leninista ha tratado siempre de justificar la represión de Kronstadt, en nombre de un objetivismo que nada tiene que envidiar a la burguesa Razón de Estado.¹³

¹³ Las escasas voces que escaparon a esta lógica cayeron a menudo en un impotente democratismo, como la *Corrente Comunista Internazionale*. De muy diferente significado es la posición asumida por el *Partito Comunista Internazionalista - Battaglia Comunista*, como reconoce Caccia, aunque poniendo de relieve algunas contradicciones en el ensayo de Franco Migliaccio, *Kronstadt 1921. Analisi senza complessi di un sollevamento popolare nella Russia di Lenin*, «Prometeo», serie IV, a. XXXIV, settembre 1981, p. 1. En general ha prevalecido la «penosa justificación» de la cual fue portaestandarte Jean Bodin, cfr. Luciano Parinetto, *L'inquisitore libertino. Discorso sulla tolleranza religiosa e*

Con el paso de los años, ha prevalecido una postura que pone de relieve cuán desgarrador fue ese episodio. Es ejemplar la actitud de un marxista por lo general despiadadamente crítico, lúcido y desengañado, como Amadeo Bordiga que, 36 años después del episodio, definió como «misteriosos» los hechos de Kronstadt.¹⁴

Admitiendo, pero sin estar de acuerdo que, si los hechos de Kronstadt pudieron ser «misteriosos» en 1921 para los compañeros italianos, no deberían haberlo sido en 1957-58, cuando en el periódico, *Il Programma Comunista*, apareció el borrador de la *Struttura economica e sociale della Russia d'oggi*. No tanto porque entonces ya podía disponerse de una discreta documentación que «desvelaba» los misterios de Kronstadt, sino porque los compañeros de la Sinistra comunista [Izquierda Comunista] habían alcanzado un nivel político-teórico que debería haber evitado ciertas «ingenuidades», por no decir otra cosa.

En la vertiente opuesta, nos encontramos con la corriente de inspiración anarquista, libertaria y comunista-consejista (lo repetimos, corrientes que entonces como ahora son parte integrante del movimiento proletario revolucionario), que identifican la causa de la involución en factores meramente subjetivos, es decir, en el concepto de Partido, como sostiene de modo

sull'ateismo, a proposito dell «Heptaplomeres» di Jean Bodin, Asefi Terziaria, Milano, 2002.

¹⁴ AV.VV, *Struttura economica e sociale della Russia d'oggi. Le grandi questioni storiche della rivoluzione in Russia. La Russia nella grande rivoluzione e nella società contemporanea*, Edizioni il programma comunista, Milano, 1976, p.405. En un pasaje precedente se afirma: «[...] aquella tremenda [rebelión] de los marineros de Kronstadt, en la que sin ningún género de dudas participaron comunistas extremistas y anarquistas [...]: la historia carece de los materiales necesarios para juzgar un episodio de esas características», p. 268.

ejemplar Otto Rühle, en su ensayo *La rivoluzione non è un affare di partito* (1920),¹⁵ quien no vaciló en definir al bolchevismo como «fascismo rojo».

Caccia, yendo al punto crucial, sostiene que la involución se manifestó enseguida, inmediatamente después de la toma del poder (octubre de 1917), cuando el partido comunista se separó de la clase obrera, de la cual debía ser el «órgano». Separación causada por la propia situación objetiva, nadie lo niega, pero que en lugar de ser contrarrestada, fue legitimada en el plano subjetivo, «haciendo de necesidad virtud», como afirmara Rosa Luxemburg ya en octubre de 1918.¹⁶ Surge entonces la ilusión de que el Partido pudiera ser el árbitro del serpenteante enfrentamiento entre un débil proletariado y una burguesía emergente, gracias a la continuación de las relaciones de producción capitalista, que en Rusia nunca fueron superadas. Aunque con el tiempo, en 1989, fue la burguesía quien absorbió al Partido y a sus pleróticos aparatos.

Como vemos, en el foco de la atención se situó la relación Partido-clase que, desde octubre de 1917, ha sufrido notables transformaciones, al compás de la evolución del modo de producción capitalista. En el plano político, esta evolución ha superado las fases de transición ligadas la cuestión agraria,¹⁷ que en aquel momento eran cruciales en la estrategia de los partidos obreros socialistas y que determinaron los estigmas jacobinos del partido bolchevique. Pero sería reductivo creer que la explicación se encuentra solamente en la cuestión agraria, desde el momento en que, incluso en este campo, la solución

¹⁵ Otto Rühle, *La rivoluzione non è un affare di partito* (1920), Edizioni G.d.C., Caserta, s.d. [1974].

¹⁶ De pasada, recordamos que el PCInt.-Battaglia Comunista publicó el escrito de Luxemburg en los primeros años de la década de los cincuenta con una introducción de Onorato Damien, con el título de *Autorità e libertà*. Rosa Luxemburg, *La rivoluzione russa*, Edizioni Prometeo, Milano, s.d. [1956].

¹⁷ Cfr. Vladimir Ili'c Lenin, *Due tattiche della socialdemocrazia nella rivoluzione democratica, elaborato nel 1905*; ahora en Vladimir Ili'c Lenin, *La rivoluzione del 1905. 1. La tattica dei bolscevichi nella rivoluzione democratica*, Edizioni Rinascita, Roma, 1949; más tarde en *Opere Complete, vol. 9 [giugno-novembre 1905]*, Editori iuniti, Roma, 1960, p. 9.

«leninista» chocó con las diversas perspectivas, avanzadas sobre todo por los anarquistas, a los que Caccia les dedica un ardoroso capítulo, *I comunisti libertari nella rivoluzione russa*. Tales perspectivas, aunque partían del campo (la Macknovichina), abordaban aspectos más amplios de la gestión, o mejor dicho de la autogestión, del poder, es decir, de la administración de la cosa pública (la Comuna), de la producción y de la distribución¹⁸.

Desde entonces ha llovido mucho y hoy la conquista y la gestión del poder tienen connotaciones bastante diferentes, aunque en la base siga incólume y cada vez más imperiosamente, el mismo objetivo, el comunismo.

Hoy, la cuestión agraria se ha resuelto en el proceso de acumulación capitalista, la cual debe ser reestructurada y, por consiguiente, se ha vuelto completamente marginal la alianza entre obreros y campesinos, que en aquel momento condicionó extraordinariamente no sólo la Revolución rusa, sino también la estrategia de los partidos comunistas, pasando por Gramsci o Mao Zedong...

Hoy, el partido comunista es perfectamente proletario, aunque quede todavía por definir qué se entiende actualmente por «proletario», concepto en el que confluyen el «viejo» obrero «blue collar» [obrero de la industria], el trabajador precario y aquellos que en el proceso productivo NUNCA entrarán, desde el momento en que nacen ya expropiados de cualquier perspectiva existencial para el futuro. En esencia, actualmente el partido comunista no se ve obligado a «mediar» con estratos sociales precapitalistas, su «tarea» es la revolución «pura», la revolución comunista. Pero las cosas no son simples en absoluto. La evolución del modo de producción capitalista ha agudizado la división social del trabajo haciendo proliferar los estratos sociales intermedios, empeñados en profusas actividades de «mediación» en los diversos ámbitos

¹⁸ A principios de 1950, *Umanità Nova* publicó una serie de artículos con el título *La rivoluzione sconosciuta*, referidos en particular a la Macknovichina. Los comunistas internacionalistas respondieron con dos artículos muy críticos, pero dentro de los límites de un debate político-teórico: *Maknovismo e rivoluzione d'ottobre. Una messa a punto*, «Battaglia Comunista», a. VI, n. 9, 4-19 maggio 1950, p. 3 y *La rivoluzione d'ottobre e gli anarchici*, a. VI, n. 11, 1-14 giugno 1950, p. 3.

económicos, sobre todo en el sector terciario (con muchas ramificaciones «criminales»). Por tanto, no nos debe sorprender que se haya hecho más profunda la escisión entre la «sociedad civil», entendida al modo hegeliano (es decir, el mundo de los «comerciantes y del trabajo») y la esfera política (el Estado), escisión que privilegia a los profesionales que sólo buscan su lucro personal, a los intrigantes, a los expertos...

En resumen, la política está en manos de «profesionales» (antes los intelectuales, hoy los gestores), concepto que, a caballo de una «viciada» lectura del leninista *Che fare? [¿Qué hacer?]*, contribuye a que, para muchos, la revolución continúe siendo un «asunto de Partido».

D. Neles, H. Piotrowski, U. Linse y C. García. ANTIFASCISTAS ALEMANES EN BARCELONA (1933-1939). EL GRUPO DAS: SUS ACTIVIDADES CONTRA LA RED NAZI Y EN EL FRENTE DE ARAGÓN, Barcelona. Sintra, 2010, 430 páginas.

El cortejo que acompañaba los féretros de Camillo Berneri, Francesco Barbieri y otros italianos, muertos y asesinados en las jornadas de mayo de 1937, desfiló desde el Hospital Clínico hasta el cementerio de Sants-Les Corts, a pesar de haber sido prohibido, estando presidido por una bandera negra del grupo DAS (Anarcosindicalistas alemanes).

Este acto cargado de simbolismo marca el principio del fin de las conquistas revolucionarias iniciadas el 19 de julio del año anterior, tras la derrota inicial de los militares sublevados, así como también la voluntad de aquellos anarquistas de otros países que inmediatamente acudieron en defensa de sus compañeros o se incorporaron a la lucha en los primeros días y en especial del grupo DAS.

Han transcurrido 75 años desde aquel acontecimiento y por regla general – salvo muy pocas excepciones, que lamentablemente se han quedado aisladas– los análisis han seguido las huellas trazadas por la historiografía académica, cuyo objetivo ha sido y continúa siendo, como siempre, el ocultamiento del

desarrollo revolucionario haciendo especial hincapié en la lucha de la democracia contra el fascismo.

De ese modo, muchos se han enfangado en debates sobre el pantanoso terreno de la violencia revolucionaria y el recuento de muertos, sin darse cuenta que de lo que se trataba con esa cuestión es la de justificar —cuando no legitimar— el golpe de Estado de los generales africanistas, planteando la problemática de que la situación en el país había llegado a tal extremo de violencia que prácticamente era inevitable una intervención militar. Ante estos infames análisis, lo único que se me ocurre es exclamar, parafraseando a un escritor decimonónico: «¡Oh!, ¡qué fieras tan salvajes, cuando se las ataca se defienden!»

Por otro lado, como afirmaba Bakunin y de ello eran perfectamente conscientes los anarquistas: «En general, podemos decir que la carnicería nunca fue un medio eficaz para exterminar a los partidos políticos; ha probado ser particularmente ineficaz contra las clases privilegiadas, ya que el poder reside menos en los hombres mismos que en las circunstancias creadas para los privilegiados por la organización de los bienes materiales, es decir, la institución del Estado y su base natural, *la propiedad individual*».¹⁹

Probablemente, tal como se afirma, la revolución de 1936 sea el acontecimiento que más tinta ha hecho correr, superando incluso a la segunda guerra mundial, lo cual es bastante significativo, porque la derrota de los militares por el pueblo en armas y el consiguiente proceso revolucionario que se inició enseguida, puso en evidencia el verdadero carácter de las llamadas democracias, pero especialmente el carácter contrarrevolucionario del estalinismo y las ambiciones imperialistas del nazismo alemán y el fascismo italiano. Y si observamos con atención nos daremos cuenta que la historiografía sobre la revolución y la guerra civil española ha seguido una secuencia muy similar a la que siguieron los hechos desde el 19 de julio de 1936, hasta las jornadas de mayo en Barcelona: un primer momento con profundos análisis sobre el desarrollo revolucionario que poco a poco va dejando paso a una crítica sin fundamento hacia la violencia y la actitud intransigente de los anarquistas y de los demás sectores sociales que defendían la revolución, hasta

¹⁹ Bakunin, Mijail, *El Programa de la Hermandad Internacional*.

desembocar en una negación completa del proceso revolucionario y una defensa de las «democracias» en su infame papel de neutralidad frente a la agresión de las potencias fascistas, tejiendo un hábil camuflaje muy similar al que fue tejido para ocultar al exterior los profundos cambios que se estaban produciendo en el país. En esta negación algunos historiadores han llegado al punto de poner en duda la capacidad de los trabajadores para oponerse al poderío militar, arguyendo que allí donde el pueblo triunfó sobre la rebelión fue porque las fuerzas del «orden» se pusieron al lado de la República. No es extraño, por tanto, que dado este desarrollo en el análisis se llegara al fraude más lamentable, con documentación inexistente o falsificada o simplemente manipulada (aquí habría que recordar el escandaloso fraude de los diarios de Hitler que pasaron por auténticos durante unos cuantos años).

El interés, para aquellos que estamos interesados en extraer algún tipo de enseñanza de este acontecimiento, debería centrarse en los aspectos más críticos del proceso, como lo fueron las intrigas llevadas a cabo para propiciar la reconstrucción del Estado, ya que éste, desprovisto de sus bases de sustento, se convertía en una mera fachada. Estas bases de apoyo son fundamentalmente tres: la economía, la policía y el ejército, y su recuperación suponía necesariamente acabar con todos aquellos que defendían la revolución.

Una de las primeras fases fue el pacto con la burguesía a través del Estado autonómico de Cataluña que se extendería más tarde al gobierno central. Este mismo pacto había sido rechazado en 1931, con el establecimiento de la República. ¿Qué había sucedido desde entonces? ¿Qué razones impulsaban a pactar con aquellos que a la más mínima oportunidad no tendrían inconveniente en asesinarlos? Porque la justificación de que las circunstancias lo aconsejaban no puede servirnos para profundizar en una de las cuestiones que más candentes se nos presentan.

Bakunin, con su extraordinaria intuición ya había advertido de los peligros que se correrían estableciendo este tipo de pactos contra natura: «El absurdo del sistema marxista consiste precisamente en la vana esperanza de que, delimitando excesivamente el programa socialista para que resulte aceptable a los burgueses radicales [liberales], transformará a estos últimos en siervos involuntarios y desganados de la Revolución Social. Este es el gran error. Todas las experiencias de la historia demuestran que una alianza hecha entre

diferentes partidos siempre se presta al beneficio del partido más reaccionario; esta alianza debilita necesariamente al partido más progresista al disminuir y distorsionar su programa, al reducir su fortaleza moral y su confianza en sí mismo; mientras que un partido reaccionario, cuando es culpable de falsedad, está actuando de forma normal y simplemente es fiel a sí mismo, y hasta se las arregla para conseguir la reputación inmerecida de veraz». ²⁰

Por otro lado, es notoria la casi total indiferencia –en ciertos sectores del movimiento libertario– con que se recibió la ayuda de voluntarios anarquistas de otros países que acudieron casi de inmediato incorporándose a los que ya se encontraban en el país antes de julio del 36. La justificación en este caso fue que no se disponía de armas para todos y que sería mucho más eficaz un trabajo en el propio país para ayudar a la revolución. Sin embargo, este vacío iba a ser cubierto, casi sin haberlo planificado, por aquellos que deseaban la reconstrucción del Estado, y a través de la formación de las Brigadas Internacionales reconstruirían una de sus bases: el ejército popular que acabaría con el impulso revolucionario de las milicias. Además hay que tener en cuenta que las armas iban a ser suministradas por sus enemigos más encarnizados, es decir los sepultureros de la revolución rusa y los asesinos de los anarquistas y demás disidentes de la política absolutista de Stalin, armas que iban a ser pagadas a precio de oro.

Pero, a pesar de todas estas dificultades, los anarquistas internacionales llevaron a cabo una extraordinaria labor en todos los campos. Se publicaron boletines de información en muchísimos idiomas y tres sectores, el francés, el italiano y el alemán (en concreto el grupo DAS), editaron prensa propia, desde la cual expusieron sus impresiones sobre el desarrollo revolucionario; sin embargo, sus críticas al desarrollo revolucionario, perfectamente fundadas, significaron en todos los casos que la burocracia cenetista les retirara su apoyo y los abandonara a su suerte.

²⁰ Extracto de una carta de Bakunin –Carta a *La Libertad*– fechada el 5 de octubre de 1872, un mes después de que éste y Guillaume fueran expulsados de La Internacional. Esta carta jamás fue terminada, ni tampoco enviada al periódico a que iba destinada.

Como señalaba al principio, todavía se llevan a cabo investigaciones honestas, aunque muy pocas, y en el caso que nos ocupa sacando a la luz un tema inédito y que había quedado sepultado por el olvido: la labor revolucionaria de los anarquistas alemanes en el aplastamiento de la rebelión militar y su contribución al desarrollo de la revolución que inmediatamente le siguió.

El libro que estemos reseñando, además de poner en evidencia todo lo que hasta ahora hemos dicho, analiza principalmente la labor del grupo DAS (algunos miembros del grupo se encontraba ya en Barcelona a principios de los años treinta, a donde se habían trasladado tras el ascenso de Hitler al poder) en los primeros días tras la derrota de los militares. Esta labor consistió, entre otras cosas, en dismantelar la red nazi que había logrado establecerse en el país y que había logrado una potente infraestructura, especialmente en Barcelona. De hecho, durante la lucha contra los militares lograron asaltar uno de los principales locales de la red y apoderarse de una ametralladora. No obstante, esta labor se vio entorpecida por las trabas que constantemente le ponía la Generalitat de Cataluña, lo cual puso también en evidencia el doble papel jugado por el Estado catalán, porque aún a sabiendas de que las potencias fascistas Alemania e Italia, estaban ayudando a los militares sublevados, todavía se seguían manteniendo las relaciones diplomáticas, hasta que tanto Alemania como Italia reconocieron al régimen instaurado en Burgos y rompieron relaciones con la República.

Sin embargo, a pesar de todas las dificultades lograron sus objetivos y se apoderaron de un importante paquete de documentos que demostraban los planes que los nazis proyectaban para el país. Una labor similar a la realizada por los anarquistas italianos, cuando ocuparon el consulado ítalo y se apoderaron de una valiosa información que había sido abandonada por sus ocupantes y que demostraban de forma palpable los planes imperialistas de Mussolini en el Mediterráneo con la ocupación de las Baleares. En ambos casos esos documentos sirvieron para editar sendos libros, en el caso italiano, *Mussolini a la conquista de las Baleares*, cuyo autor fue Camillo Berneri y que se publicó póstumamente, porque como ya es sabido, el anarquista italiano fue asesinado por los estalinistas durante los hechos de mayo en Barcelona.

El libro alemán apareció también en 1937, en su idioma original y un año más tarde fue traducido al castellano con el título de *El nazismo al desnudo*.

Pero este excelente trabajo no se limita al período revolucionario, sino que abarca espacios de análisis más amplios. El libro comienza con un estudio muy ponderado sobre la emigración alemana hacia España desde principios del siglo XX, emigración que se politizó extraordinariamente a partir de 1933 y que trajo al país a un buen número de anarquistas. Paralelamente se traza una sucinta historia de las relaciones entre anarquistas alemanes y españoles y un análisis bastante pormenorizado del grupo DAS en Barcelona desde la toma del poder por Hitler en 1933; el DAS llevó a cabo un profundo estudio sobre la trama nazi, lo cual les permitió en julio del 36 asestar los golpes en aquellos lugares donde la implantación nazi era más fuerte.

Naturalmente también se lleva a cabo un estudio sobre los anarcosindicalistas alemanes en el frente de guerra, especialmente en el Grupo Internacional de la columna Durruti. Esta implicación tan profunda de los anarquistas alemanes con el desarrollo de la revolución española los pondría en el punto de mira de la contrarrevolución, especialmente a partir de las jornadas de mayo en Barcelona, y muchos de sus componentes fueron apresados y encarcelados acusados de los crímenes más absurdos y peregrinos, como por ejemplo actuar de espías al servicio del nazismo. El libro aborda por último un estudio sobre la FAUD (el sindicato anarco-sindicalista alemán).

A pesar de que éste ha sido realizada por varios autores, ocupándose de sus respectivas áreas de interés, la coordinación y ensamblaje del mismo ha sido elaborado escrupulosamente, consiguiendo que el libro adquiera la suficiente coherencia para que el conjunto del estudio sea perfectamente comprensible. Como colofón se incluye un índice onomástico imprescindible en cualquier trabajo de investigación.

En resumen, un libro muy recomendable a todos los que quieran profundizar en los aspectos de la revolución que todavía permanecen en la oscuridad de los archivos y hemerotecas.

Rafael Uzcátegui. VENEZUELA, LA REVOLUCIÓN COMO ESPECTÁCULO. UNA CRÍTICA ANARQUISTA AL GOBIERNO BOLIVARIANO. La Malatesta Ed., Madrid, 2010. 300 pág.²¹

Tras un breve recordatorio de los momentos que han trascendido en la vida venezolana desde su independencia de España hasta la subida de Chávez al poder en el año 1999 en el que el caudillesco personaje lanza el proyecto que él mismo define como “bolivariano”, Uzcátegui ofrece una investigación que describe en la primera parte del libro la difícil y heroica vida de las masas en su quehacer cotidiano, vida que tiene que enfrentarse a la carestía de los alimentos y enorme tasa de paro, a los leves aumentos salariales que son devorados de inmediato por el incesante aumento de la inflación (un 556% en nueve años), hasta la pandemia de homicidios, –todavía en alza, 47 por 100.000 habitantes frente a los 25 de Brasil o 38 de Colombia– la extrema violencia en sus cárceles –cerca de 400 asesinatos por año–, la brutalidad policial aparejada con su impunidad gubernamental, etc.

Uzcátegui intenta aclarar el debate que acosa a la nación que va entre los que ven en la actual Venezuela una transformación radical que lleva a esta nación hacia los albores de un socialismo piloto en el siglo XXI, hasta los que no ven a Chávez como un dictador populista que pretende la instauración del comunismo en el país.

El libro es una integración de análisis sociológicos, citas periodísticas y crónicas en primera persona, realizadas por un activista intelectual que ha formado parte de diversos movimientos sociales autónomos de su país.

Lejos, tanto de las mitificaciones de izquierda como de las críticas liberales de los principales partidos políticos opositores, el texto ofrece una detallada sistematización de hechos y cifras que complejizan la maniquea visión que ha imperado sobre este país latinoamericano, registrando testimonios de diferentes luchas de base que sostienen que en un país con las reservas de petróleo más

²¹ Una versión digital íntegra puede descargarse en: <http://www.larevolucioncomopectaculo.com>. En francés, *Venezuela: révolution ou spectacle? Une critique anarchiste du gouvernement bolivarien*. Spartacus, 2011.

grandes de la región, y una cultura política caudillesca y populista, poco es lo que ha cambiado.

A propósito de la confusión de opiniones sobre el país, el mismo Noam Chomsky en su visita a la nación en 2009 y dirigiéndose a Chávez, dijo: «Es emotivo ver como en Venezuela se está construyendo el nuevo mundo posible y encontrar uno de los hombres que ha inspirado esta situación». Comentaremos algunos hechos y datos que aparecen en la lectura de este libro. La creación de sindicatos para-gubernamentales por parte del Estado es una constatación de su dirigismo y de las maniobras para aguar los difíciles intentos de los trabajadores para organizarse por sí mismos. En las grandes empresas se ha concedido a su patronal una flexibilidad casi total en la contratación de sus obreros, puesto que estos deberán sentirse seguros en un “Estado que los tiene como ciudadanos preferentes”. Estos trabajadores, junto a los funcionarios, “se comprometen” a asistir a los eventos gubernamentales –manifestaciones, desfiles, etc.,– so pena de ver mancillado su currículum laboral.

Los programas sociales venezolanos están impregnados de uno más de los populismos que de manera periódica se dan en latinoamérica. Con una superficie casi el doble que la de España, posee una población de 28 millones de habitantes. En 1920 el país apenas alcanzaba los tres millones de pobladores y tenía una tasa de analfabetismo del 70%; el año 1927 señaló un hito: el país exportó más petróleo y productos de minería que productos agrícolas, aquéllos, totalmente en manos extranjeras. El autor señala que a partir de aquel momento la nación cambió de rumbo. El paso de la agricultura a la “petrolización” de la nación reemplazó a la guerra civil. Se inició el éxodo lento pero imparable del campo hacia los pozos petrolíferos y sus trabajos derivados en busca de supuestas mejores condiciones de vida. Aquí se trata de un país con inmensos recursos en hidrocarburos: sus exportaciones y sus reservas lo colocan en el séptimo lugar en el mundo en petróleo y el noveno en gas natural; sin embargo las estructuras sociales ni mucho menos van a la par con el inmenso flujo de dinero que ingresa el país.

Sin negar una ligera mejora en la construcción de viviendas, así como en la sanidad y la educación, los máximos beneficiarios de los ingresos son las oligarquías militares y las empresariales. Y al igual que en las sociedades dispuestas en clases sociales, a menudo es el gobierno el que compensa la falta

de productos básicos con importaciones masivas, pero puntuales, de ellos. Entonces aparecen las interminables colas de venezolanos que tienen que acercarse a estos productos parcialmente subvencionados.

Y a la par que crece su desarrollo petrolífero, Venezuela va dejando de ser autónoma en sus productos básicos. Su campesinado ha pasado a ser un estrato de segundo orden frente a la obnubilación gubernamental por el llamado oro negro.

En 1975 el gobierno del socialdemócrata CAP (Carlos Andrés Pérez) que tan duramente trató a las masas cuando éstas reivindicaron, hasta por la fuerza, justicia, procedió a la nacionalización de los hidrocarburos, siendo indemnizadas, con una generosidad algo más que sospechosa, las compañías extranjeras. Éstas obtuvieron de inmediato contratos multimillonarios de asistencia técnica y exploración de futuros yacimientos.

Con Hugo Chávez, se procede de inmediato a la formación de empresas mixtas que detentarán el 49% del capital de las nuevas formaciones; PDVSA (Petróleos de Venezuela) se une con British Petroleum, Chevron y Repsol YPF, compañías que han sido las primeras en beneficiarse; a su vez y a nivel interno, los puestos de trabajo tecnocrático son adjudicados a la aristocracia política de los principales partidos de la nación, formándose así una clase social singular y potente, con sueldos privilegiados. A esta aristocracia hay que añadir el brazo militar, al que pertenece Chávez.

El discurso chavista se harta hasta la saciedad de proclamar la consigna de “sembrar con el petróleo”, sin embargo el crecimiento de las clases pobres apenas es incipiente, en tanto que el país se desangra en la violencia interna y una gran masa sigue viviendo en condiciones de miseria. La consigna de la siembra fructífera se traduce en la concesión de licencias a las firmas multinacionales de los media, comunicaciones de última generación en manos de magnates próximos al gobierno, o de otros, que habiendo sido opositores, han sido reconvertidos con la otorgamiento de prebendas de este u otros tipos.

Ahorraremos palabras si decimos que el discurso bolivariano de Chávez contra el modelo capitalista neoliberal lo encontramos negado a cada paso en las realizaciones que se van dando, de manera programada, en el interior del

país. Decir, por ejemplo, que EE.UU. es el primer importador de petróleo de Venezuela, al que ésta vende cada día un millón de barriles. Pero además Venezuela juega un importante papel en la región al convertirse, por su enorme riqueza energética y minera, en el eje vertebrador, junto con Brasil, de la economía de los países vecinos. MERCOSUR es el instrumento neoliberal en el que Venezuela va ganando peso. ♦



PUBLICACIONES

- 34 **Contra el pacifismo nuclear.** Maximilien Rubel
- 35 **La noción de gasto.** Georges Bataille
- 36 **Escritos breves.** Alfred Jarry
- 37 **La revolución de Barcelona. La revol. en Cataluña.** J.Comaposada
- 38 **La maternidad del week-end.** Michael Seidman
- 39 **Kafka, novelista de la alienación.** Joseph Gabel
- 40 **Alcachofas de Bruselas (viejas y nuevas).** Yves Le Manach
- 41 **Historia natural de la urbanización.** Lewis Mumford
- 42 **La formación de las necesidades.** Günter Anders
- 43 **La historia de un fumador de hachís.** Myslowitz-Braunschweig-Marsella
- 44 **Marx anarquista.** Maximilien Rubel y Louis Janover
- 45 **Problemática sociológica de la integración de los inmigrantes.**
Antonio Pérez González
- 46 **Utopía antigua y revueltas campesinas en China.** Ngo Van
- 47 **Los viajes de Gulliver. Viaje a Laputa.** Jonathan Swift
- 48 **Espartaco y la llamada revolución de los gladiadores.** G. Walter
- 49 **Mi itinerario intelectual o el excluido de la horda.** G. Gurvitch
- 50 **La corrida de toros en Madrid.** E. Coeurderoy
- 51 **La servidumbre voluntaria. Un estudio...** André May
- 52 **Espejos.** Pierre Mabilie
- 53 **Una sublev. proletaria en la Florencia del s. XIV.** Nicolás Maquiavelo
/Simon Weil
- 54 **Peter Watkins. Cineasta y crítico de los media.**
- 55 **Más allá del marxismo, el anarquismo y el liberalismo: la trayectoria científica y revolucionaria de Bruno Rizzi.** Paolo Sensini
- 56 **Los cazadores de estrellas.** Claudio Albertani
- 57 **Del nuevo mundo y otros escritos.** Pierre Mabilie
- 58 **Reflexiones sobre el progreso técnico.** Jacques Ellul
- 59 **Los antepasados del hombre.** Sadeq Hedayat
- 60 **Consideraciones sobre la crisis**
- 61 **Información y propaganda.** Jacques Ellul
- 62 **La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel.** Alex. Kojève
- 63 **El enigma del dinero.** Karl Marx
- 64 **Tesis para una teoría de las necesidades.** Günther Anders
- 65 **Anotaciones entorno a la crisis**
- 66 **El fin del pacifismo.** Osvaldo Bayer



Burhan Karkutli

ETCETERA
Apartado 1363
08080 Barcelona

